

Antología poética

Ramón Palomares





Edición **cedida por:**

Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.

1.ª Edición digital, 2018

© Ramón Palomares

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

CORREO ELECTRÓNICO:

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

PÁGINA WEB:

www.elperroyarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

REDES SOCIALES:

Facebook: Editorialperro rana

Twitter: @perroyranalibro

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2018000448

ISBN: 978-980-14-4131-1

IMAGEN DE PORTADA:

Fundación Editorial El perro y la rana

serie Las artes y los oficios

Ramón Palomares

Antología poética

BIBLIOTECA POPULAR PARA
LOS CONSEJOS COMUNALES

BIBLIOTECA POPULAR PARA LOS CONSEJOS COMUNALES

Luces para la construcción de una moral socialista impulsan la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales. Así, esta colección que aspira difundir la palabra de pensadores, investigadores, activistas sociales, ensayistas, poetas y narradores, traza desde la lectura la senda de un futuro solidario.

Por ello, es propósito de esta biblioteca el servir de herramienta para el desarrollo del pensamiento crítico, y a la par, promover la discusión reflexiva, el debate, generados a partir del análisis de los textos.

Con la publicación de cien títulos, cuyo tiraje individual suma un total de cincuenta mil ejemplares, se concibe una primera etapa de la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, compendio de esfuerzo por parte de las instituciones que integran la Plataforma del Libro y la Lectura.

En consecuencia, va el reconocimiento para cada uno de esos entes: Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro (Cenal), Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., Fundación Biblioteca Ayacucho, Fundación Editorial El perro y la rana, Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Fundación Librerías del Sur, Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura y Distribuidora Venezolana del Libro.

Moral y Luces: ¡que la palabra sea inspiración para el ímpetu del Poder Popular!

CRITERIO DE EDICIÓN

La presente edición utiliza como base la *Antología poética* de Ramón Palomares, publicada por Monte Ávila Editores Latinoamericana (2004), dentro de su colección Biblioteca Básica de Autores Venezolanos. No obstante, a solicitud de Palomares, se complementaron las selecciones de los libros *El reino* (1958), *Paisano* (1964), *Honras fúnebres* (1965) y *Santiago de León de Caracas* (1967), a partir del volumen antológico *Poesía* que esa misma casa editora publicó en 1977 y 1985 (primera y segunda edición respectivamente), dentro de su colección Altazor.

Asimismo, se incluyó al inicio del libro *Alegres provincias* (1988), el texto “El Arquetipo”, confesión creadora y motivo de inspiración para el nacimiento de este poemario.

De la selección del libro *El viento y la piedra* (1984), que forma parte de la antología *Vuelta a casa* publicada por Biblioteca Ayacucho (2006), fueron tomados los siguientes poemas: “Búho”, “Precipicio”, “Arroyo”, “Muro”, “Buey”, “Tabaco”, “Halcón” y “Lobos y Halcones”.

MIRAR Y ESCUCHAR EN RAMÓN PALOMARES

El hombre que sorbía su cerveza en el filo de la mesa de “El Viñado”, hace ya muchos ruidos caraqueños y muchos viajes, no era un hombre por su apariencia y sus modales, era una escritura toda; nunca esa camisa tratando de abrir el ala de su cuello sobre la cornisa del saco, mucho menos ese ceño en medio de la mirada oscura y arisca. Estaba allí solo y yo atisbaba la diligencia que ponía en ausentarse del vecindario de comensales y libadores merodeando entre las páginas de un libro. Yo sabía su nombre, conocía su rostro ceñudo, pero no cómo se llamaba sino como sentía, porque no bastaba con decírmelo a mí mismo, en ese recodo de espuma y estruendo que nos amistaba: tenía que darle a su apellido que era de por sí de una gran facilidad de aire el nombre, que mi admiración había terminado por desplazar al que lo trajo de Escuche, mientras recordaba, celebrándome, la vez que su decir me alumbró por dentro en medio de la zarabanda, aquella del cafetín de Economía de la UCV, donde se daban cita la cherscha académica y la cháchara política.

Durante mucho rato y después que se extinguieran hasta más nunca el tufo de conejo salmorejo y las luces del muerto, y enterrado bebedero de los sesenta que sirviera de foro de la algarabía letrada y el rescoldo de la brasa vanguardista de la estética y la ideología, permanecí así, imaginando, desde mi rincón, que Ramón Palomares era mi amigo y que ambos apurábamos una y otra cerveza para hacer menos penosa la apenada confidencia de los tímidos. Si hoy tal vecindad de afecto no conoce más distancia que el desencuentro de los caminos por donde ambos transitamos, creo que para siempre jamás sobrevivirá aquella primera vez

que el sentimiento de *Paisano* me regaló el nombre de un poeta y un libro para que juntos pudiéramos decirnos cuánto de uno mismo hay en la grieta del cerro y en los trapos de la familia y cuán enorme es la vastedad que cabe en la palabra más áspera.

Hubiera querido hablarle ese día a Ramón Palomares de mi amistad con ese libro suyo, pero me fui, me retiré. El otoño de la rue Bertholet estuvo soltando hojas tanto tiempo que hoy me cuesta entender el tráfico de las estaciones que pasaron por su ventana. Para devolverme hasta la tierra aterida que me hablaba, apenas empezaba un pájaro o se asomaba una carta debajo del vano de la puerta, me decía cosas torcidas en esas tardes de continuas hojas muertas. Yo me ponía en la frente la rama de eneldo del abandonado que Palomares volvió un rumor después de verlo tan anublado dentro de sí; seguía con el dedo la línea de las sierras que él escribe como si quisiera decirnos lo que nunca logra decir cuando interrumpe el poema y sale a rozar gente por las calles y a bajar los ojos si tú lo admiras en demasía.

Pasaba yo por esos musgos suyos y su modo de dejarlos en los sentimientos. Y me provocaba desandar, bien abajo, buscando mi sitio de espina y suelo roto, todas las páginas. Me decía, allá, en la Bertholet:

entonces arrojé una gran rama de naranjo
y todo quedó oscuro.

Yo no sé si Palomares podría algún día escucharme este asunto contrito, esta confidencia que vivimos su libro y yo. Ni siquiera he podido escribir cuánto intento hacerles sentir el enorme entusiasmo con que existo desde que fui su amigo en *Paisano*, sin más nadie que un dibujo de Carora y sus seres de trapo sobre el pupitre de la UCV y la mesa de “El Viñado”.

Prefiero más bien parecerme a su poesía. Tener ala en mis sentidos las veces que subo una colina, que me pongo al lado de un arroyo, de un río o persigo un aroma. Si por momentos me extravió entre las seducciones de la mentira literaria, presto atención a Polimnia, a su alma de pájaro cansado en la rama del patio de Escuque que él es, en la niebla y la montaña que siempre fue; y quiero de nuevo su decir de frases achicadas por el diminutivo con que habla la inocencia, dichas, en lugar de escritas, para que se vean en la boca que pronuncia cada vocablo, como si alguien –Palomares, tú–, se volviera un puro nombrar la vida en la muerte y en lo perdido, juntando cuanto ha sido suspirado y tocado sobre la tierra.

Baica Dávalos, el viejo alazán de Salta, magnífico señor de la ebriedad y botarata de la fantasía, aseguraba que bastaba decir en voz alta un poema de Palomares para que nos volviéramos inocentes. Yo lo escuchaba inquirir, en medio de su trance de insomne, con su voz de ron, por los nativos, sin necesidad de hojear *Adiós Escuque* para retomar el camino de esa gente que

vive preguntando por los de lejos.

Y diciéndose a sí mismo el poema que unas páginas más allá dedicara su autor a su nombre de paja pilpil: “Y de puro llorar risa te irás volviendo.”

Me gustaría decirle a Palomares cuántas veces me encuentro con él en su escritura y cómo me la paso siendo su atribulada exclamación por lo que se llevó la niebla y la piedra barranco abajo, río abajo, o lo que soltó la hoja y la muerte de Laurencio cuando

se fue yendo la gente, yendo
y unos pajaritos, unos pajaritos por el monte.

Y también quisiera decirle que anduve por el Orinoco arriba mirando su prosa de *Alegres provincias* en cada grito y cada susurro de la desmesura, como si en ella Humboldt callara su prodigioso testimonio para oírsele reescribir, imaginar y volverlo lenguaje encantatorio, viaje del idioma a lo salvaje y al paraíso, confundidas en la estupenda intimidad la voz del sabio y la voz del poeta, porque su hechizo nos hace olvidar su verdadera autoría.

En *Alegres provincias* se oyen resonancias de Perse cuando hay

Un hombre que tiene en sus brazos densos tatuajes y
 en su cintura anchas corrientes navegadas de barcazas
 y todo él es una inmensa selva, un viaje con gentes que
 apartan juncales y van labrando oscuras trochas
 y en la piel cálida y sudorosa pueden verse cazadores
 de tigres...

Uno entiende entonces por qué el poeta que suele acercarse a la ciudad después de escribir así acusa tanto desacomodo, por qué resulta imposible hacerlo nuestro y andamos tras él con el regalo de nuestro afecto aún sin entregar. Se me ocurre que acaso sea mejor así y suponer a nuestro amigo inalcanzable, metido en el canto del barococo, en el estremecimiento del trigo, en el humo de la niebla diciéndonos desde lejos que subamos a encontrarnos, en el viento de algún say o junto a la bulla de un torrente. En cierta forma es eso lo que hacemos de continuo: ir a su encuentro al entonar su poesía. Hoy, por ejemplo, he faltado a la cita que le había prometido para ir a Mérida a leerle estos sentimientos, pero sucede que ahora me habita esa casa de Cristóbal Cobo de su libro *Santiago de León de Caracas*. Ella no se cansa de repetirme:

Yo estoy al final, echada.

Allí en su sol caído alumbra un libro muy solitario. Su suntuosidad y su embrujo contradicen el inexplicable silencio que lo rodea. Yo sé que fue publicado por el Grupo de Empresas Grespán en 1984 para exaltar la poesía de Palomares, y sé también que fue para obsequiar a unos cuantos. Hablo de *El viento y la piedra*, hablo de su fulgurante brevedad, cuya belleza realizan los grabados de Omar Granados y enjoyan su decir.

Mientras se hace tarde en esta casa que

escupe y ronca,

hojea la *plaquette* que los atesora para escuchar una “aterida conversación de torcazas” entre el suave y delgado matorral de la grafía manuscrita y las luces y penumbras que dejó el artista del grabado sobre sus piedras de centella y de entraña terrestre. Cómo no ser ese muro que tú sientes, Ramón Palomares, al que tocas por nosotros cuando te dice y nos dice:

Y algún día serás muro
y estarás escrito con tizne
un “ay” en la grieta
Una sonrisa en la ceja honda
—Me dirás
Es un tiempo gris
es la espuma de un sentimiento tardío.
Y tendrás escrita una flor con amarillo torpe y ceñudo,
alguna flor como una sombra verdosa y húmeda.

¿Y ese otro? ¿Y este otro, Ramón Palomares? Déjame decirlo por ti; que se parezca al arroyo la promesa de estar en el mundo como un adiós. De tu voz surge y transcurre nuestra vida,

y tiene una carrera de cola de pájaro
pájaro mosca
Colibrí negro
y baila y baila sobre el trébol
junto al berro tierno
Habla como el ala de una cigarra
Dice que es Páramo
Cielo verde
Copas...
y se va.

LUIS ALBERTO CRESPO

*a María Polimnia
y Laurencio José*

*a Gonzalo Ramón
y Leticia Eugenia*

**El reino
(1958)**

El viajero

Me permito mirar atrás,
tomar una copa y reír
en todo igual al cielo
y sus brindis de licor fino sobre mi cabeza.

Comienzo así la deliciosa fiesta
en que la feria
por mi corazón queda transformada
pura, despojada de los malos sabores
y los asuntos del desprecio.

Entro así,
parecido al ganador de las mañanas
o al pájaro que roba la última estrella.
Esta es mi suerte
y así quedan mis dados,
mis cartas entre los paños amos del azar.

Una mujer alumbra este rostro
desde muy lejos.
Hecho por su amor,
a ella debo el fulgor de mi boca
y el baño que en mis labios se brinda
cuando la belleza me posee.

Luzcan en mi elogio muy altos sus senos,
conviértanse en el lirio inmortal.

Amigos, desertores del salto,
huidos de las mieles del juego.
¿En qué parte, diseminados,
siembran los años de compañía
y lloran, por nostalgia,
las pequeñas glorias pasadas?

A cada día
el cielo se hace espeso
y andan lentas las naves.

Alarguemos este amor
y el único rocío de los besos.

Un brindis, un brindis para ti,
precioso amor ido,
o venidero
o de nunca jamás.

Y aunque muera esta rosa roja
y mi frente sea un día coronada por la rosa blanca
quedará en los aires un íntimo y purificado placer.

Por más que no me llamen los aires
estará el aroma vivo
y la alegría bordará la tierra.

Si no se conoce mi nombre
me llamo el viajero,
el que no alcanza a ser la flor trinitaria.

Pero hoy te poseo, sol,
no menos que las espumas
o los peces ocultos.

Tiempo hace que mi padre abandonara la ciudad,
pero mi presencia le da créditos.
Y, constantes,
las altas montañas derriban la luz,
y los caballos juegan sobre el oro
bajo el último sol.

Hermanos, qué lejos,
que aire tan diferente respiramos hoy,
en tu boda
¿No hubo lágrimas?
¿No se manchó el traje del alba
ni hubo lluvia mientras se dormía?

¿Pensará alguien en nosotros
ahora, frente a la llanura,
cuando acontece el descenso de ciertas aves?

Que larga la tarde
y dada a la meditación.
Pronto, al árbol que miro cerca de la noche
aparecerán densas riberas
brillantes hacia el cielo.

Por todo esto que peso
y comparo al paso de los vientos
veo que debo ser algo triste.

Pero en un instante soplo la nostalgia
y arranco de mí la alegría
como a la más bella flor de mi cuerpo.

Y al paso de los astros,
las gentes muertas
y los hechos desaparecidos

brindo a los ocultos
los desconocidos pájaros del rodeo próximo,
diciéndome que no retornaré más nunca.

Y así comienzo mi aventura.

Saludos

Saludos, precioso pájaro.
Y no abandones el oro de las plumas
entre aquellas nubes
ni pierdas el canto en el dominio de los truenos.
No sea que pases del cielo.
y quedes preso en los astros.

De viajes, cuánto se ha perdido,
cuánta ola estrellada en el acantilado,
mientras tus alas
robaban fulgores al poderoso perro del cielo.
Y cuánto de lluvias,
de verano, de hierba roja
por la implacable estación.
O de gris, nieblas y continuado fantasma
frente al joven enamorado de barcos.
Los vecinos perdidos,
el llanto de amigos
que he visto secar en paños
por olvidos e irremediable paso.
Ni qué decir de la muchacha
cuyo pecho hasta ayer fuera tan liso
y que luego se ha visto
como exquisito racimo.
Saludos.
Pero, amigo de viajes,
¿cómo poder contar las pérdidas,

ventas que se han hecho,
nuevas adquisiciones?
Y si la modesta familia
vende las posesiones de provincia
y compra apartamentos confortables,
¿no hemos vendido al corazón
y una y otra vez
cambiado los pareceres de conciencia
para entender mejor las noticias a la semana?
Y mientras tú por el pasado año
te entregabas a los aromosos cielos del norte,
aquí las muertes y los nacimientos
cambiaban las cuerdas del buque
y hacían trastabillar al viejo.
Y mientras robabas a ese perro
los bellos fulgores,
el oro para majestad en tus alas,
los cambios de ciudad,
las venidas al amor,
los cantos de una ilusionada nube
que nos ahogara en deseos
pintaban nuevas y extrañas figuras
en la quilla del buque.

Y entretanto no había más
que el incesante brillo
y el incesante batir de esas alas
sobre espumas y ciudades,
sobre campiñas y lejanas praderas;
más allá de las torres establecidas por la caída de noches.
No había más que esos ojos absortos,
fijos hacia el norte o el sur,
la cola firme,
a manera de timón,

y el impulso
y la ruta que algún hilo indicaba.

Y el cielo, y los aromas
de flores muertas o recién abiertas
y los aires cambiantes.

Y nada más había para ti,
amigo de viajes;
las idas, los regresos
encontraban esas pupilas
quietas, serenas, tendidas
en medio a las carreras que el cielo juega.

Saludos.

Apenas para ti hay tiempo de cantar
en el delicioso jardín
y sacudir en el estanque las alas
allí donde el viento no ha podido vencer.

Elegía a la muerte de mi padre

Esto dijeronme:
Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.
Ábrele los ojos por última vez
y huélelo y tócalo por última vez.
Con la terrible mano tuya recórrelo
y huélelo como siguiendo el rastro de su muerte
y entreábrele los ojos por si pudieras
mirar adonde ahora se encuentra.

Ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre
y en el aire dejaron pedazos de sus alas,
con una sombra triste y dura se perdieron
como amenazando la noche con sus picos rojos.
Las potentes mandíbulas del jaguar se han abandonado
a la noche se han abandonado como corderos
o como mansos puercos pintados de arroyo;
vélos abrirse paso en el fondo del bosque
junto a los ríos que buscan su lecho subterráneo.

Y de esos mirtos y de esas rosas blancas
toma el perfume entre las manos y échalo lejos,
lejos, donde haya un hacha y un árbol derribado.

Ya entró la terrible oscuridad
y con sus inexorables potencias cubre las bahías
y hunde las aldeas en su vientre peludo.

Toma ahora el jarro de dulce leche
y tíralo al viento para que al regarse
salpique de estrellas la tiniebla.

Pero aquel cuerpo que como una piedra descansa
húndelo en la tierra y cúbrelo
y profundízalo hasta hacerlo de fuego
y que el pavor se hunda con sus exánimes miembros
y que su fuerza descoyuntada desaparezca
como en el mes de mayo desaparecen algunas aves
que se van, errantes, y nadie las distinguirá jamás.
La joven vestida de primavera,
la habitante en colinas más verdes,
la del jardín más bello de la comarca,
la del amante de las lluvias;
la joven vestida de primavera se ha marchado,
inconstante, como los aires, como las palomas,
como el fuego triste que ilumina las noches.

Así pues:

Que tus manos no muevan más esos cabellos,
que tus ojos no escudriñen más esos ojos,
pues se cansa el caminante que en la cumbre se detuvo
y que al camino no pudo determinar su fin.
Pon sobre los lechos tela limpia,
arrójate como el vencido por el sueño
y como si fueras sobre los campos, sobre los mares,
sobre los cielos, y más, más, y más aún:
Duérmete, como se duerme todo,
pues el limpio sueño nos levanta las manos y nos
[independiza
de esta intemperie, de esta soledad,
de esta enorme superficie sin salida.

Dijéronme:

Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.
 Ábrele por última vez los ojos
 y huélelo y tócalo por última vez:
 como se toca la flor para la amada, tócalo;
 como se miran los extraños mundos de un crepúsculo,
 [míralo;
 como se huelen las casas que habitáramos un tiempo,
 [huélelo.

Ya los zamuros se retiraron a las viejas montañas
 y también los lobos, las serpientes,
 y no saldrán hacia los claros bellos de la luna
 y no escucharán el canto de las estrellas silvestres
 y no detendrán el suave viento que mueve las hojas.

Voltearon y se fueron y ya no quieren más las claridades,
 las claridades que bailan serenamente en las copas.

Ya las flores nacidas anoche,
 como el lirio, como la amapola, como la orquídea blanca;
 las flores nacidas anoche han desaparecido
 y sólo cuelgan con olores tristes de los gajos.

No mires mires más a los arroyos que se llevaron las
 [aguas,
 las de ayer, las de hoy, las de ahora mismo,
 y por la lejanía no dejes vagar tu mirada
 acuciada por el dolor de los pájaros presos,
 por el dolor de quienes dejaron partir la amada,
 por el dolor de quien no puede marchar más nunca a su
 [país.

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos
 sobre la tarde gris, por el cielo inhóspito,
 ciertas aves migratorias llenas de tristeza.

Conquistas

*en memoria de
don Rómulo Sánchez Vivas,
mi padre*

Al oeste irás y allí colocarás tu estandarte.
Sobre una loma dorada pondrás tu corazón.

Vislumbrarás el tesoro.
Descubrirás el primer palacio.
Colocarás tus manos a la altura de la frente
y te harás cornisa para distinguir el lago de sangre.
Aguardarás que un caminante abra su camisa
y muestre sus tetillas como ojos del corazón.
Recogerás la aureola que tiembla sobre la loma del oeste.

Joven eres, venado dulce y esbelto en medio al salto;
alegre como el baile,
vestido con la mañana,
cubierto con el esplendor de las hojas anchas al mediodía,
igual que una ágil bailarina adormecida en la danza;
joven furioso que derrama la sangre de sus brazos
y mancha las columnas que el sol dispusiera entre la tarde.

Beberás el agua mágica.
Entrarás en la noche.

Toma el viento entre los dedos
y estréllalo.
Los astros salvajes que sobre ti duermen
quíbralos con tus colmillos y escúpelos.
Pisa lo que sea delicado.

Aplasta lo que sea bello.
Las nubes como cabras que nadan
despedázalas con tus brazos.
Ataca los rayos avalanzados sobre ti,
sean tus mandíbulas un escudo.
No vuelvas la cara hacia donde espanta la noche.
He allí el gran espectáculo:
El salón maravillante.
La cabeza que anuncia y deslumbra.

Toma la aureola que brillaba sobre la loma
y échala en medio al salón y bátela como una culebra.
Rodea de admiración los ojos que observan
y toma los adornos del gran salón y guárdatelos
y con los cortinajes cúbrete
y bebe el licor que beben aquellas bocas y embriágate.
A esta danzarina que se retuerce en mitad del espacio
córtale la bella cabeza y échala a los perros.
Vuélvete a la luz. Llama a grandes voces:
“¡Padre!
Asoma tu cabeza por entre la oscuridad. Hazte luminoso.
Asoma tus ojos y mírame como a tu querido
y bésame como quien soy:
quien estuvo en mitad de aquella hembra adorada.
Retorna de la inmensa sombra.
Baja de la ciudad amurallada por la noche.
Desciende de la montaña alzada sobre nuestras pupilas,
más allá de la fuerza.
Álzate de las aguas invisibles que te envuelven

y susurra como el pequeño aire,
como la débil brisa en medio a las espigas de hierba.

Te busco. Como de mi carne para encontrarte.
Lame mi rostro como gran venado.
Mírate en mí como en el espejo.
Tantéame como a tu miembro de macho.
Siéntame contigo
y acostémonos bajo un árbol de alegre follaje”.

Tu padre es el de los pájaros jumí en el pelo
y los braceros de la tortura en los ojos.
El de los hicacos en las uñas
y la enorme piedra en la barba.
Vuélvete de la oscuridad.
Con el violento salto del tigre,
con el giro del rayo.

Toca ahora la colina con tus pies.
Pisa las amapolas erguidas,
las rápidas corrientes que lucen brillo en sus lomos,
las pequeñas cumbres como casas heredadas por las bestias.

Del oeste vendrás como el vagabundo:
tus tetillas están rotas y de allí maman las macaureles,
tus brazos están despedazados y de allí comen los zamuros.
Los pómulos cuelgan de ti como dos frutos secos.

Eres el desconocido que viene del oeste.
El fantasma de la aureola del oeste.
El de la serpiente amarilla en el gran salón.
El de los cortinajes sobre su cabeza.
El degollador de la bailarina.
El acostado bajo el árbol de alegre follaje.
El desafiante de las inmensas murallas.

El matador de los vientos.
El masticador de estrellas.
El despedazador de nubes.
El azotador de oscuridad.
El parador de rayos.
El dominador. Gran jugador del multicolor atavío.
Y quien llamó haciendo temblar las escarpas
para que el amor suplicara a sus pies como un río
y bebiera en el sudor y en sus axilas como los vasos de saciedad.

Vuelves del oeste.
El sol arrasó con el último estandarte de las poblaciones.
Rompió las columnas que brillaban.
Tumbó los altísimos árboles que hacían hogueras.
Esbelto, grande en el polvo y la hediondez de tu cuerpo,
bello en el descuido de tus miembros,
dulce en la rugosidad de tus manos.
Toma el reflejo de la noche
y llévalo en tus brazos.
Guarda la oscuridad con tristeza.

Vuelves del oeste.
Recoges tu corazón.
Miras cómo la colina tórnase roja como una perdiz.

La casa

Eternamente advertidos:
No permanecerías más, casa.
No tendrías más tus horcones en tierra.
No estarías como asentamiento de tierra.

La casa estaba girando, girando,
igual que viento;
cargada por aves.
Por las rojas gallinas,
el gallo de cola extensa y azul,
las perdices mínimas en la hierba,
los cardenales de encanto.
Toda removida la casa.
Desprendiéndose de la tierra,
subiendo, con alas, con vuelo.

Y lentamente, igual que alzada por un bebedor.
Su techo dando al muro del cielo,
Sus paredes para el límite de la luz.
Igual que el rapto de una mujer
arrancada de su asiento por un jinete celeste.
Contra los rayos
hurgando hacia arriba;
bella en su vuelo como si se asentara con lentitud.
Halada por las aves
huye. Sus piernas más nunca aquí.
Asciende ligera, cruzando el sol,

internándose como un cuchillo,
como la piedra que rompe las telas al día.

Extraños penetrarán su zaguán,
pero si palpan sus piedras se volverán perros,
si tocan su zócalo se tornará sangre.
Los extraños, vestidos de telas primorosas,
con amplios ojos para abrir las gladiolas,
con sueños para desenterrar las monedas allí habidas.
Pero las cortinas de la sala estarán quemadas,
azules de sombra las rejas.
Ni una rosa fresca. Ni una violeta dulce al corazón.

Sus techos allí, detenidos, en las frías estrellas,
a la llegada de los inviernos;
bajo lluvias o sobre los caballos de nube.
Las aves detenidas.

No ríe. No ama la noche. Las gentes
no comen allí. No están de protectoras.
Antes era un lago. Antes era
un amplio patio para jugar.
Donde se reía y lloraba.
Sus matas están cubiertas por trapo oscuro.
El altar está sin velas.

¿Qué fue de aquellos ojos, aquella mano
velada tras la celosía, encubierta por amor
al extraño, echada después al olvido?
¿Qué fue de aquel jarrón de regalo,
transportado desde tierras de otra maravilla,
cubierto por temor a su pérdida?
¿Qué fue de los domésticos?
¿Y el calor de los fogones, las llamaradas
cuyo gasto hizo algún claro del monte?

¿Qué del azar allí corrido,
jugado allí por fuertes y hambrientos?
¿Qué de los esplendores,
de los asesinatos de la pasión,
del roce del odio?
Los extraños abrirán la puerta, la de aldabas brillantes.
Penetrarán.

Allí la casa. Allí, huida.
Más triste que el humo de los vestidos del desposorio
quemados por el viudo.

Y de bandeja lanzada al aire,
de copa arrojada,
de pocillo alzado para tomar,
la casa de antes, arrastrada por las aves,
halada por otro poder,
subiendo.
Pero todo estaba advertido.
Todo previsto.

La casa se fugaba
porque la casa era para no tenernos.
La casa para la huida, la huida de siempre.
Como una carreta. Como inventada
para desilusión.
Como un polvo que atraviesa con esplendor
e ilumina, hecho palmas, a la media noche.
Huye. Arrancada.
Llevada como un palio en lo alto.
No son las aves.
No son las estrellas.
Y tampoco se asentará más allá.
Todos advertidos:
Se va la casa. Huye.

No estará más asentada en tierra.
Es igual que humo.
Cruza, extraña al peligro,
igual que una lanza tirada para siempre,
fija en el vuelo hacia el blanco;
la casa que huye
como un esplendor hacia otras noches.

La esposa

Un ángel lanzador de fuego, brasas,
piedras como rojas balas para los ojos y el cuerpo.
Ángel armado de odio, de brazos terribles,
más poderoso y destructor que la explosión fatal a las ciudades.

En mitad del cielo:
incendio, persecución de sombras
y cubridor de los altos y negros aires con oro.

Abajo las ciudades guardadas por antorchas,
los ríos formados a diente
y los animales domésticos, los vehículos
y el ala de los espíritus.
Sobre el rango de las bestias
y las oscuras rosas de conciencia.
En el azul fulminado y la tempestad
y la fuerza del mediodía,
rica y linda, salida del ajuar celeste:
Tú, esposa del fatal y reina del ajusticiado,
regresas para dar agua pura al corazón,
y la rosa blanca —Rosa Reina de las Nieves—
al ataúd curtido por el odio,
de dibujos semejantes a sangre.
Y este lirio nacido del barro o del aceite de dignificar al divino,
es la justicia para el que manda en los reinos preciosos.

Su boca es el día de los sueños,
 la fruta a gozar a una hora escogida,
 la señal que conduce al fondo de las furias.
 Y sus piernas los corazones del sagrado placer,
 el abrazo terrible.
 Sus senos, ramos tenidos a ilusión,
 aves desatadas en torno a ella.
 Se ve en las amplias salas frente al ángel
 con sus resplandores.
 Y sus piernas dulces están prontas al lecho.
 Caerán sus vestidos, la cobertura de todo antaño,
 el sol de su cuerpo
 y su ajuar está destinado al delirio.

(Vieja ciudad. Mármol arraigado a los sueños.
 El carcomido templo de los dioses paseantes.
 Esto soy.
 Como el ramo de uvas dejado en la mesa por desgana
 y el lirio arrancado al jardín en la mañana de esplendores.

Un ruego soltado a los barcos de pájaros,
 A la espantada de las migraciones.
 Viértese en el vaso nupcial la juventud
 y nos aprestan los años a lo definitivo.
 El banquete se convierte en lento fastidio,
 un mal gasto de horas. Se hace semejante
 al minuto antes del accidente mortal.
 Y después la infancia vuelve a nosotros
 como la transformación del amor en odio.
 Situamos frente a frente los días y las noches,
 nacidos recientemente y muertos por edad
 igual que la luz recogida en los años y la sombra de otras épocas).

Esposa, lirio precioso,
lindo regalo al soñador.
Más extraña y más bella que lo desconocido,
como pasar por tierras que deslumbran,
semejante a las caídas del rayo y los pequeños astros.
Tú estás asombrada en medio a estas flores nupciales
y contemplas la ciudad y las casas que vuelan
y el desfile de animales, los ejercicios de quienes empujan la
[rueda.

El destello condenado al abandono de las noches.
Pero él, está en medio de los cielos. Sobre los valles.
Bello ángel madito.
Rápido extinguidor de la furia y los deseos.
Deslumbra su gran sol en el pecho, la frente
y los brazos terribles. Señala.
Para la noche, los astros, los cielos inmóviles.
Indiferente y lejos de la pasión.

El monje

Fastidiado por la suerte, ¿qué haría si no sentarme bajo las palmas
 amargas de la habitación
 rodeado por mis pérdidas y la gloria de mis condiciones?
 Estarías aburrido de ir por las regiones bajo manto silencioso,
 tranquilo y bello
 donde ni el viento oponía sus rosas a tu mandato.
 Y en la habitación, de improviso, alguien toca la puerta
 y aquel que está acostado bajo el reino de hastío
 hacer entrar su huésped
 igual que ave para encantar los ojos y atar a los yugos
 un nuevo y vistoso buey.
 ¿No te entregaste con furioso amor al sexo de ese huésped
 [inmortal?

Así bañaste las urnas de esa mujer,
 la de cabellos extensos como el cielo,
 y permitiste que en la embriaguez de las lides, en grandes
 [espasmos
 derramara hacia todas partes sueño y nostalgia.

Hubieras divisado una inmensa candela
 bajo los alabastros del muslo, cayendo, sin peso, a las inmortales
 columnas del palacio azul,
 y los hijos de locura, cantando, alegres o llorosos,
 a través de tus habitaciones.

A esa manera estuve triste y solitario antes de su inclinación
 en las roja aldabas de mi cuarto

y después ¿he tenido culpa de mis hijos, errantes e inmortales,
que vagarán sobre los vientos y cometas?
Tu trabajo, señor que organiza, señor de los siete días,
estuvo en tu corazón a la manera como tenemos nosotros los sueños
de nuestra vida.
Andabas ocioso y ligero por los paños blancos de tu leche.
No conocías estar triste ni estar alegre
como el árbol que no conoce a los vientos.

Hasta hace un instante he sido desconocido, yo,
el que organiza en la tierra a sus gustos:
las rosas y el diamante
las mujeres y el caballo;
aquel que cumple sus sueños bajo la mano del sol.

Pues a veces, que el corazón está lejos de amor y que tus actos
no buscan a la mujer adorable,
parece que no estuvieras
y vas de uno a otro lado, por las calles oscuras al afecto,
sin importancia y sin ser, puesto que mucho de ello
está en los ojos de los demás.
En lo que nos rodea de nuestras vigiliass y nuestra muerte:
fundaciones de ciudades, amores y accidentes,
como también lluvias prolongadas y sequías;
y en lo que es para después:
ciudades deslumbrantes
y la luz días felices;
en eso hemos estado, hemos sido
igual que el cabrito de las sierras.

Y tú, el joven de la llamarada
has cantando entre mis íntimos
en cada palabra de odio y amistad
y cada luz de faros y risas de mujer.
Igualmente en aquella soledad del padre que murió en el jardín.

Entretanto el soberano repasa estas viñas que le somos.
Y sueños y deseos, nuestras vastísimas cabelleras,
—sus nietos—
y de manera semejante estos locos hijos del amor y la bella dama
—los últimos contemplados con perplejidad y susto.
Como el joven enamorado de Ariadna
boquiabierto en las noches de la llanura
con tantas estrellas en los ojos como burbujas a lomo de las olas
—allí su corazón amable calla y, después,
salta, sorprendido,
pues alguien ha espantado una de aquellas moscas azules.

¿No estuvimos así después del azar corrido en los límites celestes
cuando, divinos y poderosos, nos aventuramos
por aquellas praderas?

Monje poderoso:
Tu corazón es el único sol que no se desangra,
tu sueño es el destino y sus vicisitudes,
negras rosas —cruels o placenteras—

Huéspedes

Adornado por calas, claveles de sangre,
manchado por el oro y las púrpuras del mal,
luce el mantel.

Y la mesa servida para el gusto,
dispensada por amistad,
nace a la dicha del convite.

Dispuestas las sillas de compañía,
lujosas, entibiadas por la agitación del vestido.
Fuego el color de las copas y la bebida.

Mesa parecida al jardín,
en semejanza de alfombra ricamente bordada.
Para delicia
como vianda traída del exquisito.
Irradia antes del servicio.

Ha traído el exquisito sus viandas,
magia del gusto en las fuentes,
un suave aroma para delicia al olor.
Vacíanse los manjares en espera del gozo,
dispuestos en la vajilla.

Pescado de otros mares de distancia
encargado para refinamientos.
La caza, fresca aún, su carne tibia, su sangre
goteando las ramas últimas del corazón.

Y esas frutas para la mercadería de otros países,
 raras aquí, provocadoras del viaje.
 Manjares para la boca de los lejanos,
 traídos por el lujo,
 llegados merced al poderío del comerciante.

Aves hechas para árboles de otra lujuria
 de cantos diferentes:
 Con alas que irrespetaran vientos desconocidos.

Sírvense estas carnes,
 aquellas frutas tomadas con delicadeza,
 llevadas a los labios por deleite.
 Y desgánanse las partes sabrosas del ave
 antes dorada en el fuego, puesta en las brasas
 y rociada con vinos.

Pasa el exquisito,
 su mano bajo la bandeja, justo en su mitad,
 en equilibrio a las cosas llevadas,
 gracioso, a través de los honrados.

Para esta felicidad
 no se conviertan en oscuridad las aves servidas
 ni los pescados preparados al gusto por el maestro del
 [sabor.

Ni el mantel arrastre copas y bebida
 y derrame el placer.
 Ni las calas bailen su color de oro
 y destruyan la presentación.
 Ni las frutas, mansas a los dedos del comensal,
 estallen en carbón
 y manchen los dientes.
 Ni las carnes recojan su sangre íntima
 y vuelvan al estado salvaje.

Ni regresen los comerciantes
y se les haga el viaje pesado,
los remotos mares amenazadores,
las selvas intrincadas,
destinadas a mal morir.

Y no caiga la mesa, no ruede,
no sea echada por esa ráfaga
que llega un instante, imprevista, siempre
y desvía el acontecimiento, lejos del placer.
No venga para convertir la fortuna en desgracia
y hayan de huir los dispensados.
No venga ese desorden
y deje el gusto con agrios sabores.
Que el brazo no levante esas ramas de azar.
Caída la serenidad allí,
en la amistad igual que un ramo
con flores acabadas en resplandor.

Como una bella nave la alegría.
Y todos los sentados son magníficos,
sus bocas al hablar brillan.
Y los gestos, las decencias
gustan a la amistad.

Pasa ya la noche.
Pronto han de retirarse del convite:
El alba incendiará el mantel.
Bailarán los rojos claveles del mal.
Cederán los fuertes listones.
La bebida causará la furia del cuerpo.
El alimento será disgusto.
Aparecerá la risa que envuelve siempre,
salida del olvido o el hombre que hace perder.

Desaparece esta mesa de orgullo
y el lujo que conduce a la tristeza.
En la mala suerte están sentados
y sus cabezas caen como la flor segada por el cuchillo.

Ya el mantel se levanta,
hace un cometa a los ojos,
de hechizo, de sortilegio,
hundiéndose lejos del día.

Errantes

a don José Olmos Sánchez

Las llamas cantan vestidas de azul
o curtidas al bronce de astros si la noche se ha fundado.
Hénos aquí, de llegada, armados de gaviotas
y con especies índicas,
quitándonos la sal de playas y barcos perdidos en el ocaso.

Y qué te diremos acerca de los fondos del océano
y las lucientes corolas.
Y qué de las mujeres de pie alado en las riberas floridas,
con lengua encantada, habladoras del sueño.
Y la nostalgia que a manera de fino tejido
sobre las montañas amanece, deslumbrante a los ojos
del que mira desde la borda de ferry-boats
o que pasa, bañado en aguas de asombro
y envuelto en las plumas ricas de ciertos pájaros
puramente marinos, cuyos nidos
flotan en las espumas.

Allá, perdidos en las praderas errantes
quedaron los caballos de una batalla
que sólo admitiera sangre de jóvenes.
Y en una parte triste del mar, entre corales,
el paso de caravanas cuyos carros se incendiaban
y esparcían oro hacia las flores y jardines de los navíos.

Amables fantasmas despejaron una y otra vez
los cielos de extraños cometas

apenas visibles bajos las Pléyades
y a la hora en que ellas despiertan.
Y estuvimos presentes cuando un bosque
bailaba envuelto en llamas y bajo la furia de sus tigres
—raros espectadores de majestad—,
tanto que permanecemos hasta la tarde
toda una eternidad, conmovidos por el movimiento
y la manera cómo las perlas ascendían, vestidas de fuego.

De uno y otro lado de los océanos
las silenciosas especies
emprenden travesías apacibles, pueblos
que aman la virtud de estar callados,
simplemente mostrando en las ondas el lomo altivo
y los nostálgicos ojos
y cubriendo con sus sueños el mar,
como otros dioses a quienes nada importa el deseo.
En aquellas rondas, enteras comarcas en marcha
a veces asustadas por el olor de un asesino distante.
Esperamos la llegada de una gente
vestida como en otras épocas la tierra,
hasta que en los girasoles arribaron
y se detuvieron sobre la hierba del coral,
con nieves sobre la frente,
desafiando lo que las águilas aman.

Su conversación fue animada
y las nubes estuvieron semejantes a ciertas ciudades
en el comienzo de la noche.

Nacen las islas sobre la pulida esmeralda,
apartando en círculos las gaviotas,
con sus grandes penachos y las plumas de aves radiantes.
Te asombrarían a la misma hora
esos lobos que de un lugar a otro de las riberas

cantan una suave melodía,
con sus hocicos pálidos por el amor.

Y allí mismo las jovencitas del río
revividas y puestas en la superficie,
delgadas y trémulas al abanico de las lunas,
bailando y saltando en las salientes,
con algas y violetas azules sobre los cabellos,
igual que otras estrellas en las alturas.

Lugares donde las ciudades ascienden desde el remoto:
fondo de los amores del mar que las volviera de los sueños.

Nos detuvimos una mañana a presenciar un puerto
que agonizaba al pie de altas montañas
y cómo sus piernas rojas iban vencién dose con lentitud,
hasta terminar en el sordo chasquido del mar,
sus huesos otra hora altivos y relucientes.
Y en la caleta bramaban, perdidos,
los pequeños carboneros,
debatiendo sus últimas fuerzas en aquellos poderosos brazos
hasta que sólo quedaron azules gaviotas en la bruma
y cenizas celestes.
Y un poco más allá,
orgullosos palacios del mar se alzaron,
desafiantes y de magnífica postura,
con otras gentes del océano,
conocedoras del alegre oficio que las aguas ocasionan
—y mirando los grandes espectáculos de lo terrible quedaron
desde sus bordas, vestidos como el tiburón,
hasta perderse en sus propias eternidades.

Y otras tierras y otros tiempos nos rodearían
con sus ritos: vimos los muertos ser desenterrados
y expuestos al sol,

bajo banderas poderosas, cuyos colores
 recordaban las islas eruptivas, con volcanes
 para desafiar al cometa y los lejanos de llama.

De extensos cabellos errantes en los cielos
 y con rostros amables,
 aquellas esposas reclinadas en las rodillas de fuertes milicianos,
 cuya muerte estaba prescrita como próxima en sus ojos
 —y no se desasían de sus piernas,
 atadas por el amor,
 sino que volvían los ojos a las nubes de paso
 con rogativas suaves,
 dulces como incienso,
 alargando aquel pequeño dinero que daba la tristeza
 a cambio de viudez
 —y más tarde todas las naves erraron por la muerte
 en tanto que ellas extendían de uno a otro rumbo
 los cabellos amargados por el llanto,
 buscando en las casas invisibles aquellos miembros tersos y
 [seguros.

Días amarillos en el amatista del mar,
 pues dalias huidas de un jardín hundido en otras épocas
 se habían sustraído al olvido
 y estaba el océano como una bandeja,
 honradora del cielo con tal presente
 —ardían apaciblemente como las islas de aves.

Allí hemos pasado nuestro tiempo
 en las radas mágicas donde los navíos cargan la noche
 y el alcatraz toca con su pico amplio
 en la zambullida, ajena a estas épocas.

El nadador

Seas bello, joven nadador,
levantado sobre las aguas,
ajustadas tus piernas y cada brazo al muslo.
Bello como el mástil que alcemos al día soñado.

Ni tus cabellos sean irrespetados por el viento
ni tus labios tiemblen.
Más bien parezcas al sol,
divino en su postura, y, desnudo,
seas como rosa amanecida hoy para la aventura mortal.

Sólo un pájaro distinto
descendiente del más alto ramo del cielo
sea igual a tu cuerpo
en la maravilla del salto.

Al desafío de los aires
penetras sus dominios
y en la caída silbas tu cuerpo.
Ni una rápida estrella
igualaría esa delicadeza:
el arco mágico de tu pecho
que se abalanza al agua desconocida.

Seas impuesto sobre los voraces
y la gran injuria de la espuma
errante, sabia de otros odios,

no llegue a tu boca
ni entre a tu garganta como el leopardo de muertes.

Pase un navío cerca de ti,
bellas sus velas, altos sus mástiles,
con aves en derredor.
Y te sea descendida una embarcación de descanso.

Caiga del cielo un ramo salvador
y asido al fulgor de sus hojas
abrace el día siguiente.
O más bien te sea otorgada una isla
toda llena de la flor pasionaria.

Seas salvado, joven nadador,
hoy allí, frente a la casa del cielo.
Lejos sólo una llama, débil palma
preciada como salvación.

Las aguas caídas en los años pasados
no desconozcan al joven nadador
ni dejen de tejer sus paños en el día triste.
Y traiga el encanto dorados caballos
y el cielo de aquella ciudad
donde el invierno llora.
Baste para él el amor,
igual que antes bastara la margarita
para sus elevados misterios.
Y brille siempre el aire sobre él
y una luz sea sobre su cabeza.
Recuérdese para el joven nadador
los altos árboles
en los montes esbeltos y soberbios
a la hora de la muerte y la huida de aves celestes.

Quien fuera sueño de los días,
oro a los ríos,
recordador del sol;
bien va sobre las aguas
a terminar su corazón en los temibles hielos,
la garza helada de las alturas.

No bastan los ejercicios de esta adorada ribera,
se escuchan por el monte los terribles lobos.
No basta la contemplación:
Perseguidos, como la flor astromelia
igualmente asesinada.

Y en tiempos ya ajenos a la memoria
un resplandor devora su casa.
Aparece en su corazón un ramo,
una fragante maceta de lirios,
un apasionado y rebelde astro.
Un ave larga y radiante
pasa sobre los ojos para el efecto de maravillas:
Un reino para ti,
joven, bello nadador,
para holganza de tus miembros.
Y esta extraña mansión alza sus tigres a las estaciones,
a las lenguas del astro.
Sean entonces los sueños arrancados al cielo
por un joven que abre sus brazos al agua desconocida,
ajeno a toda perfidia.
A pesar de la luz maldita,
la perdición de estas hojas que bailan las nubes,
las furiosas bestias habitantes del corazón.
Aparezcas no comido por el vestido cruel,
no atrapado en redes, la traición
y la humillación de los rangos altos.

Seas el limpio, dulce paño de las noches,
 y aparezcas, joven, bello nadador,
 arriba del milagroso altar,
 igual que la estela invitadora al bien.
 Seas llevado por los días,
 el mar, gran atormentador de los navíos solitarios,
 el agua armada,
 puro de orfandad, sano sobre los peligros.

Vayas siempre asido al cielo
 sobre las brisas y altos fuegos de tormento.
 Digno amparado de la luz,
 joven, bello nadador,
 hoy y para siempre colocado más alto que esta flor
 [limpia
 salida de tu boca a los terribles,
 locos, voraces cielos
 a que se enfrenta el corazón.

ASUNTOS DEL TEATRO

Palabras del actor

Te inicias en los jardines de escena bajo máscara
[secundaria,
en tanto los actores principales se acribillan
y la primera actriz rueda en las falsas sangres del amor.

Te inicias vestido con traje pálido, preferible al
[principiante,
y de escarlata en sus ropajes y modos
los que están en el vértigo mayor.

Los primeros días serán perdidos a la acción.
Entonces hay que dedicarse a conocer la magia del
[ademán
y los grandes azares corridos en la tragedia
para conmover a los públicos;
así como los lugares donde colocarse en lo futuro
al errar de la fama en los labios de un papel importante.

Ocurre lo mismo con los colores y cielos
y la sapiencia de modulaciones
según los festones del techo raso sean grises trágicos
o raso del porvenir.

Conocerás que la compañía está regida por fuerzas
ajenas al actor, y que después la temporada
pasará a otras variedades, en tanto los astros
cargan en sus estaciones las llamas del teatro.

Y de la rosa pálida caeremos al sangrante girasol
y estaremos envueltos en los dorados mantones de amor;
y hénos aquí: galantes y apasionados
distrayendo el corazón de la jovencita
o los lechos de la esposa olvidada
vestidos con el esmero rojo del cielo
o cantando en las ventanas ilusas, al castillo de la amante;
y ardemos así en falsas llamas
apenas brillantes para una clase de espectador
no enterada en tales asuntos.

Mas, ¿no es cierto que aquí entramos a los fogosos besos

[del trágico

con un pie en el ridículo y otro en las plazas gloriosas?

Comenzarías una edad prestigiosa después del amor

tras abandonar algunas galas sentimentales

y vestirme al modo cínico del payaso

que atiende más a los lados frívolos

realzado ante las vistas por el color estallante.

Y en tanto cruzamos por el burbujante jardín dado a

[deseos y placer

y rosas salvajes y el animal lanzado a carreras

[desenfrenadas.

¿No has sentido cómo un día, cuando no lo esperabas

salta la flor distinta y planta en la alegría

el color melancólico de la violeta,

cierta nota de ausencia

que distrae los vicios y llama una desventaja a la risa?

Y después, disfrazados de hastío erraremos en los

[carnavales

y amoríos de jóvenes
como los señores de conversación, sentados al margen
o más bien adentrados en plan de consejeros.
Así te verías en las nubes tediosas del espectáculo
cuando comienza el fastidio de los repetidos papeles
de príncipe y bufón y caballero pródigo.
Pues el viento de hastío cruza las elegantes salas
en tanto uno pasa hacia lados opuestos
entre lucientes ropajes y la gala de falsas joyas
encarcelados en la verdeoscura decoración
llena de ilusas fuentes o cisnes de ocio, cerca de aves
[imaginarias,
¿Y qué resta después sino un giro trágico y violento,
la representación paternal del sacrificio
en un día cuando los públicos estén menos conmovibles
y sea necesario lanzarles un lirio negro sobre el rostro
y entonar la canción ridícula del suicida?

Y luego caerás con la máscara a sus pies
semejante a un anuncio celeste.

Las comedias y los días

Todos los colores son trágicos
 desde la barba púrpura que señala los días de sol
 hasta el azul, denotador de los mares
 y que es más amable a los públicos.

No se representa en diciembre con trajes amarillos
 ni se hace ostentación
 más bien cúbrese con violetas y tulipanes la voz del actor
 y de uno a otro lado hay telas vaporosas
 semejantes al llanto.

No pondrías a diciembre en los límites de abril
 y mayo sería incompatible con octubre
 de estas maneras cada época alumbra en los soles del
 [mes

sus propias flores
 y conoces que aquella que se jacta de su olor y brillos en
 [junio

no tendría iguales condiciones por noviembre,
 asimismo los vientos emplean otras banderas de color
 en sus mariposas y aves.

Lo propio sucede entonces con las damas
 y observarás que los incitantes escotes
 no están irremediamente bajo la rosa Reina de las
 [Nieves
 o consagrados a la orquídea de melancolías,

pues a otra ocasión
fulge bajo el astro rojo de sus suertes
la aguamarina familiar a Capricornio
o estalla en la piel suave y blanca del cuello dalia del sol.
Correspondiendo a estos motivos cruzamos por los ojos
[del público]

en poses apropiadas
y a ejemplo de ello caeremos de rodillas en octubre
ante las tumbas ilusas;
cuando el aire celebra los fieles difuntos.

A cambio de ello haremos una rama de fuego en las
[juventudes]
de febrero
bailando el lujoso tambor tocado por las demencias
hasta caer como insectos impuros sobre los sexos
y los vestidos rotos de cada uno en la parte de las
[piernas].

Celebremos alegres nupcias en abril
adorando la margarita
sumidos en sueños, con niebla mágica de amores y viajes
y allí, acostados con la damisela del lecho
llegamos al momento de oro
cuando la compañía, inclusive la muchacha trágica,
tiene los ojos menos preparados a la circunstancia
[dolorosa].

Y el público nos aplaudirá delirante
junto a las mujeres vestidas de tela liviana
y con sus encantos más a la vista
bajo el hechizo de lilas.

Después será la andanza por campos de julio y del agosto
que ya pasan al calor de más de un incendio
en los cabellos de las jovencitas.

Y allí la presentación de una pieza frívola
 para caballeros y damas de edad
 iniciados en prácticas amorosas de mayor audacia
 y, desde luego, menos escrupulosos en sus manejos.

Entonces no habrá otro color que el del alhelí
 bajo el cual asoman las damas sus manos
 lujosas por la joya.
 Y allí desearemos prolongar la comedia
 porque en octubre la moda dicta muertes de violencia
 mezcla de azules de tempestad y el vino de obispos
 hasta llegar al color cardenalicio
 semejante a los vientos oscuros sobre el tejado
 y las ruinas de casa en las efervescencias del incendio.
 Y aquí es donde arrastraremos
 para sorpresa de la amable charla de las meriendas,
 en medio a la bebida,
 arrastraremos ante los asistentes
 un joven apuñalado por celos,
 y los esposos suicidas y las mujeres crueles
 asustadas en el desastre de sus amores.

Y nos llevaremos la mano al pecho
 y cruzaremos el teatro de uno a otro ángulo
 con exclamaciones sorprendidas
 para desmayarnos poco después, en el más alto clima del
 [juego.

Y por último un tulipán negro es la señal de representación
 y nos verías de riguroso luto
 o bien cerrados de blanco,
 y los presentes, acongojados en sus sitios,
 temerosos de la próxima ocurrencia,
 pendientes de la tragedia donde todos los actores están
 [condenados;
 y observarás que la mujer

oculta su cuello con lirios
y el techo está gris, matizado
por rojo y negros en sitios convenientes.

Entonces alguien da la alarma
y todos, irremediabilmente perdidos,
caemos como extraños astros en el abismo.

Máscaras

He aquí que existimos en el límite de la mentira
que nuestra vida es impalpable
que estas personas representadas pertenecen
a un dueño de otro orden.

Cumplimos cabalmente en escena
ante el gran público. Así recreamos bajo los astros
y acudimos a una cita en los vientos
saliendo al paso de nuestras fiestas.

Nuestro corazón está prestado a otros personajes,
murmuramos un sueño y nuestros labios no son
[responsables,
somos bellos o nobles según las circunstancias.
Nos asalta un delirio azaroso
y caemos en los escenarios bajo una voluntad extraña.

Y no tenemos vida,
pues andamos sobre ruedas en un país desconocido
cuyas flores nos interesan de manera frívola
y cuyas mujeres nos aman en alcobas de falsedad.

Producimos un fuego y su corazón azul
crepita con más fuerza que el nuestro
en tanto arden los leños a la manera de sangre.

Nos permitimos ser extraños. Falsos.
Llevar una emoción no sincera.
Mientras andamos, desterrados de nuestro cuerpo
en un interminable paseo.

Paisano
(1964)

JUEGOS DE INFANCIA

Culebra

Echando candela, metiéndose en los oídos, bebiendo
[sangre

allá está, calladita
dejándose arrastrar
y como vino entre el viento, allá está
en el cuarto donde se come los pájaros
—les comió las plumas y las alas y después las patas
pero la cabeza se le va a atorar
y va a comenzar a cantar a medianoche
y se va a mover por los espejos
y a agarrarse de la cabeza del diablo que está en los
[rincones

y a decir ay
porque esa culebra tiene muchos diablos
y el sol le cayó encima
y por eso anda por todas partes, mordiendo, mordiendo,
hasta que se lo lleva a uno al infierno.

Un gabilán

Se paró el gavilán y se quedó pegado en las nubes
y ya no pudo dar más vueltas
y le dijeron:
Ya no podés hacer más hilo, ya no vas a poder tejer el
[cielo,
entonces todas las flores que estaban se pusieron tristes
y comenzaron a secarse
y entraron caminando en una cueva
y se veía una fila de gladiolas que iban rezando
y cuatro coronas de orquídeas y rosas
y así se estaba quieto el gavilán allá arriba
viendo que las montañas se habían puesto negras
y que los ríos parecían urnas;
cuando llegó un gran viento y dijo a resoplar
y estremecía los árboles como si fueran ropa colgada
y bajaron todas las estrellas y se pusieron a hablar
y salieron volando las nubes y dando vueltas
brincando por las colinas
y las praderas estaban muy contentas y les brillaban
[los dientes de risa.

Entonces se desató el gavián y se sentó en una silla a [beber
y se emborrachó y dijo a cantar
y nombró a todos los que habían venido para ayudarlo
y le parecían las alas como lunas
y los ojos que tenía era el sol que se le había metido en

[la cabeza

y a él se le llamaba el gran tejedor
porque anudó todo lo que había y puso en el cielo un barco
que va nadando, nadando
enseñando todos los sueños.

El sol

a Elisa Lerner

Andaba el sol muy alto como un gallo
brillando, brillando
y caminando sobre nosotros.
Echaba sus plumas a un lado, mordía con sus espuelas al
[cielo.

Corrí y estuve con él
allá donde están las cabras, donde está la gran casa.
Yo estaba muy alto entre unas telas rojas
con el sol que hablaba conmigo
y nos estuvimos sobre un río
y con el sol tomé agua mientras andábamos
y veíamos campos y montañas y tierras sembradas
y flores
cantando y riéndonos.
Allí andaba el sol
entre aquellas casas, entre aquellos naranjos,
como una enorme gallina azul, como un gran patio de
[rosas;
caminando, caminando, saludaba a uno y a otro lado;
hasta que me dijo:
Mi amigo que has venido de tan abajo
vamos a beber
y cayó dulce del cielo, cayó leche hasta la boca del sol.

Patas arriba en el techo

a Adriano González León

Yo sé dónde se encuentra
dónde está cantando ahora y comiéndose las hormigas
el pájaro que vuela arriba de las nubes
el que sabe andar por los sueños.
Estaba acostado patas arriba en el techo
murmurando que tenía ganas de matar
y espantando los perros que se le venían del cielo
y escupiendo los tigres
y diciendo:

Yo sí que voy a pegarle a los perros que se me vengan
yo sí que no les tengo nadita de miedo.
Y con las enormes alas azules les daba y les enterraba
[cuchillos

y me llamaba a mí y me decía:

Ayúdame, ayúdame.

Entonces terminó

y se puso a meterse entre todas las nubes
allá, muy lejos, cerca de una laguna.

Entre el río

a Edmundo Aray

Voy a entrar en un río
me quito la ropa y entro y le abro la puerta
y miro adentro de su casa
y voy a estar sentado en las sillas negras
y en los espejos;
cuando hable escucho qué dice y qué quiere
y cómo manda a todos y dice que se va a remolinear
y veré cuando sus patas empiecen a despedazar la ladera.

Tomaré agua de su corazón y me beberé su cuello
y haré gárgaras y escupiré adentro
y en los ojos le pondré piedras y le quitaré los diamantes
[y los pedazos de oro
y de ojos le pondré unos gatos
y veré qué vestidos se pone y cómo hace para correr
y si está durmiendo le escarbaré a ver qué sueña.

Yo vi qué come el río y vi su mesa
y tenía platos como guayabas podridas y ganado muerto
[y casas
y todas las siembras que se llevó
y un hilo verde, muy verde, como un ángel.
Me estuve sentado viendo un gran campo que estaba
[debajo

y allí cantan todos y se ponían morados
hasta que se oyó una voz durísimo
y salieron iglesias y calles de las nubes
y todos corrieron
y comenzó el río a decir que se iba a morir.

De noche

*a mis hermanos
Atanasio, Laurencio y Leopoldo*

Anoche estuve en una parte muy negra
volando sobre candelas
metiéndome en las casas y sentado sobre flores que les habían
[robado a los muertos
Y me metía por las ventanas porque era un humito
y olía todo
y vi muchas mujeres que bailaban
y les caía agua y formaban una gritería y se reían
hasta que salí y cogí por una sabana
y entonces llegaron unas conversaciones:
—“Ay caray, tan bonito que estaba ese árbol con las guacharacas
[arriba
ay, y cómo le metieron una puñalada, ay, ay,
y aquella muchacha que estaba sentada en el zaguán”.

Y como estaba blanca la luna,
como estaba blanca,
me fui para donde habían caballos a verlos relinchar
y a verlos en el chao para averiguar lo que tienen de noche
y si hablan y por qué parecen envueltos en sábanas.
Hasta que pasaron las doce y tenía que devolverme
y así fue que tuve que convertirme en piedrita
y echarme a rodar y rodar

y caer en un ventarrón, y así
hasta que pasó un borococo y de una vez me comió creyendo que
[yo era un ánima
y me fui por la noche entre su alma y
apareció un enorme mar
y que quedé en el azul.

En el patio

Pues me estuve entre las flores del patio
con las cayenas
gozando con las hojas y los rayos del cielo.

Aquí pongo mi cama y me acuesto
y me doy un baño de flores.
Y después saldré a decirles a las culebras y a las gallinas
y a todos los árboles.
Me estuve sobre las betulias y sobre las tejas de rosas
conversando, cenando, escuchando al viento.
Yo me voy a encontrar un caballo y seremos amigos.

Mañana le digo al saúco que me voy
hasta muy lejos, hasta allá donde están cantando los
[hombres,
donde corren los muertos y se entierran.
Yo caminaba por unos árboles, por unas hojas doradas
y me comía las estrellas, y me senté
y escuché la hierba alta y vi los ojos de una mujer
que brillaban como un diente
entonces arrojé una gran rama de naranjo
y todo quedó oscuro.

TIERRA DE NUBES

El noche

a Oscar Sambrano Urdaneta

Aquí llega el noche
el que tiene las estrellas en las uñas,
con caminar furioso y perros entre las piernas
alzando los brazos como relámpago
abriendo los cedros
echando las ramas sobre sí,
muy lejos.

Entra como si fuera un hombre a caballo
y pasa por el zaguán
sacudiéndose la tormenta.

Y se desmonta y comienza a averiguar
y hace memoria y extiende los ojos.

Mira los pueblos que están
unos en laderas y otros agachados en los barrancos
y entra en las casas
viendo cómo están las mujeres
y repasa las iglesias por las sacristías y los campanarios

espantando cuando pisa en las escaleras.
Y se sienta sobre las piedras
averiguando sin paz.

Juan León

Metete vos en el caldo, Juan León,
Juan León
que no hay nadita qué comer,
que descasea la carne y la yuca y las alverjas,
metete en la olla y hacete humo
aunque sólo tengás huesos y pellejo y dos dientes de abajo
Juan León.

Olleta, cocélo bien,
cocélo que ya le vamos a echar sal,
con la candela sale el humito, por la boca
sale el humito.

—“Juan León:
Acordate cuando estabas por el monte
que cortates hojas de bijao,
que te metites por los zanjones,
ay Juan,
te picó la mapanare,
no te pudiste parar más”.

Andate por las montañas, humo,
por la cuesta de las canciones, humo,
por el cielo azulito.

Llevame humo,
llevame ruido de la candela,

llevate a Juan León,
nubecita.

—¿A qué te sabe el caldo?

Me sabe a muy salado, me sabe a piedras y a palo santo,
me sabe como a tierra, como a hoja de ocumo,
a leche de cambur.

Andá ve que el viento se llevó la troja.
Mirá que el sol se está comiendo los zanjones,
que la tierra se está cuarteando.

¿Cómo que se fueron todos los de esta casa?
¿Cómo que ya desaparecieron todos los corotos y el olor
de todos?

Dejáme ver, humo.

Dejáme ver, viento.

¿Qué se hizo la casa de Juan León?

Huyendo

Después que matates a tu hermano,
después que lo volvites cecina,
que te echates las tripas por el cuello y bufabas
después que se te hizo poco para quitarle pedazos
y darle más y más tajos.

“Hay que rezar la oración, hay que rezar la oración”.
Y te volvites hormiga y cuando pasaban los guardias
te metías bajo las matas
y te volvías gusano y te subías
por las tapias
y las tapias estuvieron llenas de sangre y por la noche
brillaban
y se oían salir quejidos del monte.

Te fueron a buscar por los chaos y
te buscaron por el monte y
“Hay que rezar la oración, hay que rezar la oración”
y comenzaba a llover y se ponía todo
resbaloso,
y se resbalaba la gente en los huesos de tu hermano y las costillas
[de tu hermano
que brillaban por la noche
sobre los cerros.
No comás hígado por estos días,
no comás tripas, no comás

sesos,
no comás carne por estos días
porque te vas a comer el hígado y las tripas y los
sesos
de tu hermano
y te vas a estar con una espina de mapurite,
con una espina de mapurite clavada en la garganta, clavada en
la boca del estómago,
clavada en la nuca, clavada en las vergüenzas.

Mira que el campanero repica y habla la boca de tu hermano
y que juegan baraja y se apuesta una pierna de tu hermano
y que bailan y toca la mano de tu hermano
y que silban y son los labios de tu hermano
y que muerden y son
los dientes de tu hermano.

Hasta que aparecites,
hasta que te trajo el río,
hasta que después del aguacero te trajeron las aguas
y no tenías ojos.

Cazadores

Pasaron tres cazadores con escopetas,
a las cinco pasaron a esconderse,
cuando escandilen los zorros,
cuando encandilen al venadito
ya estará alta la luna.

Pasaron tres cazadores
Con los ojos envueltos en violetas,
berro en la frente;
pasaron echando olor, suave olor
por el camino.
Sabén muchas canciones,
si viene el tigre lo van a embobar.
Esperan que las perdices estén dormidas en la hierba,
esperan que el silbador traiga los venados
al bebedero.

Volvieron los tres cazadores,
volvieron al otro día,
pasaron con un tigre empalado
sobre los hombros.
Le echaron encanto por los ojos, le echaron
un lazo de seda,
lo rodearon de candela y le cantaron
y cayó muerto con plomo en la cabeza
esta mañana,
y la luna todavía estaba alta.

Ismael

Sos el ánima de Ismael,
 sos la rueda de candela,
 sos la mujer de las tres gallinas sobre los hombros.

Te damos vueltas,
 te damos vueltas en la noche,
 son las nueve pa date vueltas,
 son las nueve de la noche, las nueve de los dobles fuertes por
 [la noche,
 las nueves pa que descanses,
 pa que te metas en los árboles, pa que sacudas los aleros.

Ánima de Ismael
 decí dónde están los cobritos, dónde pusistes la busaca,
 dónde metites los cobre ánima de Ismael.
 Donde alumbrés con más brillo,
 donde mostrés un deslumbre de machetes,
 donde corrás con un candil en la mano.

Te vimos llegá y te sentaste en el patio
 y te quejabas.
 Vos que sos un ánima, Ismael,
 vos que nadás por la tiniebla,
 te escuchamos.

A ver, a ver,
 te vamos a dar el descanso, te vamos a dar

la rosa que lleves al cielo,
estrujaremos toda la tierra, Ismael,
romperemos la casa y la huerta y los potreros, Ismael.
A ver, Ismael,
decínos dónde está
antes que llegue la mañanita.

Hermanos

Los que andamos con el frío,
 con la niebla, con el sol,
 ay,
 tenemos que comernos el valle,
 tenemos que morder el enorme cedro y el algarrobo.
 Allá viene silbando el que es sobrino de las nubes,
 el que salta por los pastos.
 —No vas a envolver el techo de los pobres,
 no les quitéis la espiga del maíz
 ni les asustéis los caballos ni les despertéis los muchachitos.

Y viene mi hermano el mojado
 y el que tiene ojos fulgurantes y el roncador
 y el furia.

Enroscando todo
 nos vamos los hermanos,
 ya cogimos los árboles y los tumbamos de cuajo
 y no nos dio lástima los pichones ni las culebras que se criaban
 y las florecitas que volaron.

Se dirá que íbamos por la oscuridad y sacudimos nuestra plata
 como los ricos,
 esos que vinieron con mantos de noche
 encabritando los ojos.

Páramo

Pasó la niebla por las cuestras,
tapó con su noche,
ningún pájaro se ve por los montes,
ninguna luz.
— Cantá por qué estás tan sola
por qué llorás
por qué te metites donde estamos los tristes.

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores,
a quién le cantás,
a quién le decís de querer.

Allá está la que tiene un gran vestido,
se la pasa llorando,
se la pasa bebiendo de la montaña.

Echaron agua bendita
y se murieron las torcaces y dejaron
esterado de plumas todo.
Ay,
cuando estás cantando
todo se mueve, todo se vuelve
hacia donde cantas.
Te llamaré paloma, te llamaré miel,
te diré piedrita de río.

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores:
¿A quién le decís de querer?

Sol

Ya vienes echando rosas, ya vienes abriendo oro,
ya te pusites los montes;
despertastes las colinas y las matas de malva

Gran perro que viene del Infierno
echando olas,
revolvé las nubes,
ponélas de pájaros, de caballos, de pueblitos

con los ramos de candela
de muy lejos.

Solita

Después que pasaron las rozas, después que pasaron
me dejaron carbón y ceniza y los que estaban conmigo
murieron.

Vos que sabés cantar, que estás en las hojas del cerezo,
—Ponéte de niebla, ponéte de espuma y de riíto, decí:
“Vení de lejos, velo de lluvia,
llegá sol,
y con la cola sobá esas pendientes, tocá
las piedras moradas”.

Ala de la neblina,
paloma tortolita,
decíle a los cantores, decíle a los que corren su boca por
[las ciudades,
decíles que me voy por la noche, por la medianoche me
[voy.

Reseco

¿Y será que no se va a ir este polvo?
¿Y será que no se va a acabar este verano?
¿Y será que no se va a terminar de rajar el patio y de prendese
[los chaos?

Ay, Dios,
nos vamos a volver chamiza, nos vamos a volver piedra reventada,
nos vamos a volver purito carbón.
Y saliendo candela de las hendijas.

Que te reventás los ojos, que te los reventás
con ese sol.

Puro polvo, puro sol,
desde aquí hasta las vueltas del diablo,
hasta las candelas del Juicio.

GRAN LEYENDA

Abandonado

*a Vicente Gerbasi
y Augusto Payares*

Ay, que no tengo un patio para asolearme,
que no tengo un cuarto,
que no tengo ni una ventana;
yo que tenía tantos patios con limones,
tantos naranjos,
tantos zapotales;

que era rico, que tenía animales en casa,
que me acostaba en el café y me reía y me ponía rojo de
[reír
y me estaba bajo las matas oliendo el monte,

pero ya se me fue,
ya me quedé solito,
ya el sol me dijo que no.
—¿Y qué vas a hacer ahora? —me dijeron los gallos—,
ya nosotros nos vamos, ya te dejamos,
aquí no nos vamos a estar.

Voltié de la cama y miré
 y me dijo la cama que se iba,
 y quedé en el suelo y me dijo el suelo: —Me voy,
 y quedé en el aire
 y me dijo el aire: —No te sostengo,
 y me quedé en los naranjos y los naranjos me dijeron:
 —Nosotros nos vamos.
 Yo que tenía tanta luz,
 yo que me vestía con lunas
 y tenía la fuerza en mi nuca.

Una vez me vi en las montañas como piedra encendida
 y tenía coraje y vigor,
 ay, que me metí en la niebla, que estoy apagado:
 —¿Qué se me hicieron las casitas,
 qué se me hicieron?

Yo tenía tanto ganado que se veía
 como un pueblo
 cuando llegaba,
 y se veían montes en el polvo
 y se entusiasmaban los días, y era que tenía
 tantas casas que cada sueño lo vivía en una y no se me
 [acababan.

Hasta que me fueron dejando
 y fue esa luna roja, esa piedra negra,
 esa rosa que me venía iluminando, iluminando.

Abandonado

Malo,
anublado, te sentís
en los puentes, echado y bajando y bajando
y escuchás un rosario:
—Vamonós Ángel de la Guarda,
vamonós.
¿No podrás cogerme una flor?
Ponéme en la frente una ramita de eneldo,
echáme hortensias, echáme betulias.

Me han comido,
me trastornaron el cuerpo y me pusieron rabia en los dientes
y en el cuello esa culebra que se come los cuatro vientos.

Se cerró el camino con
cuatro puertas y cuatro
tapias negras y
cuatro mujeres de fuego.
No oigo ni las crecientes
ni cuando tocan allá por las fiestas,
ya no tengo más suerte, ya
se la dieron a otro,
me fui,
soy un rumor.

Abandonado

Hasta que la cara me quedó como tierra pelada,
que no tuve cara,
que se me fue apagando la vista,
que se me fue deshaciendo la boca
y quemándoseme la lengua.

Me puse como una oscuridad
y rodé hacia las espinas entre el olor del naranjo
y me dolió mucho la espalda clavada y la nuca clavada
y me salía tristeza.

Y no era sino una lluvia
vuelto hilacha,
y olía como hoja podrida
vuelto los ríos,
vuelto la agüita que baja por los zanjones.
Me volví puro llorar, puro llorar
y lamentarme:
No me hagás más daños.
No me hagás como ropa que se remoja.

Y quedé enterrado debajo de la iglesia,
sonando.

Muerte

Me metí por el canto del borococo,
me metí por su oscuridad, me fui donde sus plumas silban,
allí están echados sus perros
allí está su casa entre humo.

Me entré en la negrura,
y me fui
como un muerto me fui donde está la noche
abriendo las ventanas llenas de polvo
oliendo el moho
encontrando vestidos y flores.

Estas son tus piedras donde haces lunas
aquí te dan leche de tigra
donde los huesos brillan.

Estoy en la mata del sueño
en la sala de la casa,
mi cabeza ha crecido
se convirtió en nubes de aguacero.
Yo soy el que toca la noche,
ya te dije que me vuelvo árbol entre relámpagos:
—Vengo de lejos,
de más allá de las casas,
de más lejos que lo que se pierde en los montes.

Agarré mi vara y volví los ojos:
No andaría más por los zanjones,
no olería más la carne de asar,
ni la lluvia.

Muerte

Te estás durmiendo
te estás terminando
echá la última rosa por la boca,
que viene tu cabeza por entre el agua,
que viene como entre espumas.

Escuchá la florecita que entraba por tu ventana
oí las palomas rozar tus orejas
aquí se está hundiendo tu casa.

Primero fuiste azahar y tela de matrimonio
y después agua
y después niebla espesa
y después lechada como la que se pone en las tapias.

Ya no ves el amanecer.

Muerte

Vas a poner tus pies en mi casa
vas a dejar tu bastón
vas a decir: ¡Hipa! ¿No hay gente?
Me toqué la frente y me encontré como vidrio
y miré mis piernas y vi dos torcaces negras en vez de piernas
y me fui nadando y me encontré en una música.

Yo vi antes zaguán
que le cantaban al ángel
y escuché silbar por entre las cortinas
y me senté y puse cuidado:
escuchaba conversar, escuchaba la noche.

Baile

—Toquemos el valse.

—Aclaremos el instrumento.

No van a decir que olemos a azufre

Ni que tenemos rajada la garganta

Ni que dejamos el corazón

y no tenemos corazón

y no pueden ver que no traemos corazón.

Aquí venimos a tocar:

A las dos de la madrugada tendrán brasas en la frente,

a las dos y media tendrán brasas en los ojos,

a las dos y tres cuartos beberán sangre en vez de

[aguardiente, sangre,

y a las dos y tres cuartos cantarán

y a las dos y tres cuartos estarán girando,

girando a las dos y tres cuartos con un puñal,

con un puñal y una candela en la frente

y el sonido agitará las aletas de la nariz,

y ya irán a ser las tres,

las tres y el círculo estará muy estrecho,

muy estrecho a las tres, que casi llegan al centro,

y ella es una gallina que corre debajo del ala del gallo,

y ella se despliega y se le sube la falda

y tocamos arrequintando y dándonos gusto en el cambio,

dándonos gusto, dándonos gusto hasta

que él se vuelve un hombre rojo

y se mete en el pecho de los demás

Baile

He quebrado el sol
soy una baraja que brilla
por el cerro están mis estrellas.

Allí estuve una vez, riéndome
y me echaba el pelo en la espalda y cantaba
y todos se quedaban quietos y se quedaban
encantados.

Ha venido envuelto en fuego sobre las lomas;
vuela el quejido de su boca
y vuelan sus cantos y los embrujadores labios que
[estallan
en lirios de la noche;
de la medianoche a las tres, de la medianoche a las tres
fatales
de la madrugada.
Cuando el músico arrequinta el cuatro
y giran los pies
y la sala se quema.

No dejaré de volver
voy a iluminar las ventanas
voy a enredar las crines de la yegua.
No dejaré de volver.
No dejaré de volver.

Baile

Te entró candela por los ojos
y espinas y pringamosa
y leche de muerte
por eso arderás siempre
pudriéndote
debajo de las piedras estarás podrido y ardiendo
después que sacates la daga y bebites de su espalda
como si te hubieras estado quebrando por dentro
acesando, acesando,
mugiendo de rabia.

Ya te vemos volver
vendrás echando espumarajos como puercoespín
con la lengua como trapo,
te detendrás sobre las lomas y gritarás
irás corriendo envuelto en azufre,
hijo sangriento,
te volvites miedo y borrasca que lanzar chispas
azotando los guamos, golpeando los bucares
haciendo que las gallinas se asusten, que relinchen los caballos.
Cuando se prende el baile
estás de repente y vas arrojar puñales
y pintas de rojo el suelo
como si fueras gran aguardiente.

Ya se perdió tu nombre, ahora te llamarán de otra forma,
con un ruido te nombrarán

con una seña dirán cómo te llamabas.
Detrás tuyo van los que te quieren ver
con la cabeza vuelta sangüaza.

**Honras fúnebres
(1965)**

La llegada

a)

Venidos del mar
a nuestra ciudad del oeste
—puerto en las costas pacíficas—, y desde ayer
son estos hombres vestidos de luto
enviados del país fronterizo
tristes y regados por las calles de antiguas piedras
¡pues sean bien sentados en las buenas mesas
preparadas por la comisión
con ese aire sombrío de sus trajes!

Los veo recogidos en sus capas
sin sonrisas en la inclinación del saludo o la reverencia
del ceremonial.

b)

Y bien
héllos aquí en nuestra ciudad pacífica
bajo las grandes casas del anfitrión
y la teja orinada por los años,
con sus motivos
en el traslado de cierto cadáver aniquilado en estas
[tierras
por un fuerte mal.

Corre ahora el sombrío noviembre
y del lado de la costa
una bruma igual que bandada de fantasmas
canta desagradables melodías
¡así nuestros padres se consuelan de las pérdidas
pues sueñan un vano regreso de los náufragos!

c)

Como una bandeja con tarjetas de condolencia
motivado al recuerdo del difunto glorioso
próximo a partir
sobre el mar:
así se encuentra la ciudad.
Y es un aire negro
un pájaro oscuro y trágico
que vuela sobre tu frente.

Impresiones

a)

Muy circunspecto
holgazaneando con las campanas,
al oído de las altas bardas y los ventanales solitarios,
está el sacristán,
y las señoras de bronce entregando sus faldas de luto
restregándolas por los enseres de cocina
los rostros y los trajes;
por sobre el lomo de las bestias, allá, en los límites
donde sortea el coleador sus reses
y terminan las paredes
arrastrándose, consumidas. Inundados por la lengua
de las iglesias
tomados por las voces que nos recuerdan el viaje a la última tierra
y las flores que nacen sobre el lugar de nuestros padres.
Sí,
días hace que tales cosas padecemos.

b)

Como en los tiempos de temblor
cuando se hincan las vacas,
nos vemos condolidos por un sentimiento general.
La vieja en el corral acosada por las gallinas y los
pavos
igual que el anciano

por un momento abandonan sus útiles
y miran al mar
como si se acercaran inmensas olas
o barcos extraños.

c)

No hay sitio para las risas
en estos tiempos graves.
Hemos perdido los gritos del borracho
acostados bajo una pasada melancolía
que regresa como el hijo no esperado.
Somos incapaces de reconfortarnos con vinos
o flores
bajo eso que parece grandes fangos de azul.

No hay sitio para un pájaro
llegado de luminosas alturas
ni se asentaría hoy un circo en nuestras tierras
con sus bandas de alegría.

La muerte exige un pago de nostalgia
que aceptamos
en los ropajes morados de la ventana
la bruma y el óxido sobre los tejados,
¡Y las banderas en tristeza!

Exhumación

a)

Desde los elevados sitios de armas
se parte el cielo
y se azotan las ventiscas con el cañón
para espanto de todas las aves
llanto de niños y susto de la muchacha de falda ligera.

Como inmenso cuero suspendido
hasta el fuego celeste
estremeciendo los techos y bamboleando campanarios.
Y más alto que esos fulgores que alguien teje con altivez:
esa sacudida, esa terrible y triste estampida regular
precisa
a manera y par de redobles,
en recuerdo de las íntimas condiciones
y el destierro
y las flores de la miseria:
como una bien medida persecución de espanto
ahora
cuando la tarde es roja carne recién tasajada, colgada en garfios.

b)

Y se concentraron las gentes a la luz de los vagos y altos vitrales.
Allí la sombra del cadáver y los murciélagos del tiempo
entre las bendiciones sacerdotales y el humo.

Hasta que alguien dice:

“Es su cadáver”

Y los huesos resbalan sobre la tela
y los señores tristes y sobrios huelen la tierra
por la seguridad de sus funciones.

c)

Así se arrancaba a esta ciudad el cadáver
y le fueron quitadas las adherencias de tierra
de entre sus huesos
y conservó la dignidad.
Y lloró la alta iglesia entre sus órganos,
la música salía hacia el cielo
por las puertas laterales y la del centro
más honorable todavía.

Y entraron al resto en preciosa urna de madera
adornada con escudos de armas
sin que faltara la leyenda
de oro
sobre laurel.

Aprisionados por el homenaje
lloramos
alzados, disueltos entre las campanas y las salvas de Santa Bárbara
perdidos, con los ojos húmedos
de orgullo.

Descripción de la ciudad cuando pasa el cadáver

a)

En la esquina
el adorno negro como inmenso pájaro
espectador, y en grandes racimos los lirios
desde cada ventana
poco más bajo de la bandera a media asta.
Y los altares de las casas encendidos
en lámparas de aceite
por decreto y para buenandanza del homenaje.
Las gentes cruzan con lentitud
al mar
hasta ver en la bruma los escarceos de la gaviota
ocultándose en las velas lejanas:
espuma
del azul trágico,
¡disueltas en la música fúnebre!

b)

Reflexiono acerca del digno catafalco,
el sudor de los emisarios lejanos
y el estremecimiento de las magnolias.
Y tal vez
otra voz se une a estos rezos
en el sombrío rostro de cada uno de los que marchan
entre sombras. ¿No hay un sueño,

una estada en otro país?
Un ave mortal
en esta calle
y volamos, volamos ahora, dulce,
pausadamente.

c)

Se dispuso del sol en lugares grises,
no habrá nada más que esta vía
y los recuerdos y las honras.
Una y otra vez
y otra vez hacia la noche y hacia la muerte
hombres del funeral
lóbregas damas de negro y llorosas bandadas de redoble,
y más salvas, preciosas y regulares
sonando, sonando,
hacia el atardecer, hacia el crepúsculo sombrío,
como estrellas malditas que giran a nuestro alrededor
llenándonos de muerte.

Las batallas

a)

Al oscuro Pacífico
se dirigen las armas.
“Disparemos siempre
al vacío y a los vientos
a los que cruzan por la niebla
a las olas del jamás y los barcos fantasmas
(y los alaridos que nos asaltan por la noche)”.

b)

Mas
todos tiran a herir el viejo retrato del héroe,
lo que aprisiona en su frente
y en tantas descargas quedará prendida su gloria
y los alcatraces sobre la espuma, flotando,
y el caballo
y la espada con que dirigía las batallas
y su uniforme
y los muertos despachados por su fusil,
y a la décimoprimer descarga
caerá su cabeza entre las gaviotas.

c)

Suplicamos
sea bien recibido entre los muertos
aquel
nuestro héroe, caído por males del cuerpo
mas para siempre salvo en sus hazañas;
que un sueño parecido al de nuestros hijos
lo alumbre donde esté.

De esta manera
y con tales bendiciones
despide la ciudad pacífica al huésped
—en nombre de todos los sitios, de todas las plazas
de todos los altares y las espadas y las aguas
de tu país.

Otras naves de compañía

a)

Bello el desliz de las naves.
Y el azul plácido
y la gran mañana de licores.

Felizmente enjaezadas
en naves
las naciones se cruzan sobre el mar
y un azar agradable conduce estas huestes
bajo cielos amigos.

b)

Saludos en las salvas de popa que el joven marinero
emplaza hacia una isla invisible
(tal vez si descubra una reina del coral
y sonría mientras el sol cruza sus dientes como látigo).

Capitanes blancos,
insignias de un país
desconocido, pulcros sobre la madera refulgente.
Pero en silencio,
la mortal compañera, amiga del anciano
más abajo de la franja oscura que desplazan las aspas
sosteniendo el grande y puro ramaje
que sueña.

c)

“Iremos
como gaviotas sagradas
en compañía de este pájaro menos mortal
y engañaremos al tiempo
con los días brillantes y las fiestas del puerto,
en nuestro viaje de dignidad”.

El navío

a)

Emisarios mortales, trasladamos nuestro cumplido;
vamos
con la impuesta prenda.
Advertimos las alargadas varas de mástiles y arboladuras
hundidos en los vientos
y el círculo duro de nuestro timón
gira
sobre las aguas;
lo mismo esas telas que cantan.
La distinción está en las maderas y los escudos portados,
los vivos colores del estandarte
y la altivez y dignidad del cadáver
que llevamos.

b)

Capitanes, emisarios, conductores de caballos,
servidores
en los lugares de la tierra y el mar,
—Allí van
regados por los astros

c)

La gran mesa del océano
servida
¿No se ha visto que un navío distinto,
un ala de mayor prestigio
cruza
ante el asombro de los tiburones y los caballos del coral
como extraña suerte?
Y se ve, arriba de sus palos
un gran signo.
No sin que antes descendan graves fulgores
que alumbran las velas.

En las cámaras fúnebres

a)

Todas las colinas por donde anduve
están sangrientas
y todos los lechos en que dormí fueron del amor.

Veo pasar los caballos
no llevan jinete, no llevan manos que sostengan sus riendas;
yacen por el campo
bajo susurrantes moscas, entre quejidos y olor de heridas
[recientes.

¡Ríen las espadas
y suenan los fusiles azuzados por las banderas y el cielo
[que amo!

b)

“Sobre un caballo igual que candela agitada
giraba mi corazón
empujándome
y mis poderes sabían hablar a la espada
aquí y allá
entre lanzas clavadas,
sin contar con los amores, odios o creencias
de aquellos de ultramar.
Escucho la risa de mi caballo y las maldiciones del cielo
como conversaciones de mayores!

c)

Pueblos
estas son mis armas
y la sangre y los hombres borrachos en la matanza.
Mi amor es un país
que yo arrojé al futuro
como una rama de violencia.
Me complacía verlo
al oeste
con los ojos de oro.

Un gran sueño

a)

Mi esposa han sido estas distancias
salvajes
cuyas puertas son exterminio;
aquí cantaron los pájaros que quise
y murió la muchacha que amaba, entre valles ardientes;
jugué la mocedad
aquí
donde no había amistad por los siglos pasados.

b)

Hacia las revueltas estrellas mi país estalla
y persigue sus dones felices
en las cruces de los héroes.
Y en los lugares de su bandera es asesinado
como un hombre en lugar extraño
—buscando una moneda, buscando una dulce moneda
que rueda por las multitudes.

c)

Si él ha hablado
hemos perdido sus palabras.
Y si hubiese reído o llorado
habríamos perdido su risa o su llanto.
Pues nosotros sostenemos una augusta cámara funeral
expuestos a la risa y el llanto.

Llegada del navío a puerto

a)

Una línea roja rodeada de banderas eclesiásticas.

Selvas.

Una montaña que se incendia.

¿Qué más distingues entre los disturbios de las gaviotas?

Una mujer,

la bruma.

Un hombre que grita.

Todo es tragado por el mar.

b)

Más cerca

verías que las barcas

visten gualda y morado; nadan brillantes,

vistosos, como enredaderas.

Cada una posee un personaje

que saluda respetuosamente

nuestro cadáver.

c)

Está cerca la ciudad constante.
Nos despediremos del buque,
no quedan más que conocidas ceremonias.
Ha quedado atrás nuestra fastidiosa
amada travesía.
¿Iremos así, de un país a otro
recogiendo interminablemente sus cadáveres?

A través de la alta montaña

a)

Es un paseo absurdo.

—Cumplen una misión acompañando esos restos nobles
a la ciudad.

Moscas sobre ellos

y arriba las flores del catafalco.

Los caballos espantan al tábano

y sacuden los pesados atuendos.

El cielo hace muecas sobre la gran compañía.

b)

Nos encontramos en lo más duro de los montes
con un sol que pudre nuestras costillas.

Hieden las bestias.

Y el catafalco está imperturbable.

Sólo el cumplimiento de una alta misión justifica
este camino.

A los miembros agotados el cielo nos regalará con
viento fresco.

Sólo malditas cigarras

que realzan la sombra y las oscuras ropas de los personajes.

c)

Pero hemos de llegar.
Nos espera la ciudad con sus buenos lechos.
Con las mujeres rodeándonos de afecto.
Con las caricias, el amor.
Y en las habitaciones de casa
verdaderas flores de hogar.
Y los muebles de costumbre y las livianas ropas íntimas
magníficamente bordadas.

Dormiremos plácidamente
al abrigo de un techo conocido de antiguo.
Allí está nuestro merecimiento:
El premio del viaje.

La ciudad

a)

He allí una mujer triste;
sobre sus hombros dos pájaros negros
que miran al sur.
Sus vestidos caen sobre la tierra
cambiando de color a cada instante.
La gente habla distintas lenguas
por las calles del centro y sus alrededores;
miran un sueño,
nadie adivinaría cada uno de sus años;
por las calles del centro,
en gran agitación.

b)

Paso al cadáver!
Yo soy el mago que enseña la gloria:
un par de serpientes y la frente de antigua dignidad,
fuego que crece desde mis piernas
y un lento mal, lento
como la enredadera de los muros.

Entonces aparecen las damas en el balcón vestidas de luto
pero bellas, muy bellas,
y sonríen con la gracia de sus dientes
hacia el pasado, hacia los años de treinta años atrás,

hacia un jinete que entra por el vocerío
y camina bajo las tiendas de la guerra
y caen rosas negras que se encienden
y banderas de oro.

Y luego serán los desfiles,
los muchachos de los colegios, obispos y representaciones
[sociales
vestidos pomposamente...

c)

Mas
tú estás triste, amigo;
has arribado a la última ciudad.
Has perdido la guía de tus pies.
Aunque desde la escalera saluda la joven esposa
y ves su pelo
como bella cinta que flota sobre los hombros,
ancha y negra en el marfil por la parte de su
garganta.
¿Por qué no admiras la hija que va sobre sus piernas al cielo?
Cuántos ocultos aposentos.
Cuántos ocultos dictámenes.

Te pregunto a ti, ¡jefe de los que traían
la muerte!

**Santiago de León de Caracas
(1967)**

BORBURATA DE LOS FANTASMAS

[1] Diego de Losada funda la ciudad de Santiago de León en el Valle de los Caracas

a la memoria de don Enrique Bernardo Núñez

Qué belleza la tierra cuando esa montaña
sube un cuerpo blanco en sus aires
y se estima su altura.
Y el azul se ve limpio y es un filo que
de solo lejano
está bello.

Así ese día cuando el jinete aún
no había calzado sus espuelas
ni de su tienda el aroma de una bebida fuerte
se expandiera, diciendo
—Aléjate sueño, otra vez comenzamos.

Apenas una línea de aurora
y ya los caballeros reconocieron todo el sitio:
Qué templados aires!
Qué colinas!

Qué día con tanta agitación de guerreros
Cansado de guerrear
y viendo que la muerte volvía y resolvía junto suyo
—Fundaremos! —se dijo.

Y evocó a Santiago El Jinete.
Arriba de su frente se coronaba el rostro con cenizas de
[guerra,
cincuenta círculos del caballero.

Y comenzó a tender su pueblo.

—Alzad la empalizada!
Marcad la tierra!

Y se veían llegar los pájaros del sur.

—Clavad los postes!

Pacían los caballos y las demás bestias,
tranquilos,
pero los hombres
 Qué agitados!
—Preparad ya la misa!

Y el barbado jinete apresuraba su caballo.

Comenzó la misa
no había coro ni armonios,
frondas sí
y un aire solemne.

Santiago!
dijo el caballero
—y su caballo vuela.

Marcaba su caballo la tierra
espantando hojas podridas y terrones cada uno de los cascós

Floreecía

Qué día este sol
cuando fijaron sus pendones y levantaron sus espadas
aquellos que vinieron del mar.

[2] En su delirio Losada recuerda sus correrías con Pedro Reynoso, en el oriente del país

para César David Rincón

Adónde vas terrible espada, adónde noche,
adónde oscuro sol

—Yo soy Pedro Reynoso, El Capitán.

Adónde vas terrible espada, adónde noche,
adónde oscuro sol

—Yo soy Losada, el Maestre de Campo.

A los quince días oímos el relincho de las aguas,
a los quince
el fuego del oro y las piedras

Ah El Dorado! Dorado!

Agarró la tierra las patas del caballo
y quedó clavado.

—Reynoso, Reynoso. —¡Vámonos a pie!

Y los agarró la tierra por los pies

—¡Clavados!

[3] Los fantasmas de los indios que capturara y vendiera como esclavos en Margarita surgen de la sombra

De la tierra baja
Yo,

La Cruz de Antonio Sedeño.

Estoy en Tiznados, pero los sigo,
cuando vuelven los ojos

—Atrás viene la cruz de Sedeño! —dicen

Él quedó muerto en Tiznados.

—Aquí me levanto en tu casa Losada
Saco la trailla donde venían tus muertos
¡Vamos! ¡mira!
Aquí los traigo por el pelo
cuando se murió Antonio vos y el Reynoso aprovecharon.

Entonces comenzaron a salir
—¡Ojos, puros ojos!
Mirando, dando vueltas.

**[4] A los fantasmas de los indios se suman
los esclavos negros que fueron exterminados
por él mismo en las minas de Buria, cuando el
levantamiento del negro Miguel**

a Mateo Manaure

—Dónde está mi nuca Losada

—Y mis espaldas
y la sal que nos echaban Losada

“Viene un caballo, vete Losada
vete”

—Dónde está mi mujer, Losada
mi hijo
y los perros que se lo comieron

“Oye relinchar ese caballo, Losada, oye,
¡Vete!”

—Dónde está la traílla
y las gorgueras que nos ponían.
—Los palos donde nos ahorcaron
¡dónde están Losada!

“Ya llegan Diego
por el techo, por las ventanas, por las puertas
¡Llegan!”

—Ahorita mismo
Aquí nos vas a responder

**[5] En el cielo de Losada cruza su más enconado
enemigo: Pedro Ponce, que lo despojara del
mando en la recién nacida Santiago de León**

—¡Que te traguen los perros!
¡Que te pudras!

Y Pedro Ponce paseaba por el cielo
y debajo iba el mar,
y él —callado— paseaba.
Y estaba Diego maldiciendo
—¡Que te rompan las tripas!

Y no lo oía Pedro Ponce
que aireaba su cadáver

—Vos y tus hijos me robaron
¡Ladrones!

Y se veía el cielo claro
entre la noche y la eternidad,
y Losada se miraba pequeño, muy pequeño.

—Me robaron
vos estabais echado
¡ni un pelo de indio apaciguasteis!
Habría pasado Pedro Ponce toda su muerte dando vueltas
y Losada gritando
pero llegó una lluvia y corrió los cielos.

[6] Aquí recuerda a Francisco Narváez el primer expedicionario por tierras del centro del país, cuyas tropas, formadas en parte por gente del tirano Aguirre, fueron arrasadas por Los Teques y Caracas más arriba de Nirgua

Huesos que se levantaron una vez
podridos huesos de la noche
cráneos boqueando y tibias y brazos espantados por los caballos,
—marañones que pusieron en sus tumbas a
más de un alma
y otros que vinieron a merecer,
¡yacen!

De aquí me iré a cubrirlos con una buena capa
así el viento no empujará otra vez sobre las peñas esos restos
y el blancor de sus huesos volverá
con el oscuro suelo.

Permita el tiempo regresar
al Sitio de Narváez,
sobre todo por el entierro
que desde hace mucho llega Narváez y me llama

—Entiérranos, Losada, entiérranos
tú que conoces dónde.

—Ya voy Narváez,
ya voy,
espérenme

Que yo los entierro.

[7] En su delirio Losada se encuentra con otro de sus más enconados enemigos que, junto a Pedro Ponce y sus hijos, formaron partido para echarlo del mando

Una cabalgata se apartó de la sombra

Y bajó rápida:

—Infante y Juan García

Y dijo Infante

—A ese Losada

no lo resiste ni el Infierno,

echado todo el día

tejiendo rencillas y ahorcando indios.

Nos manda como perros.

Cualquiera de estos días nos ahorca por el puro placer.

Y oyó Losada

—¡Infame!

que de no estar en esta cama os juro que ahora mismo

os tragaríais la injuria.

Y se le encogía el corazón. Estaba acostado

con su dolencia en apogeo

y le temblaba la barbilla.

—Nunca va él

manda uno de nosotros —Id vos Infante— dice

endiosado en el mando.

—Traidor

las veces que salisteis

¡temblabais!

Y discutían, Losada desde el cuarto
Infante al otro lado de la noche,
y se sacudían con insultos.

Y Losada volaba sobre La Borburata persiguiéndolo
y se escuchaba a Infante tronar
igual que un tronco cuesta abajo.

**[8] El recuerdo del empalamiento de los caciques
mariches atormenta a Losada que otra vez
escucha sus gritos y las voces de sus asesinos**

—¡Vamos Ponce! ¡Vamos Fernández!

¡Pronto!

Y un vocerío. Y Pedro Ponce y Martín Fernández
leyendo la muerte.

—¡Pronto!

Y Ponce y Martín Fernández de Antequera erguidos
puro odio.

“Que se los lleven
Que se los lleven bien atrás” —dijeron
“Que se los lleven y los empalen!
Bien metidas las puntas!
Que los agarre el diablo!
Que aprendan!”

Yo en el centro, con ellos.

“Atrás de las últimas casas, bien atrás”

Y se alejan y queda Ponce junto a mí,
y los indios amarrados, viejos macilentos,
arriados, yéndose
—¡Qué alaridos! ¡Por Dios!

Ay Ponce
Ay Antequera
Qué mata de crimen
¡Qué diablos de sangre!

[9] Cuando lo despojaron de ciertas tierras en el Tocuyo

Viene el cielo arrastrándose

—Quién es el que lo toca. Quién le viene arrancando las nubes!

—“¡Yo que busco mujer!

¡Que me devuelvan esa tierra!”

Dónde hay una mujer para este bravo

Es que no vino de Andalucía, de Asturias

Una muchacha recia de caderas y pechos que sepa
disponer una casa?

Qué pasa con ese que quiere desmontar a las nubes!

—“Yo que busco mi hacienda

por aquí, por aquí estaba.”

¿Pero es que habrá de ser que le quiten todo

que lo vuelvan un

palo?

Anda

Corre esa cortina muchacho, Córrela!

Que se tape la infamia!

[10] Se revela como un ser distante y a la vez próximo sobre la ciudad

Anda
que no tengas más discusiones ni más
pleitos Que no pases
sacudiendo los techos!

Por un pedazo de gloria, por un amarillo
pedazo de gloria
te estás volviendo

¡flecós!

Me has seguido desde Puerto Cabello, desde
La Borburata

Di al fin!

“Se enganchó de unos árboles y echó a caminar
y tomó su figura”

¡Más, Losada!

“Y recogió su humo y se endureció
Y arremetió brillando”

Recién venido del Infierno
en su primer amanecer
después de tanta noche.

**FLECHEROS ELLOS, Y CORREDORES Y SALTADORES
GUAICAIPURO Y LOS SUYOS**

[1] Los Caciques del centro se acuerdan para la guerra

a Vicente Gerbasi

Podrida la tierra
con esos fieros y terribles del mar.
Achicaron los hombres volviéndolos
un pasto.
¡Ya no hay camino que no pasen!

Llegó el día de meter los críos y las mujeres en la niebla.
Todos los hombres bajarán
Por uno y otro lado
Por las alturas y la tierra
Entre los ríos
sobre piedras y espumas

Como puntas de lluvia
y piedras
Como cabellos de mujer
y monte
y más que hormigas
bajarán
Anequemocane y Macuto
y Paisana

y Mamo y Paramaconi y Tiuna
y Tamanaco
y Conopoima y Terepaima y Chicuramay
y Sorocaima y Aramaipuro
—Pide a tus dioses, invasor.
Limpia muy bien tus armas!

Qué día
Qué fuego
Cuando se unieron la neblina y las olas
Cuando el venado y el tigre de mar
Se hicieron a la guerra!

[2] Asalto al Hato de San Francisco, en el Valle de los Caracas, asiento del capitán Juan Rodríguez Suárez

Ahora comenzará a temblar la tierra
a quejarse el monte
a revolverse el agua
¡Nunca vieron tanta fuerza regada!
Nadie juntó los hombres así como el Tigre del cielo

Y los jefes de piel verdosa y plumas
de arrendajo
—Flecheros ellos,
y corredores y saltadores—
suenan su selva

Unos se pintaron de alcatraz y gaviota,
porque traen sus flechas como puntos de espuma
como ojos de peces,
y vienen con estrépito
sonando caracoles y huesos
En sus gritos corre el sol de las aguas

¡Que tiemblen las culebras enemigas
Que tiemblen las bestias enemigas!

[3] Emboscada y destrucción de las fuerzas de Juan Rodríguez Suárez

Adónde van
A qué parte vuelan sus piernas!

Pasaron por las tierras de Catia, al oeste,
atrevesando niebla

Qué dicen los invasores
Qué temblor mueve sus rodillas,
Sus relámpagos

¡Dónde se esconden!?

Nube negra vienen
—con odio y tempestad—
los de la tierra,
Con alaridos vienen.

Azules y sangre
Negros y amarillos
Verdes y manchados de tierra

Qué lago de hombres
Qué lluvia de guerreros

—Ahora verán los de ultramar
a qué sabe la muerte.

[4] Derrota de la fuerza indígena en ausencia de Guaicaipuro, el jefe, por Diego de Losada

Cortando caras y arracimando brazos y dientes,
¡allá vienen!
Salieron de sus escondites
brincando.
Tienen una lanza en cada mano,
y en sus espaldas
Colmillo de flechas!

Una mirada de esos guerreros
y los dioses del enemigo
tiemblan.

Una flecha
y sus ojos se cierran!

Ya no hay más que cadáveres
Ya no hay más que fuego.

En las bocas y narices del enemigo
y en su risa y su cuello
enterraron sus lanzas
—Y nada pudo el dardo invisible ni
la atronadora candela!
Sus escudos y sus dientes de hierro
¡Inservibles!

Así combaten los del humoso bosque y la arena
Que se fija y dispersa!

[5] Muerte del cacique Tiuna por uno de los indígenas que se habían aliado a Losada

Ocho brazos tenía cada enemigo
Un dios en cada mano
Y aunque el cielo y la muerte estaban de su parte
Fuimos a combatir

Ay los hijos de la tierra
sus dioses estaban ocupados, jugando

Qué mano hizo esta flecha que no sabe clavarse en un
corazón enemigo
Qué traidora piedra
 limó su hueso

Contra el cielo peleamos!

Después que llegamos de toda montaña y costa
y selva y peñasco de hojas
Nos juntamos en la llanura.

(Esperando la llegada del último
se sentaron y fumaron sus hojas)

—Dónde está Guaicapuro,
Se habrá dormido?
Qué inquietos los elevados de frente
Y el enemigo que ya despereza sus tiendas.

De sal y hierro
de caballos y muerte

son los dioses del enemigo!
 ¡Y nuestros dioses ocupados, jugando,
 Ni se fijaban!

Di, Tiuna,
 di, Tamanaco,
 Dónde está el que dispone,
 Por qué no llega?
 —No responden Tiuna y Tamanaco,
 secos de lengua.

Di, Paramaconi,
 di, Toconay,
 Dónde está el que dispone,
 Por qué no llega?
 —No responden Paramaconi y Toconay,
 mudos.

O tocamos sus puertas o hacemos por ellos,
 los dioses!
 Ay tener que tocar la puerta de nuestros dioses!
 Ah
 Cómo quedarían esterados los recodos del suelo
 La yerba y las colinas
 cuánto sangraron.

Di, Tiuna,
 Di, Tamanaco,
 ¿Dónde ir?
 El enemigo ya se acerca!
 —No permita mi vida huirle
 que me convierta en oso si no vuelvo la cara al enemigo!

El último día de Tiuna ha llegado, este sol
 verá que lo maten!

No fue Losada ni Pedrarias de Alместo ni Juan Pinto
ni Sancho del Villar ni Martín Fernández de Antequera
ni Pedro Alonso ni Juan Díaz
—venidos de ultramar—
Uno de los propios, uno
de corazón picado—
Miró a sus jefes, los que iban sobre bestias,
y se aproximó cauteloso

Ay que Tiuna peleaba con tres enemigos
Y llegó el traidor y a veinte pasos de su espalda
tensó la traición
y disparó su flecha

¡Cómo abrió los brazos el guerrero cuando
penetró el hueso de veneno!
Y el dolor y la muerte
lo estremecieron para siempre.

[6] Persecución y muerte de Guaicaipuro, el máximo jefe de la resistencia indígena

Sueño cómplice
no dejes que lo maten,
anúnciale con tu luz —dile
con tu mágica lengua.
Sacúdelo y que huya
Porque ya se aproximan los matadores
—infiernos que traen perros y fuego.

Sacúdelo

“—Vamos Guaicaipuro, vamos
que la noche te guarda muchas heridas,
No te quedes acurrucado
¡Levántate!
Vuela a otra de tus casas”

Qué hacían los guardas de su sueño!
Dónde estaban los que debían ver a su lado!

Subiendo por los espinazos del monte
Qué silenciosos
Qué callados
¡Qué tenebrosos los que hurgan la noche!
Sus caballos traen envueltos los cascos
Sus perros llevan bozal
Y suben —mudos— por la niebla.
Qué pájaros del crimen
Qué cuchillos
Y el traidor que los lleva ¡Míralo!

¡Ah velo de negrura sus ojos!

Sube, Caravana de muerte,
Espanto, Sube!

Noche densa
amarga noche de la muerte
 Cómo los acompañas!

Tascaron los perros su garganta
y por las peñas
 lo arrastraron,
lo que no hicieron sus dientes
lo que dejaron sus mandíbulas
terminó el fuego con sus uñas.

Bajaron de nuevo
y estaba lleno de rocío
—una rama de gloria que la noche
alentó
 para cerrar sus ojos.

[7] Rendición de las tribus y su exterminio por una peste de viruelas

*para Humberto Febres,
Mariano Rocha, Juan Verde*

De dónde viene?

—Del aire viene

Con el paso del tiempo y la gloria
los echaron.

De dónde viene?

—Del aire viene

Ah Teramainas, teques, meregotos
quiriquires...

Ah Charagatos, caracas, arbacos, mariches,
tarmas...

¡Hijos!

Qué fue de la gloria!?

Hoy mismo el viento arroja la desgracia a esos rostros.
Peste trae la desgracia
Fiebre.

Porque hasta el aire se ensañó!

EL CABALLERO JUAN RODRÍGUEZ SÚAREZ

[1] Guaicaipuro asalta el Hato de San Francisco en el Valle de los Caracas y lo destruye, mientras Juan Rodríguez Suárez festeja en una playa distante

Los sirvientes en uno y otro lado
 Qué muerte duermen!
Se hace rojo, este día, el ameno fresco del valle
El ruido de las llamas
Los relinchos de los caballos
Las voces y el trueno de las armas
 ¡Cómo agitan!
El alegre cristal
 pasa ensombrecido.

Valle de San Francisco
la ira te arrasó
los cuerpos de tus amos yacen lívidos.

Dónde camina ese bravo
Juan Rodríguez, Capa invencible!?
—Lejos, junto al mar
 se divierte.

Juntos en la yerba montaraz
tres que le aseguraban descendencia consiguieron el sueño
—yacen inútiles
 con la nuca sajada.

¡Prueba extranjero,
que hiele tu corazón el sol de la muerte!
¡No vayas a decir
que de miel son tus enemigos!

Ah Guaicaipuro! Ah Guaicaipuro!
Que mil veces te pudras, fermentido!

Te encontraré Por Dios
Vive el cielo
que te arrastraré a los infiernos!

Que no me llame más Juan Rodríguez
Que me lleve el demonio a lo más hondo de su cuevas
Si no me pagas
Ay!

Hijos! Hijos!
Quién me dio que los trajera aquí

Quién me dio traerlos por estos arcabucos
Ay hijos!
Hijos!

[2] Juan Rodríguez Suárez emprende la persecución de Guaicaipuro y cae en una emboscada

Verdor
cómo estás anublado
Qué árboles pálidos,
los caballos cada paso
se asustan.
Los extranjeros sienten frío, alzan los ojos
—el cielo se les viene!

Y ya al atardecer de ceniza, el sol
saluda apenas.
El de la capa grana detiene su montura
—“Nos siguen” —dice
Pero el silencio fluye de la sombra.

Sus corazones agitados
—“Nos siguen” —dice el héroe,
y se detienen otra vez, viendo—
mas sólo de los árboles
desciende suave ruido.

Y rodó estremeciéndolos un gran mar
y en todas partes
Furia!

Largas picas, recto a sus corazones.
Allí el héroe se vuelve
y comienza su muerte.

Desde la montura adonde alcanza la vista

—Penachos, arcos, flechas—

No hay sitio que no sea el enemigo!

Su brazo aparta a uno y otro lado
cubriendo con la adarga.

Y de su espada

¡Muerte!

Ya su cota no tiene sitio para flechas

su sayo y escaupil

lo hacen enorme pájaro!

Cuántas flechas sostiene!

Qué rostro lívido!

Dando desesperados golpes

se refugia en la noche.

Cuán cansado

Cuán cansado está Juan Rodríguez

abajo vio una casa

allí volvió su cabalgadura

(Los ojos de su caballo ni ven del cansancio).

Desmayado sobre la silla de montar

con la adarga caída, sin lanza

y la espada apoyada en la montura

—se ha extraviado.

Él solo queda entre los suyos,

tiene el sayo deshecho

sus piernas por los ijares de la bestia

fuera sus pies de los estribos

—cuelgan.

Se tambalea

baja y se sienta

allí seca su rostro

—“Nadie —piensa— arrancará sangre bajo mi capa”

Se quita el sayo, lo echa a un lado
húmeda su camisa
y por sus manos ve la sangre
—“Ay Ay
a quién habré dado mi capa
a quién —dice
Saca su pañuelo del pecho, tiembla,
seca sus manos y lo vuelve
Allí empezó a mover la boca
—pero no puede pronunciar
En sus ojos una terrible tempestad comienza
—“Agua!” —dice
“Venganza” —dice
Y la tempestad corre a sus adentros.

[3] Epitafio para el conquistador y fundador de Mérida de los Caballeros

De su brío levantó una ciudad que luce en las montañas

—Mérida—

El Caballero de la Púrpura

Par de acero

y flor de la altivez.

Lejos, sobre el cristal

levantó una ciudad

en las montañas.

Y en su corazón nunca el temor fue huésped.

La tierra levantó murallas a su cabalgadura

la muerte puso espías en su sitio,

pero siempre y en todos los lugares

el valor

fue su oficio.

LA NOCHE DE ULLOA

[1] Ulloa en casa del jefe militar de la población, Garcí González de Silva, evoca otras poblaciones

Ah Damas y carrozas de Lima
y corredores de La Habana
y calles floridas de Santo Domingo —dijo Ulloa
Qué donairosas
Qué gentiles

Y estaba el anfitrión de pie
y terminaba su estatura en negra caballera
que con la barba
rodeaba el rostro altivo,
y con solo ello escribía un nombre hermoso en su
[presencia.

¡Garcí González de Silva
Qué bien vestida lleva su alma!

[2] Brindis de Ulloa

Brindemos por esta población incipiente y por el clima
que si bien estos días se nos muestra enojoso
muy pronto cambiará por espléndidos soles
y clarísimos y azules y entibiados cielos
y vientos saludables

Y brindemos por el pasado reciente
y cuya sombra aún no se ha perdido

¡Y por los versos! —dijo Ulloa

Abrieron las ventanas para que la primera noche
la lluvia y el fuego
crecieran.

**[3] Paramaconi, uno de los más aguerridos jefes
que sucedieron en el mando de Guaicaipuro, tenía
una profunda cicatriz en la espalda a consecuencia
de su lucha contra el capitán español**

Entonces llegó ese Paramaconi, el toromayna
(Mira lo que traes en la espalda
—Una fosa, una urna traigo, una urna
—No una herida, un abismo, una urna)

Y de verdad que era muy honda

Y dijo Ulloa

“Este se ve que tiene la muerte
Está muerto, se le ve la muerte”

Yo soy el pedazo que todavía no se han comido
—el último— dijo Paramaconi.

[4] Presentación de Francisco Infante, segundo en el mando y cuñado de Garcí González

Como a las siete
entró sacudiendo la lluvia.
Largas piernas
rostro filoso y ojos que al mirar
entreciérранse.
Y corrían dos surcos a cada lado de su boca
y los cabellos bien cuidados y largos
 reflejaban luz pálida y
 excelente metal

—El Capitán Infante —dijo Garcí González

Y estaba el fuego a más y mejor y sonaba la lluvia
y dentro el olor a frituras y el vino
jugaban
Y de la bebida y el comer
pasaron al habla
 elogiando la tierra y
echando de menos el Sur
y los reinos de Méjico.

Y comenzó la noche de Ulloa.

**[5] Infante recuerda la desastrosa
escaramuza sostenida en el mismo sitio donde
aproximadamente un año antes había sido
destrozado el capitán Narváez, y donde ellos
mismos apenas pudieron rehacerse, para más
tarde continuar la conquista del Valle de los
Caracas**

a Guillermo Meneses

Cubierto el escaupil de flechas
y sangrando su espada hasta el puño
—Infante—
se vio en el Sitio de Narváez.
Estaba sordo
con apenas oídos para escuchar los gritos de Losada
dando órdenes
pendiente de todos entre el humo y las llamas.

Y a su alrededor
como en el de Losada y Ledesma y Sancho del Villar
—Cuerpos mutilados, indios y españoles
—quejándose
mientras la sangre se fijaba en la tierra
(Hojarasca y terrones
ira, fuego
y vidas de hombres).

“—Y así nos vio la noche huyendo
rehendiendo zanjones y barrancos
con la muerte a la espalda.

Y por seis días dimos vueltas y vueltas
arrastrando las vidas.
Imagínense aquel tropel de gentes y animales
—vacas, carneros, chivos y gallinas que traíamos—
por breñales y zanjas
Y las mujeres que lloraban
Y Losada que por nada del mundo aceptaba un descanso.

Así llegó la pascua de abril
y ¡al fin! nos recostamos.”

[6] Paramaconi evoca una de sus acometidas guerreras contra el mismo Hato de San Francisco que arrasara Guaicaipuro y que para entonces se encontraba en manos del conquistador don Julián Mendoza, después su persecución y derrota

Vio Paramaconi la noche alejada
Vio las montañas enfebrecidas
y los primeros barcos.
Estaban los suyos asombrados y disputábanse los sitios
y miraban los alados y blancos huéspedes del agua.
Y vio también los primeros barbudos
y sus caballos
campeando los breñales.
Y recordó el incendio allá en el hato de Fajardo
y a Don Julián Mendoza ese día
lejos.

¡Ya viene Garcí González cortando la luna
en un caballo negro!

Y con cincuenta más cabalga!

Removió las montañas, desparramó la selva
“—¡Qué difícil encontrarte Paramaconi!
—Muéstrate, Toromayna, Muéstrate
Que te quiero matar!”

Gruñéndose
Garcí González de Silva
Paramaconi El Toromayna
¡Qué dientes!

Caen
y el amanecer los encuentra
sacudiendo sus muertes.
Hasta que el desnudo héroe
golpea un seco trueno en el pecho del extranjero
y rodó éste.
Pero ya se repone
ya desnuda la espada.

Soltó la vida el otro y quedó allí
Mientras jadeaba su rival.

[7] **Garcí González escapa de una emboscada**

“—Sigilosos, conocedores:
Muerte con sombras!
Primero acuchillaron al servicio
y sentí los quejidos desde el sueño
y entonces vi el fulgor sobre Infante
Salté
y a falta de la espada empuñé un acicate.
Ardía la noche en sangre,
despertaron los perros.
—Ladridos, gritos
y los quejidos de Francisco.
La muerte por mi brazo
Vueltas y vueltas, sangre y sangre,
quejidos y resplandor de heridas.
Infante gritándome que huyera

(Ah todavía ese fulgor de cuanto pudo suceder y cuanto
sucedió entre relámpagos!)

Y al final los barrancos y el chillido de los pájaros
[nocturnos,
la niebla,
y mi cabeza dando vueltas
mi cuñado sangrando “—Déjame! Déjame! No podremos
[llegar”
Y yo
“—¡Llegamos vive Dios!”
Y la muerte sedienta, arriba, un poco
arriba de mi frente.”

[8] Los conquistadores sienten el amor por la tierra y su fundación

Población tan nuestra como las armas con que defendemos
sus puertas
hija de nuestros brazos
madre de nuestros hijos
Yace aquí la vida de muchos
y sus huesos son abono de nuestra siembra
cal de estas paredes
vigas del techo

Tal vez no seas la más harmosa de las Indias
ni tu tesoro llegue a un sexto de Méjico
Mas
qué motivo que no fuera la muerte
podría sacarnos de estas calles!
Ah, casas sin pizca de lujo ni donaires de palacetes ni
pretensiones de virreyes!
Santiago, Santiago de León, Semejanza nuestra!
Nuestros chismes
Odios
Rencillas
Pero más nuestro amor
fraternidades
sacrificios
y sobre todo
el esfuerzo con que prolongamos el lejano pueblo en que
nacimos!

Las haciendas, encomiendas y enseres son el cielo
y estas colinas y praderas

—riberas soleadas, lluviosos bosques, resplandecientes
montañas—.

Aunque la vieja tierra jamás podamos olvidar

Ya no podremos arrancarnos de vos Santiago de León
ni sacudir el polvo que con heridas, manchas y virtudes
has ajuntado en nuestra sangre.

Y seremos ya esta única ventura

Tu ventura y tu gracia

hasta el fin.

[9] Ulloa se despide

“La madrugada ya vuela ante nosotros
Los gallos
terminaron la noche
Y un silencio oscuro y poderoso y el sueño
toman nuestros
oídos y ojos

Mañana es otro día
y cumpliremos.
(Verás a Tomé de Ledesma y Pedro Alonso y al
Caballero de Ávila)
Hay tanto que decir de esta Santiago de León!

Ya bebemos el último vino de este
amanecer
(Garcí González ha servido, el indio duerme, Infante
ha cerrado los ojos)
Y escucho el ruido de unos cascos, una acequia, un
[pájaro
que canta
¡Qué sé yo!”

HABLA LA SOGA
MUERTE DE FRANCISCO FAJARDO¹

La casa de Cristóbal Cobos

a la memoria de Víctor Soto Rojas

Yo estoy al final, echada,
—Aquí en Cumaná—
Y el sol me cae.

Yo soy la casa de Cristóbal Cobos,
El Justicia.
Por mis paredes recuesta su silla,
por las vigas se mece.
Tira su sogá, escupe
y ronca.
Y yo soy su casa
que lo guardo y
le cierro la muerte.

Lo veo en la sala,
se toca la barba y camina,
camina por los corredores, sonando

1. Uno de los primeros conquistadores que llegó al Valle de los Caracas fue Francisco Fajardo, alrededor del año 1555, quien gracias a su condición de mestizo, por ser hijo de Isabel, señora muy preciada de los indios guayqueríes de Margarita, y de un conquistador español, pudo, mediante conversaciones con los indígenas, llegar al Valle de los Caracas donde fundó el hato de San Francisco. Murió ahorcado por el Justicia de la ciudad de Cumaná, Cristóbal Cobos, el año de 1564.

sonando
Qué será lo que gruñe Cristóbal Qué será
Suen
y piensa

“Vamos, muchacho, vamos!
Estás lejos
Vente ¡Vente!
Ya te preparo,
en mi barriga te preparo.

Oigo los pasos del caballo
¡viene!”

Fajardo va derecho a la muerte

Ay que no puedas resistir la llamada,
que no puedas!

Al rote tu caballo
derechito a la sombra

Y tú Isabel, que no lo llamas.
Baja del cielo y aparécele
“—No vayas hijo”, dile
Que frene su caballo.

Este día tan cruel ve, sereno,
la víctima.
Este día ¡No escupe al asesino!
Qué no ha de llorar esta tierra que él sigue,
esta calle negra.

Ah! es tarde
pero el sol todavía se estira
y alarga al jinete que pasa
a la puerta del fin.

Ya se acerca

Un veneno!

Una copa y

Ya!

Listo!

Un vaso de gran vino.

El sirviente con un cuchillo

El cuchillo.

Sangre la nuca de Fajardo!

Vamos rufián,

sirve sobre mí la comida

que soy la mesa buena para matar.

Ah

que su cabeza quede sobre la tabla

boqueando sangre

y que sus ojos vean esta madera

bajo la viga, aquí

donde mordió su borrachera

—Esto decía la mesa

y

—Habla! Grita! —decía Cristóbal

Y la mesa llamó, largo

muy largo

“Fajardo, ven!

Ven para que te comas una comida larga

Un vino espeso de beber

Ah Ya escucho que vienes, por el principio de la
[calle
vienes
¡Ya se acerca!”

El espejo

Cuando se mire desde esa silla enfrente
recordará

Sale de su casa,
se aleja por el mar, hunde el remo
se aleja

Rostro
no te mires en la hoja quebrada,
sobre mí pondrás tus ojos una vez
y desde mí
saldrá la muerte.

Mirarás las ruinas de un pueblo
un alado pueblo del mar
y verás a Isabel
y un valle muy extraño

Qué ojos que no saben advertir la traición!
Qué pupilas!

No vengas!
Oigo ya tu caballo —No vengas! —digo

Qué inútil, tú no escuchas,
oyes sólo una voz
Los abiertos labios de la muerte
llamándote

Presagios

a Juan Sánchez Peláez

Vio una sogá, colgaba en su casa.
Afuera estaba un muerto
Era una sogá fina y cruel
salía de la boca del muerto.

Vio un pueblo, escuchó gritos,
venían a matarlo
él estaba cargando un arcabuz, sudaba

Después vio unas vacas paciendo
y un valle claro y reluciente
y guerras

Miró por otro lado
Estaba Isabel en su hamaca, meciéndose,
y junto a ella pájaros y enormes hojas que brillaban
Allí empezó a crecer el mar

Entonces comenzó Francisco a perderse
a perderse

La comida

No me comas Francisco
que soy tu muerte
Yo, la carne espesa de tomates y orégano,
yo, la sal
soy tu cuchillo

No me comas Francisco
que soy tu filo, tu punta de flecha,
Yo, el venado
el puerco de monte,
el aguacate y la papa
Soy tu vela de entierro,
tu incienso, tu urna

No me comas Francisco que soy tu agua bendita,
las legumbres, yo
tu pala, tu pico
el sitio donde caven tu fosa
No me comas, hijo, no me comas,
que después no podrás vomitarme

Y comió Francisco su noche, su filo, su punta de flecha
y comió su pala y su pico
y la urna
y las velas que no le pusieron.

Transformación

Ay

Quién puso esa lámpara justo sobre su rostro!

Quién tiene esa luz allí para cegarlo!

Es el espejo que hace salir la muerte de su capa ligera

La fuerte viga desde el techo

Una silla

Un vaso con veneno!

—Fajardo!

un sudor veo por tu frente

rostro cenizo y agua oscura

El crimen corre desde la sombra hacia tu corazón

El miedo

El viento

Es, sí, es

esta casa que se levanta y cierra sus paredes

La puerta que se estrecha, el corredor

que se vuelve un pasillo, un cerco

un

¡Filo!

¡Agárrenlo!

Qué sombría la sala cuando
se rompió el velo!
Y el velo era la mentira de Cobos, El Justicia.
Allí se quitaron la máscara, dijeron
— “Ah Ah Pero si ya lo tenemos”
y se restregaron las manos.

Y se rompió la oscuridad
cuando Cristóbal Cobos dijo
— “Ahora hagamos justicia”
— “Justicia! Justicia!” —dijeron

Y Francisco estaba muy pálido, sudaba y era ya
de ceniza.
Allí comenzaron a perseguirlo
— ¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo! —Y Fajardo se resistía.
No hubo un milagro que bajara del cielo,

ni una seña, la cuerda de Cobos
vino de la noche y
cayó por su cuello.

Fajardo sintió que la muerte
lo estaba arrinconando
“Morir” —se dijo
y sus ojos se hundieron
Trató de zafarse Ah Ninguna sombra, ningún alma
vino a salvarlo

La madre de Fajardo en ese instante
tenía ocupada su alma
“—Madre —decía Francisco— baja del cielo y sálvame”!
Pero ella estaba ocupada.
Entonces comenzaron a halarlo
y habló la sogá con su voz
fina y cruel.

La sogá

—Fajardo!
siento las voces por tu cuello
Ah la cabeza cubierta de larga y densa cabellera, y el
[cuello
Tu cuello!
Oigo ruido en tu corazón!
Desde los pies te sube el miedo!

Hala Cristóbal!

—Qué preciso este lazo!
Casi difunto vos
Fajardo!
Qué respiración fuerte
Acezas

Cobos se ríe

—Hala Cristóbal

—Estás pálido!
La Muerte!
Sí!

Morir

Ay

Ay

Ya no regreso nunca!

Dónde estás Isabel, que no acudes a tu hijo?

Madre

baja y ayúdame

Sólo una vuelta y

Ya! Morir

No ver más. No más

ser. Oír siempre el silencio, ni siquiera

oír nunca el silencio

¡La quietud

quieta

hasta jamás!

Los asesinos proceden

De qué lugar vinieron estos perros!

—De dónde!

Fuego eran por la cejas.

Qué serpiente endulzó ese veneno!

¿Quién los alimentó cuando niños!

Escogieron la noche para apagar los gritos de la víctima
y gozaron el crimen

Acto de matar

Que no le den con ese trueno
Que no estrellen su frente

Ay
—¡Ya más no lo maten!

Cómo quedó el cuerpo sin seña
El alma sin rostro

Lo suben

Que se pudran antes de medianoche las manos que suben
[su cadáver
las bocas que hablan empujando a este muerto!

Que llegue pronto el día
para que el sol fije su luz
y aparte de ese cuerpo la noche.

**El vientecito suave del amanecer
con los primeros aromas
(1969)**

1

Amor Amor Mira Ha llegado el tiempo de florecer
Ha llegado el tiempo de soñar Ya se han bajado las nubes
Ya se han revelado los jazminales Las margaritas están
[levantando

con mucho oro y mucho diente de blancor
Ya las rosas han cuajado sus nácares

Sí
Mira Es la hora de beber Baja el licor y encanta
con tan finos ardores

Ay Alegría! Te vi
con celo me estremeces

Y con besos me despierto Cuánta salud es mi huésped
La dicha aparece y se hace más alta
Ven
—Ay pero qué es lo que en verdad llamas El Amor?

Primero todos los colores Primero el rojo el azul el
[amarillo el blanco mate de la perla

El verde con sus ramas
Y también las canciones de flores La música de las hojas
[al volar

los versos que dicen la berbería y el lirio y la madreselva
[y la cayena

y el malabar
Sin dejar de nombrar olores esas llamas blancas que
[entran por las aletas

de la blanda nariz Aromas Porque la casa del Amor es la casa de los
Aromas

Ah Sí

Y todas las ternezas que lavan la piel Aires cargados de finísimo polen
y bálsamos que por esos caminos desandan y levedades de todos los
[árboles
y talco de tantas quebradura de tierra

2

Amor Amor

—Qué habla suena!

—Demencia mía, locura,

Escucha tu amistad con el cielo

Y yo te digo que abrirán tus puertas Abrirán tu pálida
[hoja derecha

La espléndida hoja izquierda Allí me verás

En los umbrales estaré Fíjate que seré el Primero Y no
[habrá más

El Primero Y tocaré tu seda

—Entremos

Ah Esta es mi música Esta es mi puerta Sí Hazme a un
[lado Me dijo

tu puerta

Quítame la esmeralda Arranca las flores

No hay otro camino a este sueño

Y si me huyeras Si te convirtieras en quietud Saltaría
[sobre ti

Qué podría ser si no

tu pequeña corriente

3

Nos fuimos a la parte más sola A la parte de las playas
Las arenas te modelaban. Te modelaban Como ninguno
[jamás pudiera modelar
su edad! Y te hacen un zaguán Un zaguán entre tu yerba
[Tirado hacia
tu corazón y alrededor una tras otra entreveradas las
[enredaderas Las
muelles y frescas Todas trepadoras Todas en sus
[gargantas Todas con
sortijas y piedras

Te hicieron como una corriente

—Esto me hicieron: Alegría

Pero qué hay entre tus piedras Con qué las unieron Cómo
[las levantaron
hasta el cielo?

Virtud y talento hay en tus piedras La virtud fue
[el dibujo
el talento su fuerza

Pero no han rivalizado la virtud y el talento No han rivalizado Ves?

Porque la mano que te hizo era muy suave
y no tuvo durezas

Y con qué puedo comparar tu telas? Cómo encontrar
[idénticas
o alguna que les abrigue semejanza?
Ah delicadeza Ah transparencia Solo el agua en el paso
[de sus aguas
se les acercaría, si bien
visto con ligereza

4

Aquí llegan los colores del alba a acunarse en tus piernas
 Los colores con gentes que pasan y todo lo mueven por esas
 densas arboledas
 Afina el oído Que las ramas conversan Y los arbustos
 diciendo

—Cielo Amor Cielo

Amor mío
 Qué temblor viene de tu aliento Han comenzado
 [a combatir
 El Frío y El Fuego No podremos contenerlos

—Apresura Apresura
Bebe el mejor de mis perfumes

Y me dijo El Aroma
—Querido
Amado
Bebedor

Has tomado mi carne
y respondió mi Fuente
—Ven jazmín Allégate a mí

Volábamos por el seno de unos árboles
Y yo prendí tu llama Y se prendieron tu boca y tu cara Y fueron

una y otra y otra boca y una y otra y otra cara rodeados por una
sola cabellera

—Ven

Ven

Toma el perfume

—Apágame

5

Busco un ser del cielo Una gota del cielo
Un ramo del cielo que sea tu semejanza
Ah te asemejé con un pájaro Mírate Mírate sobre
[el lecho
Tiendes el vuelo Los veneros de la noche se duermen
Vuelve Vuelve
—Otra vez soy la carne entre las flores Otra vez el
[plumaje que se
incendia en las flores Otra vez
Amor

Y tu sonrisa más poderosa que la bondad Y más inaccesible
Mata
y levanta de la muerte

Al entrar en tus bosques Al despertar y conocerte

Había allí un antiguo camino Las flores amarillas eran
[sus viajeros
Arbustos con la hija muy fina Todos
con buen aceite Subían sobre la yerba de hojas violentas
Entonces sonaron densas oquedades Lianas y caídas de
[tierra y copas
rojas
Y muchos árboles peleándose

El color se bañaba
Las aguas jamás
tuvieron más nobleza

6

Como ojos de pájaros el tejedor tejía tus ventanas Las
[puertas con un
canto de niebla Delgadas aletas del postigo se mecían
y se veía cómo jugaba en la piedra el palisandro
Y un clavel en el mármol

Sol y alas
Póngame
Rosas y Verano, Tejedor
Una lluvia en el lado de mis caderas Una ventisca por
[mis tetas

Pero no acabes mi casa sin aromas,
Tejedor

Plantaron en mi niñez fuertes vigas Roble cuyas famas
se alzaron con plenitud
Me adentraron en tierra Endurecí Me hice la piedra de
sustento

—De verdad
Amor
De verdad
—dijiste

Qué hermoso Qué suave y reposado y brioso a la vez! Y cómo sabe hablar tu fuego!

7

Durísima es la piedra que trajeron para tus cimientos
pero en ella su esplendor gana a su fortaleza

—Hay roca en tus coyunturas Roca viva y maciza
Templada para el rayo

Sombrearon mi tierra con viajes de los ríos. Con sus
[riberas me pintaron

Remansos y caídas violentas de aguas me pusieron
Y por todos los sitios tengo amables asientos

Adórame y sueña

—Te traeré un huerto Una colina

Allí vendrán a sombrearse tus aguas Qué de flores
Qué de hojitas y peces

En la colina hay en cedro desplegado
En el huerto escuchas siempre un canto

8

Me llaman el Señor de las Flores Me dicen Licor de
[Copas Floridas

Atiéndeme

No dejes que tus flores se vayan No dejes
que tus pétalos huyan con el viento

Me llaman El Señor de las Flores El Licor El de las
[Copas Floridas

Cubierto de Pétalos

Vuelve la vista y Mírame

—Dónde Dónde estás Amor

Arde Arde entre las rosas Pájaro divino

Y ya que estamos en el lecho Nómbrame Y dime Qué
y Quién soy

—Dulzura llamaré el lado de tu alma Tu rostro
de Lluvia

Y al bajar con mis manos desde tu garganta y
[todos tus sueños

Te diré

—Espuma Aceite Pequeña Luna

Tienes un sendero de ladrillos donde siempre hay rocío
Vives en una casa alta y tu silencio cuando reposas cerca
[es preciosa música

—El licor que tú bebes
en tu boca sabe con sabor de cereza y a todo da
[el más puro
fuego

Yo me embriagué nombrándote
Seguía el camino por donde
—lejana
ibas protegida del cielo

9

Pero tu brillo y mi esplendor se alejan

Qué haremos para olvidar el olvido Dónde mataremos la
[muerte?

Cuando la noche nos ataque
Subiremos la tierra

Nos quedaremos Nos reviviremos
Volcaremos agua en el agua Sueño en los que sueñan

Has oído la aurora?

—Sí. Y viene

Pues apresúrate Alejemos Y en tanto más lejos Acerquemos
nuestros besos.

He tenido el techo Alargado Alargado Muy Alto y muy
[sereno

en eso vi el vuelo de los gaviñanes

Es tu casa

En sus aleros siempre brilla el amanecer
En cuanto a la noche
es de ver

todos sus fuegos

—¡Quién habita aquí si no

El enemigo de la Amenaza y el rival del asecho!

—Sí Amor

Sí

Pero déjame tu pequeña oscuridad con la sombra del
[sueño

10

Qué terrible es tu boca que me ha dejado huérfana de
[fuego
Y no cabe tener más frío porque ya no puedo ser más y
[más yelo
y al dejarme correr desde adentro y desde allí
me hieres

Enséñame — Cómo resguardaré mi corazón?
—No te pongas mi rostro
No pongas en tu cuerpo mi corazón

Y yo preparo Me oculto Me defendiendo
Amado mío
Que harías si aprisionaras mi corazón Si guardaras
mi cuerpo?

—Te digo, Amada

¡Jamás te libraría!

Largo silencio ha venido entre tus lirios
Antes hubo otras flores Otra Alegría Y sin embargo Al
[fin

De esto tan solo un césped quedará
seco

Al modo de una boda en casa de la muerte
¿Será verdad que de ti
y de mí

sólo hay
un corazón sin ruido?

Se verá la breña en su niebla vestida de niebla
Amor, Amor

No escuches
—Ah Son los besos en un amor desierto

11

Bajaron muchas bocas trayéndolo Ese El Espectro
Bajaron retorcidas
sonando

Es el Escándalo El Escándalo
“Amor Amor
Aquí te injuriamos Aquí te escarnecemos”
Y otra vez Y otra vez
“Aquí te injuriamos Aquí te escarnecemos”

Y qué hacer contigo, tú, Mi Casa
Óyeme y no temas Óyeme y no temas

—Cuando llegue la hora del chacal La
[hora de la hiena
Ven conmigo y
cercaré la noche

Pero Escúchame Tú, El Sueño
—Óyeme
No me conmoveré Me arrancarán de ti
No me conmoveré Ni lloraré Ni gemiré Y miraré
[de frente
Y ya sé
Nada entrará en mi ánimo Sí aunque
[pierda para siempre la música

Me afincaré
—Sí, Amada mía, Sí, Fiel

Cuando ya no seamos El Amor
Me portaré como la muerte

12

Todas las mañanas el Magnífico Tejedor levantará las
[flores
Allí se ha de reír

“—Que de rosas no he de beber en este corazón” —dice
Sustentará su fama y vivirá con gallardía
Y jamás morirá

Porque

¿En qué sitio puede parecer El Amor? Y dónde está
el puñal que lo hiera?
Olvido Aléjate No dormirás en su mismo lecho

—Tejedor, Tejedor
¿Has visto nuestros corazones?
Cásanos la noche con el vuelo!

Relumbraban el Cedro y El Bronce
Señor Mío Corre las manos entre su talle Desnúdalos

Allí se hicieron unas aves
Se figuraron yéndose En hilera Yéndose
Y juega en los dibujos de la piedra el palisandro
y un clavel en el mármol
Y vives tú, Amada, como una corriente
que desciende y desciende
sin morir

13

“Hazme, Amor” —dijiste
Y dispuse llevarte

Hice tus ataduras de tierra Y tus puertas del cielo

No. El invicto no sabrá tocarte Es necesario haber
[perdido y haber
muerto en el sueño

Amor, Entra
Sí, Entra
con el sueño

Con los ojos perdidos en el placer
Todo espuma por las mejillas Todo sangre
Por las aletas de la nariz más que aroma Sabor y aroma
y movimiento en sus celdillas
El agua y su ácido
remontado arriba de las nubes Arriba
Mis oídos en su delicado punto y sin perder roce ni música ni
aéreo besar ni forcejeo ni paso de ninguna burbuja
Mis oídos Escuchaban el sonido de la carne
Y aspiré el perfume
Y toqué la noche

Con mi cuerpo aromado con mi sombra embriagada
se durmió El Cielo

14

Y te diré con lengua de música
Con aire de mieles te contaré
Y la corriente que vivía sobre
nosotros

y la luz que discurría entre tan ligerísimos velos...

—Óyeme
En púrpura grabaré tus imágenes
Tus caminos en flores que no mueren

—Recuerda que soy esa corriente que desciende y
a morir [desciende

Amor Amor

—Jamás las arenas habían modelado y cantado con tan fresca delicia!

Pero qué es este copo Qué barco Qué navío Si nube o
[corriente
del mar

O eres tú que
te encaminas al
Jardín Ese huerto nuevo
donde aún realizada
sigues siendo y serás para siempre Ilusión

Y un bello recuerdo pero con la belleza de lo que aún no se ha
vivido y disfrutado y nos espera

Sí, Vindrás

A este cielo y mar y buque y cometa y venero
de la tierra y mina del firmamento y florecita y fruto bien criado y
bienoliente

Qué fuerza tendría tanto de sí que la
perdiera?

Amor Amor Me escuchas?

Amado

—Ven

Mira que ha llegado el tiempo de florecer Ven Bebe de mí
y vámonos

Al sueño

**Adiós Escuque
(1968 – 1974)**

Pajarito que venís tan cansado

Pajarito que venís tan cansado
y que te arrecostás en la piedra a beber
Decíme. ¿No sos Polimnia?
Toda la tarde estuvo mirándome desde No sé dónde
Toda la tarde
Y ahora que te veo caigo en cuenta
Venís a consolarme
Vos que siempre estuviste para consolar
Te figurás ahora un pájaro
Ah pájaro esponjadito
Mansamente en la piedra y por la yerbita te acercás
— “Yo soy Polimnia”
Y con razón que una luz de resucitados ha caído aquí
[mismo
Polimnia riéndote
Polimnia echándome la bendición
— Corazón purísimo.
Pajarito que llegas del cielo
Figuración de un alma
Ya quisiera yo meterte aquí en el pecho
darte de comer
Meterte aquí en el pecho
Y que te quedaras allí
lo más del corazón.

TODOS LOS CORAZONES

El sietecito está de buenas

a Félix y Mireya

Grandes ojos esas ventanas
Viendo al cielo oscuro Viendo a
todos los muchachos y gentes que pasan
calladas o pateando una lata o llevando de cabestro una
[bestia, o

Flores, o

Noches...

Miran ellas, Ventanas, Qué grandes ojos!

Y a lo lejos:

Puertas abiertas Hombres escupiendo Hombres
[bebiendo

Oyes decir muy quedamente:

“Siete, de verdad, cómo estás de buenas...”

Y entonces ves la yerbecita, ves los aleros, ves los grifos
donde salta el invierno

Y echa a cantar...

“Esta es la Casa Grande

Casa Grande / Vive la niña Delia

Delia Margarita / Delia del Gran Sombrero

Cabellera en el Agua / Delia de las muchachas nadando
Se llama Olor / Granadas Rojas se llama

Diciembre andando por el cielo

a Carlos

— “Díganle que me van a vestir de Virgen María
Que ya tengo aquí el vestido y la banda azul que
[lleva”

Ai nos veíamos por las calles
“Que si aquí no tienen al Niño Perdido”
Ella iba montada en una burrita
Yo le traía la bestia de cabestro
“Que al Niño Jesús Perdido”
lo venimos a buscar...” seguíamos
“¡Pobre Virgen María!” —decía la gente
Los Reyes Magos bien rascados
caracoleando los caballos...
“¡Cuidado con esas bestias!”
Velas y faroles incendiaban las calles
los músicos reventaban sus cuerdas Y el cielo
arrebataban las pastorcitas
“Miren! Miren” —decía la gente
—El cielo más parecía un barco...
“¡Miren!”
Entonces tú volvías la vista:
“Después nos vemos Ya Sabés?”
De todo corazón.

1974

Ah Rigor

No pues no vaya a creer Y cómo no me voy a acordar
Tanta noche con luna! Tanta guitarra! Y las ventanas
[perfumadas
Y vos llena de lirios Y los lirios en un decir
“Amor!”
Todos los árboles de la plaza Los bancos de la plaza La
[iglesia
los caminos
El pozo Albor...
Oíme Oíme
Yo siempre estoy pendiente
—Dónde estará Qué estará haciendo Se acordará
[de todo?
¡Ah Rigor!

Las catequistas

a Enrique Arenas

“Por nuestro amor oculto en el Sagrario”
cantaron las catequistas
Bajaban las escalera del Harmonio — Cantaban
“Dios está aquí...”
Hebe — Rosa — Beatriz — Gladys — Angélica —
La nave izquierda en la dorada iglesia
batía un aire tibio
— “Pongan Atención!!
Téanse quietos muchachos!!!”
Arriba: Golondrinas entrando y saliendo por vitrales azules
quejidos que venían
de una perdida lluvia
Cómo sostenían sus pequeños libros en pequeñas manos floridas
Y qué rostros de resplandecer
“Venid adoradores adoremos” cantaron
Entonces se escuchó al viejo del Coro: “A nuestro Redentor”
Una rama de mirto y
un pulcro clarinete — Eso eran
Los capiteles se echaron a dar vueltas Y sus columnas
Ascendieron
La Inmaculada toda lágrimas junto a su hijo — San Juan íngrimo
en aquél llano...
“Gloria a Cristo Jesús” — cantaron las catequistas
“Cielos y tierras — Bendecid al señor” — Respondió el Viejo del

El sacristán y su ayudante por la nave mayor pasaron muy de
[Coro
[apuro

Y la pesada iglesia comenzó a levantarse:

Las golondrinas y las cartas de amor
las nubes del atardecer y una lluvia imprecisa
se llevaban la iglesia...
No vimos más las catequistas
Hebe— Rosa— Beatriz— Gladys— y Angélica
Qué será de ellas en el dulce infinito?

Dice que ya no le hacen falta flores

a Baica

Dice que ya no le hacen falta flores que paqué
Que se las guarden pa la fosa —dice
Que se la lleven a la Inmaculada —dice
—Yo no
A mí no—
Por eso está cortando todo
Por allí por allá
No deja nada con cabeza
Los almendrones se pusieron blancos cuando
pring!
Comenzó a darles encaramado en la escalera
El
que vive envenenado
—A las gallinas
Al perro
A las matas de rosa
A todo A todo lo voy a fregar —dice
—Paqué flores
Paqué tanto animal
Pa puro echar jaretas!
Y Pring,
Suenan el machete en la ramita
Corta el filo y en el tronco
—Que se friegue todo

Que se fuña
Y ya en la casa no es más que afanar
Y corta que te corta
Y “¡Bajemeeso!”
Y “¡Tumbemeeso!”
“Qué caray”

Oyéndome por dentro y viendo hacia otros días

a Humberto

La ramita de eneldo dio la vuelta por su cuerpo

y llegó hasta su corazón

Allí buscó largo rato

—“Que a que no te acordás del Vestido de Blanco, El Grande”

[—dijo

Entonces apareció un pueblo largo, muy largo

Venían tres muchachas por su calle

diciendo:

—Las canciones que cantabas anoche

sabían a rosas

—La manera como cantabas

estaban llena de sentimiento.

Se montaron cada una en su caballo y siguieron

Las muchachas desaparecieron

El pueblo se fue

Sólo el Gran Vestido de Blanco de vez en cuando vuelve.

La Niña Rosa habla con sus quimeras

a Carlos César

Ventarrones con lluvia
Nubes que de tan pálidas se iban volviendo negras
¡Quimeras!
Había qué conocerlas con el tiempo
Porque si no
¿Quién iba a mantenerlas?
—No
¿Y no se acuerda aquellas noches que pasaban volando?
—Aves, sí.
Nomás recados de una estrella
Esa que va pendiente de uno
—¡Y qué de sueños!
Por los días de San Juan:
 “Corazón, mirá bien
 Ahora sí que te vas
 Que ya por vos
 De muy remoto puerto viene un barco”
Y pasaban los años
Y allí en las grises calles un mojabobos y un chinchín
 “¿Nunca te darás cuenta
 de que tu fiesta era un rocío?”

Otro era un decir los montes:
 “Matrimonio y mortaja...
 “Matrimonio y mortaja...
Quimeras Sí!

Más para qué espantarlas si ai mismito remontábanlo a uno
hasta el más bello suspirar

—Garzos ojos

—Y estrellas que volvían del aguacero

—Barajas y pañuelos de Olán

—¿Se acuerda los jugadores de billar,

El rosario empeñado...

Nombres tengo

Nombres y sus personas en eso de ensoñar...

Pero ai queden

—Valga Sí

que el alma les dolía de quimeras

Y que de aquellas almas les volaba una flor

—La que llamaban Pensamiento Sí

—Se usaban en los libros

Marcas de amores en las cartas

Marcas de versos

Tiempos ya idos Qué de años

De los arrecostados, de los arrinconados decían

“Viejos se van poniendo de puro requerir
sus adentros”.

1974

Mi padrino oye unos forasteros

a Pancho Crespo

Encarnación! Encarnación!" —dijeron de la calle
Encarnación salga rápido que hay un muerto!"
—Vienen a matarte Encarnación Son ellos!
Me acuerdo de mis comisiones Me acuerdo de mis deudas
Por los andurriales de El Callao, San José de Guaribe, Río Negro,
Barlovento...

—Encarnación!"
Al momento dieron las doce
— Encarnación salga que allá lo esperan por el muerto"
Son ellos —me dije— Al fin vienen — Cierto Cierto..."

Oímos relinchos y la inquietud de los caballos
Crujían los arreos

Ai nos quedamos quietos
Yo en el portón Oyendo
Y ellos fijos también Espera que te espera
Pasaron horas de horas
Nos quedamos dormidos
Todavía estamos dormidos Todavía me esperan Todavía
Estoy detrás del portón
Oyendo...

El corazón atendiendo una visita

para Orlando

Imagínese que es de noche
Bien entrada la noche
Imagínese que le tocan la puerta
Ya está dormida
Y vienen y le tocan
“Adelante! Adelante ¿Quién?...”
Ai entran El Cerezo, El Almendrón, Pandeño, Hojalapas...
“Ánimas benditas ¿Qué es esto?
—Antes que sepás lo que somos
Oínos bien
Oínos
Acordáte suficiente todo lo que por vos
sufrimos, aguantamos, callamos, esperamos,
[trasnochamos, morimos.
Y no nos des con las patas
Ni nos dejés Ni te olvidés
—Ingrato—
Como si nada nos debieras.
Que el que no es agradecido
No es bien nacido...”
Esto dijeron
Tierrita Negra, Piedras Conversadoras, Sartén de freír
[mojos,
Coronas de Cristo...

Y entraron y tomaron asiento allí
Resplandeciendo
Venían de visita Venían a saludar
Pero mi corazón pensó “Ya no soy uno de ellos”
Yo y mi alma, perdidos del frescor.

Serenata

a Miriam

Vengan las ventanas al anochecer
Vengan las rosas y Vengan los frascos de perfume
Que ella está muy solita y se oye:
 “Mi alma de luto viste —Y se encuentra entristecida”
Ay soledad
Ya regresaron las guitarras a ponerte luna
Ya vuelven los serenateros a gorgorear amor
Y las calles se han ido levantando
 y ya clarean sus nieblas

Oigan —Sí:
 “La rosa que tú me diste —fue cortada antes de [tiempo”

Nomás que hacen falta los jazmines del macetero
Pero
Qué digo yo jazmines Miren que el aire acaba de conocer su más
dulce ramo
Oigan respirar al silencio y Oigan
aletear los corazones
porque el pueblo ha subido arriba del sereno
y la canción se lanza al firmamento:
“No llores Niña —No llores— Que por tu llanto
Me muero Yo”
Versos y flores
las ventanas se echaron a volar
se quebró la guitarra

Vengan
apaguen las poquitas estrellas
que el albor arribó.

PUERTA DE GOLPE

Mi padrino tiene una pesadilla

al Catire Hernández

Se despertaba dando gritos:
—Déjenlo! No se metan con él
Déjenlo!

Y abría tamaños ojos
hasta que se encontraba de nuevo
Entonces se tocaba el corazón
Suspiraba...

Ay cómo estaba cansado de ese largo viaje
hasta tantos años atrás
en los patios de café
por los potreros,
en las calles empedradas donde rechinaban los cascotes
[de tanta bestia...

—La noche está pesada —decía
El tiempo está pesado —decía
La vida está pesando mucho... mucho

Mi madre se despide

a Régulo Villegas

Qué tiempo es éste que no tiene sábados
Qué tiempo es éste todo esperas
Adónde están las fiestas que dijeron
Los domingos que decían Dónde fueron!

Perdida en mis enfermedades
Asaltada por fieras hambres
Dios Qué fue de tu misericordia!

Me remedié con haces de leña
Con remojo de ropas me sustentaba
Pero este cuerpo no resistía su carga
Agachado se hundía y se apagaba
Ai fue cuando les dije a ustedes
—“Hijos que me han costado tantas muertes
Vayan y acójanse a otro pecho
Dios no desampara al que cría
Ya los veré si un día regreso”

Sólo Dios sabe que al volver
No tuve ya paz ni remedio
El alma vuelta unos breñales
y el corazón borrando nieblas
Jesús Por qué un pago tan grande
Dime por qué todo es tan negro
Si te ofendía nuestra pobreza
¿Por qué nos aventaste al suelo?

Despedida de Laurencio

—Apúrate
 —Vamos
 Y vos lejos, más lejos
 —Vamos
 Y mucha gente, mucha gente
 Ay aparto la gente, me abrazan, lloran
 ¡Párate Laurel, Laurelito, Zorro, párate!
 Pasé la mano por el vidrio
 Vi tu nuca
 —donde te mataron—

Ay que tengo miedo Siete
 Rucha, Mi Poe tengo miedo
 —No tengás miedo Zorro No tengás Miedo
 Mirá que hay flores Ves? Flores
 (Y el olor de la muerte sos Vos, Laurel)
 Y ahora todos llorando Todos
 y tranco las mandíbulas y aprieto la boca
 Todos llorando Todos
 Aquí comenzás cantar
 “...las aves cruzan los campos”
 Ay que tengo miedo Rucha, Mi Poe
 —Estoy aquí, muy cerca Zorro
 Bajamos los escalones
 “...Todo es silencio y calma
 Te asechan Te asechan ¡Te asesinan!

Misa
no hace un año que vinimos a otra
No mirés pa trás ¡No mirés!
—Siete, Siete, oigo una música
Es noche. Muy oscura
se fueron las aguas
“Por la cuesta del arroyo”
Va sudando el de adelante / Suda
Y tocando la marcha
Nos paramos en las esquinas por las posas / Le cae a uno
agua bendita

Tan pálido allí ¡Tan pálido!
¡Muerto!
En la Iglesia agarré unas palmitas que te pusieron
les dije
—Hola Zorro, hola Laurel
y me dijiste
—Quiúbo Siete, Quiúbo mi Poe?
La casa de abajo toda reventada
Iba llorando
Y los almendrones: “Ay que este era el gallo de
[Laurencio / Cuídenle
ese animal Ay que eso era adoración con él”
Cambiaron los cargadores
“sigue corriendo el agua, Suspiro...”
(esa era su canción, su canción)
Y ya pasamos la quebrada
—Me pusieron un flux que era tuyo oís Rucha?
A tu medida
Dijo el Cementerio
—Ya me traen al Laurel en sangre
le tocaba el primero
Voltiamos a mirar
Arriba Arriba

donde nacimos / donde nos levantamos

a puro sufrir

“Todo en silencio y calma

y alrededor...”

Alrededor de la urna que ya está ensogada

porque ya te van a bajar

—El flux que nos cambiamos Rucha, Vites?

Ya están discutiendo cómo bajarte

—Mi Poe, Sietecito ¡No me dejés!

Y los enterradores

“eso estaba que era pura agua, ya está limpia”

Pero ya comenzaron Ya comenzaron a taparte

te ponen cemento y

ya no veo la urna

—Adiós Zorro

(Tomá esta piedrita)

Y comoiba quedarme con los demás No yo me Fui abajo

bien abajo

solo.

Elevaban un volantín

un volantín

por el matadero y lejos

“Las aves cruzan los campos”

miré el cielo

Voltí

Ya no eras más que Flores

Flores

Oí

—Adiós Rucha. Adiós Mi Poe, Sietecito

Adiós

—Sí Zorro, Sí Laurel

Adiós

Se fue yendo la gente, yendo

y unos pajaritos, unos pajaritos por el monte

Viejo lobo

a Micha y Armando Romero

Al decimocuatro domingo del año
—Amanece!— dijeron
Y yo salí a la luz
Cuántas flores Rosas que duraron un golpe
pues desde muy temprano mi alma sola
repasó versos, frondas y amor
en las hebras amargas. Y así crecí
entre hermanas suaves y tías católicas
y por la edad de adolescencia
zarpé lleno de sueños.

Después pasaron lentos años
se alejó el aire de los viajes y el viento
me amarró a esta casucha
¡Qué plantas desgredadas Y siestas
Y noches que escribían en un oscuro diario!
Un corazón ocupado de amores turbios, alma en vilo
sin ley
En cuanto a los demás:
Perros sin fiereza acesando sobre mugres migajas
—un dinero, un poder
Una vida de más preponderancia
No es que yo fuera puro si no
Que al poco de correr
vi entre ellos mi alma hirviendo y masculando

y ya no me quedaba más que
 una huerteceja: tres matas de maíz y estos tapiales
 ai vinieron ustedes.
 Y para qué vivir si no
 para recuerdos o para andar de arriba abajo
 que decían de mí
 Ay Dios Lástima de hombre!
 Y yo del fondo de mi vida hacía brotar un verso
 un verso Sí un verso como una flor
 reseca y arrugada
 Y entredormido musitaba mi sueño:
 Irme, Irme muy lejos
 Quieres escucharme otra vez?
 “Adiós Adiós la Flor de este jardín...
 Adiós su señoría El Obispo
 Adiós Adiós al General...
 Frases de mi saludo a compás
 Y subo con mi bastón de vero
 pueblo arriba donde mis hermanas lloran por mi suerte.
 Desde lejos me odiaban y desde lejos
 yo también odiaba
 Yo era un resabio
 y era un asiento bebida que tenía que dejarse
 Adiós las viejas fiestas, los poemas
 el gusto por los discursos de orden
 Otros llegaban más mezquinos, más prácticos: Un habla
 empalagosa y vulgar.
 ¡Cuarenta años entonces! Todo
 qué rápido y amargo.

El patiecito

a Pedro Parayma

Me dijo mi padre el Dr. Ángel

—Qué haces Rómulo?

—Estoy desyerbando el patiecito
voy a sembrar

Pero...

¿Adónde está lo que te di Rómulo?

De qué estás viviendo?

—Bueno soy escribiente padre
Escribiente.

—Entonces

No fuiste lo que yo soñé

—Ay padre

lo que soñaste se lo llevaron las aguas

Ahora sólo hay malezas

malezas ¿ves?

Estoy limpiando el patiecito

Diario de mi padre

a Carlos Augusto León

Todos los días a las tres de la madrugada
una mano me toca por el hombro
—“Rómulo Epa Rómulo ¡Vamos!”
Todos los días a las tres de la madrugada digo
—“Ah? Qué pasa?”
—“Rómulo Epa Rómulo ¡Vamos!”

Llueve
Arden las estrellas
Ventea
Caminan las hojas por el techo
Todos los días a las tres de la madrugada
Tomo esta pluma
Escribo:
 “Tres de la madrugada. Una mano desde el sueño
 Me ha despertado”
—“¡Rómulo!”
Oigo el rumor de la quebrada
Pasan los muertos
Los gallos dicen a gritar

Llorando a nuestra madre adoptiva

a Luis Camilo

—POLA!

—Aquí estoy escribiendo esta carta
No ve que ya se va el coronel Llaneras

—POLA!

Ya voy
tengo que terminar de acomodar estos recibos: No vaya
[a venir esa gente

—POLA!

Tanta lidia!
¿No ve que tengo que acabar estos panes? Son para el
[día de los Santos Inocentes

—POLA! POLIMNIA.
No me dejés solo POLIMNIA!
Pero ella estaba en aquella fría tabla con la cara tapada
Amanecía
En la maletica pusimos sus vestidos, su agua florida
Nos llevamos sus cosas.

Yo mismo pasando por esta vida

a José Ramón Medina

Árbol florido Todo él echado sobre el patio cabeceando sus
[hojas]

Y entredormido

Bueno Vivía allí una vieja con su perro Y yo mismo Niño

Qué de invención de cielos Qué decir fuentes y aires idos

Yo nacía y nacía Todos los días naciendo

De una nubes arreboladas De un cantío de gallos De unos

[pájaros...

Venían quién sabe de qué vidas!

El vicio de mirar inventaba y los inventos eran sacar tigres del

árbol

soplar entre sus hojas Enredar

los aires con caballos que nomás salían del ensueño

encabritaban sus narices y ya no se les volvía a ver

Miren aquel ovillo y enredijo de días azules gritando

por los montes

y allí en el entretanto la vieja cargaba agua de un puente

y el perro ladraba y perseguía a los espíritus mordiendo el aire y

sacudiendo el polvo de aquel asendereado

Así que una vez los vi remontarse muy lejos. Y yo que iba en unas

ramas echando rocíos los llamé:

—Abuela Abuela Adónde te llevas al perro

—Adiós hijito Adiós —dijo

Nomás que el mozo que yo era ni se fijó en el perdido arrebató que

[tocaban

ni cómo el cielo se atornasolaba
y al ir al árbol

Pues de lo de antes no salían sino huesos

Huesos floridos y gentes demasiado jipatas

Así se fue haciendo todo borroso y cada vez se veía menos aquel

[árbol florido

y se puso el cielo turbio y comenzó a llover días y días

Pasaron las gentes muy tristes

—“Hace días que no amanece aquí” —decían

“Pura Negrura. Nomás Pura Negrura —repetían

Y cada vez pasaba más gente Cada vez más de prisa “Apúrenle!”

Me di cuenta que ya la casa se iba

Ojos míos vieron a lo lejos un niño

Vieron una vieja y un perro junto a un árbol

Quise fijarme bien Quedarme un rato Sí

Pero ya me empujaban Muchos pasaban junto a mí de prisa
muy de prisa

Yo me afincaba y me afincaba Pero ya me borraban el

[corazón

Ya lo borraban Nomás que Yo era solo de temblor Ya un ensueño

[Aire en vilo.

DE RAÍZ

Nativos

a J.V. Abreu

Nacimos en ese pueblo donde la gente vive preguntando
[por los de lejos

—Eufrasio —Démen razón de Eufrasio

—Ustedes no me han visto a Eufrasio?

Ai se reían los otros y se iban al momento

No sabían otra cosa.

Y cuando caminábamos siempre íbamos por ese pueblo

Lo que hay son puros extraños

gente forastera que beneficia animales y los cuece de una
[vez

para vender.

Nosotros pasamos preguntando por una tierra

—Hágame el favor Qué es lo que queda aquí?

Cómo llaman por estos lados?

Nombres distintos siempre

Dentro de un tiempo. ¡Ni quien nos entienda!

Ibamos buscando esa tierra

Lo que antes eran caídas de aguas, musgos: olor de bosta

Ai íbamos

—No señor, que aquí no le conocemos esas iglesias azules
esos animales

Lo de por aquí no es nativo, viene de lejos
Son nubes
El alma de uno iba extrañándose
Se alejaba.

Veces que se estaba demasiado
Nos parecía prestada
—Decíme corazón Dónde estamos?
Ya no estábamos
Éramos una gente que iba caminando
Unos buscábamos un pueblo, una tierra
Otros ya no
Y cuando mirábamos abajo
Pues allí estaban esos poblados
Ventas
gentes forasteras que vendían carne sacrificada, dulces,
[hojalatas]

Otros le abrían puertas a la tierra
Y se veían apretujados, unos encima de otros
Humeaban
Sacaban chispas
Decirle a su alma:

—Esto no es ni la sombra!
—Cuidado con quedarse!
Nos agarran por el pescuezo y nos sacuden de cabeza!
Mírenme esto:

Lo que una vez fuera un valle de truenos
ya no es más un que siseo.
Otros tomaron los caminos, el agua, los lugares de airearse
Quemazones era lo que se divisaba
Troncos de cedro y apamate y toda madera
iban por los días y las noches arreando hacia las
[construcciones]

Peladeros quedaban
Pobres chamizales

y un gran calor.
Por debajo nos sacaban la sangre,
por los pies se nos iba,
sangre de uno a los remotos mundos...
Tristeza sí.
Tristeza de sentirse andando sin saber
Qué dónde, qué fines, qué muertes y qué purgas
Son.

Esos que venían de Sicoque, la mesa del palmar, las pavas

a Graciela Barreto

Ai les estuvieron Dale que dale
Y de lo que habían juntado en vidas muy apretadas
de lo que habían resuelto en sus vidas
estuvieron espulgándolos
Después los cogieron a puntapiés
Los explayaron en los patios
los cortaron por la barriga
y quedaron convertidos en esos cueros que ponen por las tapias.

Pleno verano

a Federico Moleiro

Ahora sí que voy a sentarme
Ya voy a ser piedra Ya voy a ser árbol
Ya aquí echado voy a ser fosa Tumba voy a ser
Ya hemos pasado muchas horas dando vueltas
Mire —dice uno— Yo no soy esa motica que sube desde el
[suelo]

Yo soy tierra
Pero al ratico anda vuelto un escarabajo
“Epa Espéreme Ya voy
Estoy empezando una sacudida”

Hace más de cien años esto es pura tormenta
La reverberación sale de todas partes
De todas partes muerden
Dicen que las palabras están perdiendo su alma
que sólo saben nombrar muertes
Y yo me despierto muy cansado
El corazón me sabe a sed.

Alma
Tóqueme aquí que quiero abrir un rato esta casa mía
Quiero sacudirla
Que salga la quema
Tóqueme que estoy solo

hace más de cien años que esto es una gran quema
Miren la ceniza
la tierra pelada
Es como si fuera a llover pero el agua no cae.
Tanto tiempo sin ver más que el tropezar de los
[fantasmas

La madre mía me llama desde una vieja guerra
allí está sentada entre unas ruinas Unas topias
Y esos son los perros en el incendio
los perros que chillan en el incendio
Déjennos descansar —dicen—
Déjennos descansar que esto no es más que una muerte
Sólo que queremos una muerte recta
esa puerta.

Créanme No los perturbaré
No quiero más que acostarme
Y echarme solo a ver
Porque las puertas del cielo
Son una reja negra
Yo sé que no hay verdor
pero estoy ya cansado
Miren si hay para quejarse en esta casa
donde todo el tiempo están sonando unos potes
y unos vientos de perros

Bien sé que todo es restos
pero de todos modos recuésteme
y cuando vea esas ventanas
llenas de hojas y ramitas
Que salga música de los cuartos

—Alma—
cuando diga a llover
Llámame! —¡De donde esté yo vengo!

Pero ahora en esta plaza seca
Pásame un trapo húmedo
¡Estoy asándome!

Abuelos muertos, tías, retías y demás sombras

Hoscas conversaciones que llegaban
Gentes del sueño Gentes del viento
Eran árboles ventosos
Golpes del corazón
De una vez nos llevaban
Nomás éramos una conversación

Éramos árboles y gentes del sueño
Almas erradas Errantes árboles
Y furiosos dábamos vueltas a la vida
Hurgando unas cenizas
Hurgando unos rescoldos
más allá de nosotros

DIABLO VIEJO

Llora, canta y termina rogando

a Marcos Miliani

Bailando como un pájaro y asado en la candela
va este pobre mortal
por ser la vida tan negra
y aquí cae y aquí vuela
quemándose en este de momento infierno
Pero al pasar la noche ceguedida
que la aurora se aprueba
Quién dijo “Malos Ratos — Perros Lobos
 Venga aquí la muerte!”
No Señor Que ahora empieza la fiesta
Y mírenme esta rama presa de frutas
Y aquí está el agua Y aquí la sed goza
Nomás de cristalino el pez en su remanso
Nomás de flor esa perdiz por su pradera
Ayayay
 Que aquí mismito me dormí
 Subíme al sueño sangrecita
 Todito se me ha vuelto música
 Todito Paraíso
 Miren pues que ya me voy soñando
 Gozando arranco las estrellas

Dios Mío si de verdad soy el de ahorita
No dejés que me devuelva al fuego

Alegrándose con ese amor que aún no ha llegado

a Dalia

Esa que le llamaba a las puertas de la muerte
Y que su nombre era su fe
Esa se llama Angélica
Prenda ese dije en su corazón
Que ai lo va buscando su suerte:

Angélica es para beber
Con ella no serás puro hueso
Y Si antes no encontrabas una flor
ahora de flores vas a ir preso
Y de puro llorar
risa te irás volviendo

Véme bien Véme bien Angélica
Y no me llames tan cerca de la muerte
Venga tu alma como el sol
Sea yo el alba y que en mí florezcas

El alma dándole de beber

para Alberto Patiño

Llene este vaso
Llévalo y llévalo hasta su corazón Beba
Haga beber su corazón
Beba con sus ojos Beba con su frente Beba otra vez
Ya está!

Mire ahora
¿Qué me dice del Fondo? No ve acaso una flor?
Sí Esa es la flor que anda en Usted Ai va su flor
Color de vida Sí
Bien puede ser el infortunio
Ai está el cielo bajo
Ya su peso lo abrume
Contra las piedras dan sus huesos
Cuidado! Mire los arreboles
Aguante
Agárrese bien duro
Pero no vaya a asirse a una quimera
Es de la vida que se agarra el mortal Es del vaivén
Ya viene el viento negro Ya le encima su muerte
Ya lo despedazó
Vuelva Cierre los ojos
Florecita Quién te ha mandado disvariar
Mi corazón está cantando
Dando brincos Volando está mi corazón

No busque el remolino

No Señor Quién dijo que su corazón era escudo?
Mire las aguas bravas Fuente turbia
Qué no habrán arrancado Y pobres bambuzales, barrancos,
cuevas del puerco montaraz...
Hablar con ellas? Qué puede responderse al sordo palcar de tanta
[piedra
al barro
al violento espumero?

Pero quién le dijo que su corazón era escudo?
Fíjese bien Escúchelo Es música de guerra?
Piedras lavadas y aguas dulces Eso vendrá
Aguas que conocen la rama en la orilla
Y el pájaro que pesca en el vado

¡Al remolino Quién lo busca!

Con el ánimo bien templada

para David

Nada de escudriñar ni hacer ascos
Tire al camino y dígame a su alma “Andando”
Ya sabe:
 El pecador está encerrado
 Él es su cárcel
¿Si muerden? ¡Cómo no! ¿Las adivinanzas?
Ai las tira la suerte vueltas perros
Ni siquiera imagine
Pero déjese ir que este camino es una fuente
—Con la ilusión está vestida
De la sorpresa hizo su espada
Y mire
 Los afanes de un mago le hacen tercio
De ese modo no tardará en volar
Cierre los ojos Vaya recto
Es lo que llaman una flecha
No más el aire es lo adelante
Elévese No tema
—Los peligros, el mal, las asechanzas?
El ánimo bien templada / salva la doliente criatura.

Desde uno y otro lado del agua

No sabías quedarte
pero allí estás rozando un agua
y refrescando la piedra entre esas flores
¡Qué importa si es la oscuridad
y si es el día Qué importa!
No sabías quedarte
y no sabías
Irte para siempre
Pero allí estás rozando el agua
—¡No te levantes
El tiempo es tan hermoso...
¿Qué tienes en tu corazón?
¿Cantarás o sólo
lanzarás un grito?
Deja
Deja tu corazón volar
déjalo que tropiece en las ramas
Aléjate! Aléjate! No eres más que un aire!

1974

Con los ojos perdidos en tus montañas

a Nela Carmona

Vertederos

Se mira el monte y se ve el yelo

Fulgor y más fulgor Ya se ven descender

Puro peces / Nomás peces de altura / Peces que son

haces de alba y celo de la nieve

Arrebatando / Arrebatando

Véanlos caer/ Muchachitos / Pichones / Garcitas / Emplumados

[de celofán

y emplumados de amanecer

Celajes de agua y agua de celajes que

el frío ha dejado caer

Vengan / Vengan pues

Díganle háblenle a mi corazón A mis ojos de mejor

Ver

Al dormido que duerme en este pecho

Benditos Reinos / Cielos Quietos y Acodados Soles

Miren quién viene a saludar los sembradíos abiertos y los

[mantones

de resiembra

júntense pues y anúdense en sus aguas cielo y tierra

Con la humedad recién nacida queden para siempre

Labrantíos Terronerías de bueyes Techos de brasa fría

donde las palomas y el viento se entreveran.

Gavilán blanco de las sierras

a Vicente y Consuelo

Venga conmigo y sea un gavilán que aspira al cielo
 Suba aquí Tenga sus ojos en el viento
 Échese este vestido Anúdese estas perlas
 Vea que se levantan las aguas Fíjese como todo es ya cielo
 —Cielo Ven

Nubes esténse aquí
 Ahora las alas se le encienden
 Ya siente el aire resoplando
 Ya la pluma se agita y ya el día se revuelve
 Quién dijo Céfiros y Quién querubines y quién luceros parejos
 Miren lo que es la puerta de la luna
 Aquí Aquí Noches veladas con luces de sirenas
 Aquí tristezas que se fueron al cometa
 Tráigame el manto de los búhos que esto se refina más que el
 [alba]

Asciende Corazón
 Asciende porque tuyo es este Reino
 Aquí llegan los Adanes / Las Evas aquí llegan
 Y noten qué sedas las que desenvuelve la nieve
 No sabía Aire que tuvieras tales veredas
 Qué de caminos y qué de arboledas naciendo
 He conseguido el color azul y estaba dormido
 Déjalo dormir
 Gavilán blanco de las Sierras.

VIEJO DIABLO

El hijo pródigo

Démen lo poquito que sea
—Pues bueno hijo, está bien,
La madre llorándolo y rogándole Cómo se resignaba?
No es por nada —decía— El hombre es viento
Ai se estuvieron regateando Pero
ya todo estaba listo: la maleta el caballo
Diéronle la busaca!
Y los consejos!
Pero él pura impaciencia
Ai mismito se les perdió de vista
—Que así es la vida —se dijeron los viejos
¡Mírennos al muchacho!
Y por su parte él dijo a andar y andar
Ya por montañas, por laderas por llanadas
ciudades y pueblos Aquello era un pasar
La riqueza, el placer, Eso llevaba
Gastaba con apetito En prudencia era un pichonzuelo
¿Dónde estará la vida? Preguntaba
¡Si será en esas torres!
Las ventanas de las casas eran bien altas
Los comerciantes se le apartaban
Pasó el mar pero estaban las perlas agotadas
Allí si vio querubines rostros Mujeres celestiales
Pero igual iba agriándose y secándose

Si No Necesidad Qué era?
 —Ya no quiero andar más —dijo— Aquí me quedo
 Eso eran pegujales. Se echaba el pico y salían chispas
 Ai mismo arrió la brújula —Me vuelvo
 La vida se me yela
 Vino al regreso
 Y eso eran gente y gente
 —Mire Qué pasó Cuéntenos
 Ai mismo apareció una colina
 Una colina bien arrasada
 Y el arrase era de una casa
 bestias quemadas Las puertas Los techos
 eran tizones yertos
 —Dios Qué es esto!
 Y dónde están los viejos
 Y las muchachas Los peones Qué se hicieron?
 Era puro silencio
 Volvió la espalda y echó a andar
 Se veía al hombre yendo y yendo
 El camino iba por un desierto
 Salió el sol y volvió y se hizo tarde
 Abrió la luna
 y se vio un puerto
 Eso era una trampa Un hueso Un amargo hueso
 Los barcos aposentados lloraban
 Llegó una enorme tempestad
 La tempestad bramaba y bramaba
 Los Barcos Qué alaridos
 Entonces lo llamaron
 —Venga —le dijeron— Esta es su casa
 La casa era una gran noche. Oscuridad era esa casa
 Le decían —Vea dónde están sus viejos— Vea
 Y ai mismo quedó ciego
 Oiga Oiga dónde están
 Y en los oídos le ardió el yelo

Se puso el cielo negro
y él quejarse y quejarse
Y el mar era blanco y era imposible y negro el cielo
Ai salió él y detrás iba persiguiéndolo
—No —decía— Ya no soy —Déjenme
Pero al momento lo alcanzaron
Y entró la noche y batió el mar
Cosido a puñaladas sobre la arena aquel hombre
boqueaba
y arriba se veía el cielo hueco
—Ay cómo has pagado hijo—
decían los que escuchaban y miraban
Y se pusieron todos a llorar.

La caída

a don Santiago

Estaban ellos sumamente contentos entre tanta flor
que todo les parecía perlas:
La luna, las iglesias, eso era como ponerles vino en las bocas
Bebían y se sentían estrellas
olían y eran aires
Y cuando andaban los yerbazales los cubrían
Y si iban por el agua se volvían sus pies peces
Y si querían volar ai mismo iban arriba
Nadie les decía “NO!”
De casas tenían unos rosales...

Y ella le hablaba a él preciso
Y él a ella era un solo y puro agrado
Y vaya para aquí y andemos para aquel punto
y en eso se recorrían por todo
La tierra igual y el cielo igual y siempre aquel deleite
Si acaso que en la oscuridad los asombraba un ángel
o que de lejos tocaban músicas.
Y de comidas
eso era un hábito de tomar manáes y vinos de las hojas
y las bandejas les volaban y las mesas se tendían solas
y cuando se iban a querer los guardaba la vida.

Pero como se sabe había también una gran mata
una gran mata negra de terciopelo negro
Lejos
Y la colina donde estaba era de sangre
moviéndose y moviéndose
y los pájaros estaban allí secos
viendo y pendientes
Y más acasito había un manzano
y el manzano estaba siempre llamando
y llamaba y llamaba
y de las mismas hojas y de las ramas
era puro llamar
—Vengan —decían
Vengan
Y se sentía como un regusto, una provocación
Vengan y cómanse esta florecita
Un gajito nomás
Y por la tierra era un recio aroma de comida
Ai mismo apareció la serpiente que era magia de la noche y
magia del día
que por sus lomos aleteaban gallos
y por los ojos refusiles
y adentro de ella se oían bailes y mucho canto
La cabeza se le mecía como una flor
y de sus oídos se cuajaba un perfume
mareando
y todo corazón volaba.
Ese cuerpo echaba días y noches
y se envolvía en raros plácemes.
Y al hombre le dijo
—Que usted no sabe
Que usted de verdá no ha tocado ni olido
Que esto no es manáes ni vino ni comida sosa
Y aquel era un darle y darle a entender
—Que usted no sabe
...Que esto es más que elíxires

Y aquel era un darle y darle a entender
 —Que usted no sabe
 ...Que esto es más que elixires

Para él era de un material duro y seco
 él era de una piedra muy recia
 y aunque su corazón le diera vueltas
 y aunque su hígado se le revolviera
 No caía y No caía
 Y en cambio ella era húmeda
 porque estaba hecha de tela, un suave género
 y el dicho le debió entrar más bien por los pechos
 pues estaban hechos de flores
 y los pétalos de flores no resistieron
 y la culebra le rodeó los pechos, le dobló
 y le curvó como si estuviera en el patio, echada
 entre las matas
 y esa magia se suavizaba más y más
 y los condujo entre una claridad muy alta
 y allí los esperaban otros ojos
 y otras gargantas
 y aquello era un solo canto
 aguas y trompetas y montañas...
 Y les vino otro oír, y aún ellos hacían por zafarse
 pero sólo amagaban
 Y sintieron un soplo
 un soplo áspero
 Y en medio del valle encima de una sangre
 aquel árbol tan negro
 y la sangre moviéndose
 y aquellos pájaros pendientes, vuelta y vuelta,
 Y subía el árbol y les cerraba el día y lo mismo
 les cerraba la noche.

Y vieron unas hojas en el viento
y a lo lejos unas flores resacas
y se miraron
y se estremecieron.
Y subía el árbol y les cerraba el día y lo mismo
les cerraba la noche.

Y vieron unas hojas en el viento
y a lo lejos unas flores resacas
y se miraron
y se estremecieron.

El jugador

Yo soy como aquel hombre que estaba sentado en una
[mesa de juego

Y al promediar la tarde ya estaba bien basado
Y dio y dio hasta que estuvo rodeado de montones de
[plata

Y ya en la tardecita era puro de oro
Y le llegaban mujeres y le ponían los brazos al cuello
y él se reía
Y estaba lleno de joyas, lleno de prendas
y los ojos y las orejas eran de fina joyería
y los bigotes y la barba eran de verdad piedras! Y muy
Muy preciosas!

Y a las nueve ya estaba en su apogeo
Y la mesa y los jugadores y los que estaban en lo
[alrededor

brillaban
Y aquello eran nomás soles Y un gran sol que era él
Y esa casa era un solo resplandecer y resplandecer
Y mientras más entraba la noche
más y más claro se hacía
Y el tiempo iba y venía y así
hasta que todo era una gran montaña
Y el hombre estaba en el centro y en lo más alto del monte
Y se veía como una enorme piedra roja y en lo alrededor
todos eran de oro y todos de monedas
riéndose con aquellos dientes que chispeaban
y hablando con sus lenguas de porcelana y rubíes.

Entonces eran como las doce Y el reloj
dijo a dar las doce
Y al ratico nomás quedaba la casa
Y al ratico
nomás quedaba la sala con la gente brillando y brillando
Y ya no quedaba sino la mesa y los montoncitos de oro
Y el hombre miraba a todos lados
Y abría la boca y miraba
Y desaparecieron las mujeres Y vio los montoncitos de
ceniza
Y se quedó desnudo
Y se puso a llorar
Ai se dio cuenta Que todo se le había vuelto noche
Y resplandores Nada!
Todo de luto y hosco
Y esos ojos de él vieron una luz
y volvieron en sí
Y volvieron a mirarse como era él
Y tendió la mano sobre los montoncitos de ceniza
sonriendo
Ya me voy —dijo
Me voy como me vine —dijo
“Adiós”
Y se fue por lo oscuro.

[a hilar y el viento

mueve la hoja que lo hospeda
y los jejenes han ascendido en el vaho caluroso y caído
[con las aguas del cielo
y se han levantado de nuevo porque otra vez ha sido el
[día caluroso
y la hilera de hormigas corta el campo en el claro seco y
[boronoso y ahora regresa al patio sembrado
y el ratón de monte ha dormitado largamente en su cueva
[y ha despertado por muchos días corriendo en secreto
lejos del búho y ha caído lejos de las garras del búho y el
[búho comió y pasó noches de hambre y volvió a
[su comida
y duerme este día y se despertó de nuevo y cazó la rata gris
y un hombre encontró su pareja y se amaron y el hijo que
[nació encontró su pareja y la amó
y el hijo que de allí naciera encontró su pareja y la amó
[y de allí nació un hijo
y el hombre murió y volvió otra muerte y se llevó otra
[vida y otra vida se apagó al entretanto
y vinieron hermosas costumbres y cambiaron las
viejas costumbres y otras costumbres y modales se
[cambiaron y
se levantaron templos prodigiosos y los templos
[prodigiosos se fueron y llegaron nuevos templos
[prodigiosos
Y se levantaron los ídolos todos de metal noble y
[refulgente y dieron vuelta y otro rostro cubrió el rostro
[de ellos
y otra vuelta cambió este rostro por otro de otra forma
y el polvo hundió los ídolos y salieron flores del polvo y
[el desierto llegó a cantar un largo silencio
y las ciudades despertaron y se durmieron y se ocultaron
[y desaparecieron
y volvieron a nacer con sus comercios y sus tiendas y sus

[reyes y príncipes
 y poetas y bellas mujeres y mártires y guerreros y
 [sacerdotes y santos y maestros
 y muchachos atarantados y viejos
 y la luna estaba dando vueltas y se encendía toda y se
 [adelgazaba y se hacía tenue
 y se llenaba y se vaciaba de plata y volvía a llenarse y a
 [subir tarde y tarde bajando tarde y tarde y noche y noche
 y la tierra corría y corría y regresaba y corría y la tierra
 [en la noche en la oscuridad dando su cara negra
 [y rodando su cara deslumbrante y su azul ligero y su
 [azul negro y sus nubes y aladas
 y sus nubes estrepitosas y deshechas con el mar que
 [saltaba hacia su madre y saltaba desde el pecho de
 [su madre
 y con el viento que lloraba y cantaba como un niño y
 [lloraba y cantaba como una mujer y lloraba y cantaba
 [como un anciano y como un perro
 y como un mar hasta que era otra vez viento y lloraba y
 [cantaba
 y la tierra iba loca y bella entre sus madres entre sus
 [padres loca como una jovencita y loca como una mujer
 [en una fiesta
 y como un paso de baile y como una caída de flores y
 [como un beso
 iba y venía mientras las grandes redes de estrellas subían
 [y aleteaban como insectos desesperados de amor y como
 chispas que volaban desde la raza áspera y como
 [cabelleras solas y como fuego solo y como
 oro raptado y oro yéndose y oro viniendo y oro jugando
 [en todas partes y moscas plateadas y anillos perdidos y
 [collares
 y cuellos y rostros de mujeres exquisitamente
 [desenvueltas y allí las noches
 soltaban sus amarras y se aprisionaban y amaban la

[noche hembra y la noche viril
y el tiempo hembra y el tiempo varón y la vastedad toda
[y los círculos de vastedad
que iban y venían a sí mismo y de sí mismos alejándose
[y entregándose y frotándose como dos hocicos de
[hembra y macho encelados,
[tigres, lobos en celo.
Y ha vuelto a llover y dime qué sol ha venido y qué
[canción has oído y qué mariposa baja hasta la flor del
[patio
y duerme y
dame ese perfume que todo es un perfume y una esencia
[y una vaga brisa que llega y se mueve anda y desanda
y dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir
y si de ti todo se ha ido y todo está por llegar y todo está
[en viaje y todo es nuevo y vuelve.
Adiós Salud Adiós.

OTROS POEMAS

Pequeña colina

Pequeña flor blanca eres,
así te llamaría quien va a casarse.
Pequeña colina eres,
así te nombraría quien caza perdices.
Pequeña taza de oro eres,
así te llamaría quien bebe su licor.
Pequeña colina de leche eres,
así te diría quien lave su cabeza bajo el sol.

Pequeña colina que duerme.
Pequeña colina echada como una gallina.
Pequeña colina como una cabeza de plata.
Pequeña colina como una fruta que orea.

Ponte cinco flores en el cabello:
Flor roja para tu alegría, para sonreír.
Flor azul para tu amor, para abrirte los senos y darlos.
Flor morada para llorar como una llovizna triste.
Flor amarilla para cantar con la luz.
Flor blanca, flor blanca, flor blanca,
esta última para que una ilusión ande en ti como la nube.

No hables de tristeza tú, pequeño malabar,
oye la luna comer maíz,

oye las estrellas picar las hojas del guamo.
No bebas la leche de un árbol triste,
mira correr los perros de caza,
bebe agua en el arroyo, lejos, donde van los perros de caza.

Pequeña, como las piedras de los ríos tú eres;
tú pintas el poblado de rojo pequeña colina,
tú eres como un ave para enjaular,
tú cantas y tu boca brilla por tu canto pequeña colina.

Como el manto de la serpiente coral
así de bella tú eres.
Así como el vestido de la orquídea blanca
tú eres de amorosa pequeña colina.

Y te llamarán como una pequeña loma
y en ti pondrán una bandera dulce y tierna.

Presente

Díjome que le trajera una serpiente,
la quiere ondulante para jugar
y aprender odio en sus colmillos.
Para ponerla en sus tetas la quiere.
Y que ella sueñe enrollada
como los picos de aquéllas.

Díjome que la quiere coral
para ponerla en su cuello de árbol
y parecerse a los oscuros bosques.
Para que enrolle su garganta, me dijo,
y su bello color entregue mis ojos
mansos y silenciosos como perros.

Díjome que la quiere armada, siempre,
como su sexo, como sus caderas en el aire,
como sus piernas chorreantes de veneno.
Para colocarla en el vientre cuando se acueste
y que ella sorba del bello ombligo
y haga su nido allí como un pájaro extraño.

Díjome que le trajera una serpiente
que tenga un sueño por dentro
para gozar cuando la noche sea más negra.
Para aprender el amor de la muerte, díjome,
y para aprender las caricias del viento:

y hacerle miel al regusto del viento
“Tráeme una serpiente bella”, díjome.

1955

277

[divisaba la mansión?

—¿Qué ves sobre el mar?

Flores

—¿Y arriba de las flores?

Flores Hace tiempo que allí no se ven más que flores

[Solo

Flores No hay más.

1975

Voces en el Jardín Botánico

Te llamo Palmera Cornígera
Te digo Palmera de Corazón
Tu nombre es Palmera de Piernas Cortas
Palma Latania
Palma Cabellera que vuela
Palma Augusta

Y estos
Corazones Trepadores
Corazones Amplios de Sombra
Helechos de Serpiente Coral
Estos son Helecho Tortuga
Esposos de las Campanas de Cristal
Así los vimos
Óyeme Colibrí Rojo. Recuerdo.

Vi los Trepadores de Nucas
Trepadores con una mariposa
La Flor Áspera que se come
La Serpiente Verde de Jamaica,
Así les dije, estremeciéndolas con sus nombres

Aquella es llamada Las Espadas Dispuestas
Aquella se dice
 Espadas Que Defienden un Corazón
Cacto Acostado— Viejo Acostado
El Enfermo— Cacto

Serpiente Devoradora de Perros

Estos estaban del lado derecho, acomodados.

Mujer enlunada— Cabellera Enlunada

Te dije brillabas en el centro de las alfombras.

Miré y dije

Estos se llaman

Los Que se Recostaron para Volver a Nacer

Bueyes con estrellas blancas y lagartijas

Melenudos, Mechudos con un nido en la cabeza

No se movían, y viven con sus nombres atados al cuello
en la parte de sus flores

A esa le digo

La delicada de Ver —Que provoca comérsela— Gustosa

Que se halla en el corazón de terciopelo

Y esta se ve hinchada de sombra

y se nombra —Buena para un descanso Allá en el Camino
con Mucho Sol

Entonces te veo,

eres al Agarrado por la Tierra que quiere levantarse

El Corazón apresado

El Corazón atrapado

Comido —En viaje

Y a ti te dicen

—La Bella, la que jamás podrá morir

Esos se veían por el lado izquierdo, junto al

habla entre ranas

Y apareció por el recodo

Esteras de Oro —Riego de Oro—

le dije así, la escribí con metal

Casa de Refugio — Ramas de Refugio — Refugio
ésa es la palabra, el sonido
Así Sea.

Y ustedes son Flores de Entrada Prohibida
Vírgenes Pintadas — Conversadoras
De entrada sin puerta
Prohibidas

Y por magníficas
Las Espinas que Vinieron a Sonreír
Tejidas con Miel
Olorosas — Hablan con el cielo
— Les dije

El Rugoso — Verrugoso — Pero en la parte de sus flores
y arriba ¡Cómo sonríe!
Palmera sin Patas — Palmera Asombrada —
Por el Centro llamándote
Cabelleras con Rocío
A tu diestra
Iluminadas —
Y este, al que conocí
Se Durmió en el Océano Al Primer Resplandor
(Solo al florecer puedes encontrarme. Oro)
Tales palabras les decía, así configuraba

Árbol que Habla
Árbol del Sol — Jaguar
— Y cómo se desperezaba,
Cómo se alzaba

Tú
Sombrilla de Sexo Rosado Extendido por las Nubes

Más adelante te encontré

Aroma

Tramadito

De Pomas rayadas Verdeoscuro —Amarillo— Verdepálido

Salas de Arroyos— Casa de Humedad—

Y así te escribo

Las Amodorradas

Recostadero de la Plata. Ésas!

Jugada del Príncipe

Del que Cantan los Pájaros —Opulento— Tan bien vestido.

—uno que se relaciona con amarillo

Baja del Sueño—

A toda esta casa: ¡Óyeme!

Plaza de los Puñales

Fuego Viejo en las Vainas

Guardiada—

Te digo.

Sea!

1969

Elegía 1830
(1980)

Elegía 1830

—Despedida de Bolívar —

Este año negro chillaba al nacer
y sus colas de gato y cara de murciélago
se prendían del sueño
y lo halaban desgarrando su corazón y echando al diablo
sus manantiales y sus puertas
y sus aires que iban al futuro y corrían
al futuro
en el delirio de aquel que vivía en su Casa Dorada
en el Amor de su Gloria
y su Visión
pues con el tiempo todo se despedazaría
y sería sorbido de esa jauría de adentro y de fuera que
[pugnaban por
robar y asesinar
ahora mismo
en las puertas y ventanas de este año
Cuando los empequeñecidos, ladroneros, raspones
abrieron sus pequeñas fauces
y comenzaron a morder
Entonces arrastraron su cadáver por el Magdalena
y lo arrojaron al puerto
donde veía las aguas
sentado en una silla de ruedas
y, resfriado,
sentía gritar sus huesos y chillar sus oídos
con voces criminales
insultos

trapacerías
y toda clase de lenguas infamantes
ya avisándole, ya amenazándolo
de modo que por las noches se le escuchaba gritar
y los delirios se echaban sobre esa frente rugosa
mordida por tanto frío
y polvo de guerra
Por tanto mar, nieblas
y desolaciones de guerra
y gloria
y tanto sueño amoroso por su querido Continente
Y así
repetía que le llevaran su pequeño equipaje al barco
porque en América
nadie lo quería
Y escuchaba al capitán del barco decir
—Véngase Hay Otras Tierras
Véngase a ser
El primer Ciudadano del Mundo
—Alto Quién Vive? —le decían
Y respondía con voz muriente
—La Patria

Tenía un Jueves Santo revoloteando sobre él
Un jueves Santo Negro
que desplomaba torres y levantaba monjas y soldados
hundiéndolos en la carne
de oscuras iglesias
Y allí los jardines y Conventos
se estiraban entre los muertos
y las casacas y fusiles
lloraban por las escalinatas
y el aire se llenaba de almas
insectos y campanas
Entonces el Espíritu Santo y su carro

se incendiaban en rosas abortadas
Es mi Jueves Santo a las cuatro de la tarde —decía
Mi Jueves entre columnas y ayes.

Se dormirá el jacinto en su matero viejo
y el geranio
en su felpa asombrada
Pero Yo estoy a las cuatro de la tarde
y caen Tus catedrales y Tus ventanas desgonzadas
 “Vámonos Consoladora
 Vámonos Lleva mi equipaje
 Ya no nos quieren en América”
Y todavía es Jueves Santo
Jueves Santo con sus muros caídos y ángeles
y cadáveres.

América Mi Estrella Mayor
Continente barroso y verde
con tus cabezas de catedrales vencidas
y tus ventanas abortadas
Ahora me verá el aire azul
y velaré tus muertos.

Era el sueño olvidado y Péfido
que lo alzaba en sus nubes de azufre
Iris ha muerto
y la Plaza de Armas
se repleta de sombras
Lima se abre Ay consoladora
echa sobre mi tus dientes y vierte en mi
tus encías de claveles y bosques.
Ya estoy para morir
amadas torres y balcones
Pasto se ha rebelado contra la República
El Segundo magistrado asesinó al Primero

Pobre de mí que vi morir mi hermano
en su despedida
lejos de mí
en la Selva Asesina
y su cadáver se durmió sobre el barro
Consoladora
echa fuego por mi ventana

De la Angostura a Quito hubo apenas
una centella
con Perfume
La yerba hunde tu cabeza en el cielo
y estalla de aromas
La lluvia vuela
y te humedece
Y el viento espanta aves asustadizas
y seguimos al Sur
Alto Quién vive?
La Patria
Y llega la noche con sus muertos y pájaros
Con sus dedos de plumajes
Y sus plumas negras mitad cielo
y mitad dentellada
Y el humo estira al Viento
y el viento revuelve las almas
Pisba sufre de invierno
y las mujeres arrastran sus enfermos
que resuellan frío y tiritan
estremeciendo diente contra diente
y mirando la lluvia.
Y las mujeres ofrecen
ese calor único de la tierra
y abren sus miradas de asombro
y sollozan
pues bajo la tierra de apariencia dulce

dormitaba el azufre
y el carbón dañaba su luz y amargo
pensamiento.

Así llegaba la aurora con sus flores
y leches
y el rubí con sus nueve corazones
y la piedra Ágata y la luna
con todos sus tesoros
Pobre de ti que ves el viaje de tu muerte
desde esa silla negra
El tiempo sentado en sus faldones repletos
de montañas y pájaros
pregunta
Quién eres?
El Primer Ciudadano de América —respondes

Consoladora — Sé prudente
Amor mío Sé Prudente
Así dijo al montar y partir
su última cabalgata
porque ya el año lo arrastraba

América Mi estrella Mayor
Continente de Alma de pájaro
Tus ríos Perla Terrosa y Yerbabuena
Tus caminos Mitad cielo
y sepulcro
Yo me fui saltando de columna a piedra
y tejas deshechas
donde los gritos me llamaban
El suelo ardía en los cuerpos y el aire se quejaba
Ay Jueves Santo
mañana me verán tus ataúdes perversos
—Bésame Consoladora

Quiero escuchar de nuevo
 que soy
 el único del Mundo
 Vuelve a decirlo y Bésame
 Vierte sobre mi el agua
 y el sabor de la Noche
 y la vida

Asolados Territorios Socha Socha
 Pequeño Pueblo
 Nos diste Pan
 y nos vestimos tus enaguas
 Y los vientos que mordían nuestro alrededor
 preguntaban
 —Alto Quién Vive?
 La Patria
 Ya le estarán pegando fuego a tu casa
 Ahora le estarán pegando fuego a tu casa
 tu casa En tu ciudad
 Ah mi querido tío Quién más que Usted lo sabe
 Ya Caracas no existe
 No existe la ciudad de mi Infancia
 Sueño
 Sueño Olvidado y Pérfido
 Déjame revolver esos árboles que chillan odio
 y Muerte
 Es fuerte el Sol del Magdalena
 y brilla en mis cubiertos de Oro y Plata
 Capitán
 aparte su humo Eche a un lado ese olor a tabaco
 Me estorba el frío y el habla fuerte
 Y Tú
 Ayúdame por el jardín
 en el asiento muelle
 quiero ver

la puesta de sol
el amable verdor, los húmedos
balcones.

**Alegres provincias
Un homenaje a Humboldt
(1988)**

El Arquetipo

—(*Encontrarse con el poema*)—

Es una tarde ligeramente calurosa. Hojeo un volumen del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Alejandro de Humboldt. Mi lectura se ha convertido en un pasaje de geografías distantes: el relator-viajero va cruzando un claro en la llanura y a lo lejos, sobre palmeras que parecen barcos en la mar densa y verde una manada de araguatos comienza a chillar. Me siento fascinado por el tono de melancolía que envuelve el paisaje; el texto me parece profundamente doloroso y yo mismo inmerso en aquellos largos y quejumbrosos estallidos, siento crecer en mí una afilada onda que al ampliarse va trascendiendo tiempos y lugares hasta ubicarme infinitamente en el paisaje agreste donde aquellos viajeros con sus bestias y su bagaje de cristales iluminan la llanura espectral (los alaridos distantes cruzan el resplandor). Al lograr sacudirme de esta repentina ilusión, por igual grata y dolorosa, escribo algunas líneas bucólicas de sabor ácido y pasadas de moda y el poema comienza a darme vueltas, mostrándose incisivo y a la vez generoso en expectativas carentes de alguna precisión. El Arquetipo ha comenzado, se ha fijado en mí una forma que desconozco y que me será por demás difícil de asumir: él solo emprenderá su camino, y por mi parte me siento ya en la disposición de adelantarlo, vigilarlo, dejarlo crecer, todo sin que sienta la necesidad ni la razón para tocarlo y modelarlo; me dedico sí, a explorar formas paralelas: las frases de los textos exquisitamente trabajados por un reconocido lingüista, los términos que con frecuencia referidos tan precisa y técnicamente a un campo objetivo, Saben, sin embargo, a desafío creador, a esfuerzo de metáfora en la construcción de un idioma hermoso y claro, donde el esplendor es

el resultado del ajuste de la frase y el término. Así al poco tiempo ya estoy inmerso en una lectura que me gana al esfuerzo de visualizar —como en un film— los paisajes que se abren ante mí, los vocablos de sonoridad amplia y segura, las imágenes que el relator va sembrando con emoción translúcida. Copio, modifico, doy un toque a los textos que apunto en cuadernos boscosos donde voy soñando y donde el poema pareciera esconderse esquivándome y abriendo para mí falsas ventanas, son versos borrosos e informes, tan simples que apenas dibujan un reseco esqueleto, un rosario de semillas entecas. A medida que el organismo apaciguado de sombras, rocas, animales, cielos, aguas, personajes insólitos, se va realizando conmigo de trasfondo, voy asegurando mi escritura pero sin que en modo alguno aparezca en ella un rasgo definido y preciso, sino que el todo marcha por su cuenta, lento y sinuoso y sin que por otra parte mis textos aparenten rozar su distante arquitectura. Con el tiempo me acostumbro a vivir en compañía de ese objeto viviente que es a veces nuboso y otras asume el cuerpo esquivo de una corriente secreta. De todas maneras lleno cuadernos con la terminología geográfica y me repito la visión de animales que son ya sombras imprecisas, manchas de un tiempo perdido y un espacio definitivamente devorado. Casi me olvido de esa reverencia oculta y me confundo con la escritura que me rodea a la que atribuyo captaciones y virtudes que de verdad no existen. Así pasa el tiempo. Pasa un año, dos, me olvido a veces de mi proyecto, me entretengo en otras exploraciones, leo en los sueños papeles desteñidos que dicen frases deslumbrantes y oraciones mágicas y que, estando despierto, se resuelven en un sentimiento de nostalgia y melancolía. Un día me doy a escribir al elogio de unos ríos dulces y risueños que cruzan el verdor donde vivo. Las geografías del relator-viajero, su visión de la lluvia, los árboles, su perpleja y a la vez penetrante observación del cielo corren ocultas y veo los tonos grises dispersos y olvidados, inmóviles como en asecho o tal vez como en la inocencia de la muerte. Tiempo después, de viaje en una lejana ciudad me encuentro a las puertas de un gran museo. Un monumento terriblemente conmovedor le

sirve de anteportal iluminando las formas de animales y follajes que ilustran su sobria arquitectura, de más de un siglo. Es el fósil de un tronco de trescientos millones de años incongruente y sordo en su piedra misteriosa; entro y al recorrer las salas llenas de cristales, aerolitos, maderas desconocidas y minerales de toda índole, siento otra vez el despertar de aquellos chillidos en las palmeras distantes, y los ojos del viajero incansable, escrutadores de todo espacio y de todo límite, abriéndose paso en la inteligencia y, en el mundo como una barrena delicada y radiante, despiertan en mí soles de otras épocas, y así la voz profunda regresa, golpeándome con un sonido nuevo y vigoroso.

Un día, al comparar los versos más recientes con los que originalmente parodiaban el discurrir más hondo del Arquetipo, encuentro que ambos se hallan en perfecta intimidad, y que en medio de ellos, los textos de los libros consultados y leídos con fiebre, ajustan un cuadro armonioso. Diría que el poema ha madurado después de crear en mí un discurrir y un ámbito propios que ahora en él se hacen vívidos y presentes, clarificando su propia naturaleza y en forma tal que, aliado al trabajo que laboriosamente yo había venido elaborando, se instala en la conciencia asentando sus requerimientos, orientando los términos y formas que lo completan; y así como antes eligió, por ejemplo habitar el personaje relator, es decir, mi desdoblamiento en su aventura y su emoción, ahora imponía que textos aparentemente inconexos se realizaran en un conjunto ajustado espontáneamente por sus propias leyes, y aún que, ciertas observaciones y pasajes aparentemente ajenos pero consustanciales a su espíritu asumiesen un espacio único, específico que lo dotaría de una estructura y una prestancia inconfundibles. En los últimos ejercicios yo había recuperado el ímpetu inicial y en esta nueva etapa del texto el círculo parecía cerrarse (si bien en mi necesidad con exasperante lentitud) pero lo escrito se repetía y sólo en contadas ocasiones acertaba a iluminar un rumbo que felizmente aparecía como seguro. De todas maneras cuando se me antojaba ya definitivo, él mismo, asumiendo una intuición ineludible y firme iluminaba espacios donde se hacía necesario

un ajuste, un texto nuevo, la eliminatoria de un pasaje. Un día al abordar a la hora acostumbrada el más reciente manojito de textos —producto de pasar y repasar todo el trabajo con paciencia medieval—, una, dos correcciones y el agregado de un conjunto de frases solitarias hicieron vibrar, en la última página, esa aura que se había formado en secreto alrededor de las hojas medio torcidas y agobiadas de tachaduras, y en ese ligero chasquido —¿imaginario, real?— pero definitivo me hizo comprender que el camino había terminado; uno, dos, tres brevísimos trazos y ya, para siempre, sería ocioso e inútil volver a revisar los exhaustos papeles.

* * *

Un pequeño barco viaja hacia América. Entre todos los barcos grandes y pequeños este barco lleva un Dragón. El Dragón se pasea por la cubierta entre los peces voladores: con un termómetro de plata sondea la fiebre marina, con sus largos ojos de serpiente trabaja la noche. El soñador, el Dragón, va en busca del mundo. Es un pequeño barco en viaje hacia América pero solo él entre todos lleva un Dragón.

Ser Dragón supone tener demasiados sueños; sueños que reconocer, que bordar en alguna selva, algún océano, alguna tempestad... Las temperaturas del agua le descubren un torbellino y una fuente que recorre jardines marinos y crestas de cordilleras hace mucho tiempo fundidas en coral.

Tasar el mar!

Sondear como si se tuviera largos, muy largos brazos con uñas fantásticas que se desprenden y se sumergen hondo, tan hondo que no llegan nunca. Son sus corrientes, sus corrientes frías que descienden hacia la leche azul dorada de los trópicos, sus corrientes cálidas que horadan el agua sedientas de frío.

Pero volvamos con el pequeño barco: tiene fiebre y pierde su derrotero... como se sabe la muerte respeta a los Dragones... entonces el pequeño navío se vuelve hacia una tierra nueva donde Yo el Dragón partiré al encuentro del mundo.

Y me esperan allí todos sus ríos, todas sus piedras, todos sus halcones.

Puesto enfrente del mundo escarbaría duro en esa floja tierra donde una flor se estira hacia el sol
y tal vez si pudiera hacerme un camino nuevo, un camino fresco y apasionado

“El hombre ha de querer lo bueno y lo grande, lo demás depende del destino” —me repetía en mis primeras noches de navegación al registrar paciente las brillantes y maravillosas constelaciones.

Me encontraba hambriento de un espacio donde extenderme y apenas llegado a estas tierras el mundo se hizo cristalino y abrió su capullo.

Mi juventud había prendido su astro y era ya el cuervo joven, curioso y sombrío.

Una sal erosionada y densa golpeaba el agua y la espesaba con caldos de oxígeno.

* * *

Cantaré húmedo de flores llenándome de tierra nueva y lavando mi alma en pueblos mestizos.

Me negaba a aceptar que el mundo tuviera tales árboles, que el cielo detuviera todo el tiempo esa luz de permanente mediodía.

Y me empeñaba en convencerme de que todo no era más que una fábula, otra fe que me seguía para decirme.

—Alégrate, has nacido de nuevo...

Y parecía entender que en adelante dondequiera llegase, desde mí, alrededor de mí, alguien, algo diría:

—Bienvenido a casa, estás en casa, has llegado a casa.

Abriéndose desde el fulgor marino aparecía el concierto de una extraña familia: la madre estaba sentada con sus hijos sobre ramas de coral, el padre, en esa raza que conserva la juventud hasta muy largos años, se confundían con sus hijos más altos, y todos comían de viandas vegetales raramente pausados y envueltos en una tenue claridad.

* * *

Ciertos libros de viaje imprimieron en mí este amor por la tierra y el ensueño de su vasto hogar.

¿Pero fue acaso en Gotinga, luego del tiempo inglés cuando se despertara mi pasión botánica...?

¿Fue allí donde aprendí sobre las plantas milagrosas...?

Y las amorosas familias vegetales que se saludan de costa a costa desde Malabar hasta Recife...

En cuanto a mi especial amor por las palmeras
¿no son acaso las más numerosas, ricas, útiles, diversas de todos los climas? Ya se tenga al frente un Sahara, o selva, o pampa bien que salude uno al océano o un humilde arroyo estarán allí sus altos, maravillosos cuellos batiéndose
[y gritando.

Llovía largamente y de la remoción del cielo y el diluvio los rayos herían las fuentes de chorros lechosos que se disparaban en imposibles rocas color de flamingo.

* * *

Ásperas sensaciones hieren mi cerebro despertándome gritos y
lejanas pesadumbres:

Esperaré oculto en alguna serpiente al pequeño mono que
gusta la miel.

Mi recompensa estas flores salvajes grandes como un
puño estas flores monstruosas,
y estos follajes que parecen absorber más que el sol todo el
cielo.

*Había despertado delante de este mar, un mar de brazos volcá-
nicos, y en el agua roja y borboteante vi las colonias vivas que pintaban
las piedras en esmeralda y huecos de fuego.*

* * *

De las plantas del valle de Caripe.

El Caladio Arbóreo que siempre está nublado

La Micrania Unicrania, contraveneno como el Guaco del
Chocó

La Bauhinia Guarapa que arroja sus ramas y las bate
estrepitosa

La Veismania Glabra de cápsulas crocantes que deja largo
tiempo un sabor a naranja

Y la Dorstenia de Hourstoni que se abre a la respiración
como un campo de mentas

Otras eran

La Gran Flor Cranoliaria tan blanca que enceguece

Y la Manetia de Caripe, nervadura exquisita, su hoja
pareciera encerrar mapas fantásticos.

—Sube —me gritan los pájaros y las violentas ramas que
se columpian en la altura.

—Sube —dice el buitre.

Comienzo a levantarme de entre mis amigos y baquianos
que abren la trocha en esa alfombra oscura

*Como el viento escribe en los taludes y los viejos muros escribían
las hepáticas y líquenes en sus huertos de piedra*

* * *

Animales, árboles y rocas se iluminan en una boca nueva
Raíces y troncos agobiados de sus parásitas
y la misma tierra afanosamente disputada van alumbrando
aguafuertes de miedo, lecturas de algún santo, delicadas plantas
del invernadero de Schönbrunn
y al percibir un espacio más libre
revuelo sin peso y se apodera de mi alma
“una tristeza que no carece de dulzura”

*Y el alcaraván marino escribía en la arena con el rasqueo de hojas
secas y el paso de lagartijas y serpientes
y escribió ceñudo el color espectral de la grieta y el vaho de humus
y podre
y trazó con el borde serrado de una hoja
el espinazo de peces muertos
Y sobre la gracia de una palmera hizo rodar grillos fosforescentes y
su escritura corrió por la rugosidad del cuero y las placas costradas del
cocodrilo*

*Escribió a través de los pájaros perchados a distancia y el canto
de las ballenas azules y el retozo de los delfines*

*Escribió en el cactus como en las Bauhinias, en la parásita como
en el leopardo
y escribió la primera respiración del recién llegado y el “ay” del que
se ausenta.*

* * *

*La Nueva Andalucía / en sus lugares húmedos duermen las cabañas
/ sus lechos naufragan por las huebras cultivadas de papaya y maíz
/ / Orillamos el río / a la sombra del árbol del pan / pero no éramos
más que huéspedes pasajeros / huéspedes en la tierra de errancias / Y
solo las plantas / sus inmensas alfombras entre gigantes / dominaban
/ pues las gramíneas trepan y se elevan en bandadas / jolgoriando por
el oscuro viento.*

*Remontamos las aguas del Manzanares /, sus copas de arrayan-
yanes / y antes que el disco tocase su horizonte / la cordillera se encum-
braba /. Y más lejos al tiempo de dos leguas / el mar había rozado la
explanada y sembraba tunas y dictamos / en su rijosa lámina / Al
mediodía nos sorprendió la tierra con su ropaje de tormentosos árboles
/ Asustaba su negra corteza / en el deslumbrante verdor de hojas del
tamaño de un asno / y sus raíces gozaban de parajes oscuros donde
sorbían y se embriagaban /. Alcanzamos sus alturas azules / por el
estrecho sendero / Y el agua que roía sus piedras bajaba estrepitosa.*

* * *

La Nueva Andalucía de nombre casi desconocido

Ya veríamos las grandes boas guaynas con su aguijón bajo la cola / y nos hundiríamos en su mina de grasa / /. Y en el comienzo de la luz tendríamos el ronco sonido de las aves nocturnas / —Gallinas con pico de chotacabras y cabeza de cerdas crudas /. Ya se embriagaría el corazón /. Cantos del viejo musgo y el helecho en los torrentes / entre esos anillos que trazan mariposas de grandes alas / mariposas que llaman Ninfales / llevándose los ojos hasta prodigiosas alturas.

* * *

La estación de las lluvias estaba ya firme / Y su gruesa falena recordaba al anciano religioso / sus añoradas tierras de Aragón / Sí. / Entre aquellas selvas asperjadas de granizo y tensas de calor / en el vaho mismo de sus inundaciones /.

Se veían en las sabanas húmedas / los saquillos de seda silvestre / balanceando en las ramas su hermosísimo brillo

—Deja —digo a mi corazón

Deja que esos piachis —Deja que esos brujos de indios / persigan la resina del Cunucái en la selva espesa y traicionera

—Deja el aroma de las hojas del Tuorco y al Cinamomo del Tocuyo / embalsamar las ardientes bebidas.

¿Es cierto o lo he soñado? Me parece saber que pintó Ud. una ciudad del cielo oscuro, una ciudad donde Usted mismo va de un lado a otro en sombras, luces, a relámpagos...

(Carta de María Eleonora Godefroid — 1812)

* * *

*La ciudad sombreaba una pendiente / el sol se abrigaba de luz
pálida / y rojizas volutas / alentaban su porfía*

*Mujeres de larga cabellera, como mi madre / se peinaban a lo
lejos.*

*Me encuentro en un extraño palco / en un teatro improvisado
— “Un teatro donde el firmamento es la metáfora” /*

*Y crece allí la imagen del Edén / cuatro sonoros ríos / música de
naranjos azules y apretados nísperos / la primavera de los pequeños
valles.*

*Más a poco el rocío se hace niebla / y ya en el mediodía vuelan
cúmulos grises /*

*“—Sí —quejábanse los valetanos— / Todas las estaciones
en un día / Todas las estaciones con su delicia y su inclemencia / —”*

*Otras veces las rozas aventaban vastos abrasamientos / y al
día siguiente la ciudad demoraba en el humo*

*La ciudad de casas espaciosas... / La ciudad de costumbres
joviales...*

—Qué dibujo tan extraño / pareciera la fatiga de un cazador

* * *

Recordé con nostalgia una ciudad pequeña separada del mar por una montaña. Yo mismo descendía el tortuoso camino a lomo de mula y acompañado de unos desconocidos. La caravana transitaba sobre piedras, arriba de casas y haciendas en desorden y a la vista de riachuelos ásperos y salvajes. En cierta altura opresiva, frente a una iglesia, me instalaría cómodo, ordenando mis delicados instrumentos. Más tarde disfruté días apacibles y recorrí la novedad de calles claras, despejadas, en un gran palanquín. Me extasiaba en la contemplación de aquellos edificios pálidos, altos de demasía y las casas levantadas muy por encima de las calles abrían a mis ojos grandes ramos de hibiscos. Estuve largas horas en la umbría de boscajes siniestros que amparaban el secreto de alguna corriente, herborizando esas especies alocadas en la furia de sus largos estambres, en sus tirsos de cuatrocientas purpurinas. Y llegada la noche, frente a una mesa agobiada de ramas, distendía en el papel ceroso la magia de aquellos cuerpos vegetales, y horas más tarde en la madrugada, cuando soplabá aquel frío recogido y molesto me hundía en la coloración de mi vasta pintura como en medio de un gran jade volcánico y el firmamento y las deslumbrantes divagaciones celestes reasumían mi vigilia (Cómo no echar de menos las constelaciones australes —radiantes, misteriosas— “Y tan espléndidas como nuestro Orión”). Y me veía inclinado sobre un espacio inmenso perfeccionando un mapa fantástico, exquisitamente precioso, usando de compás una espada blanca que orillaba el alba y el atardecer...

Mi señora, mi amiga

*Dichosa usted que tiene en su cerebro esas leyendas de fulgor, que
esconde en lo profundo de sus ojos el aroma del fuego,... disfruta silencios
como el fondo marino...*

(Carta a María Eleonora Godefroid — 1812)

* * *

Imaginé al flotar sobre los grandes riscos mi primera muerte, aquel triste naufragio en Orán*.

Y desechando esa tristeza al aspirar la última tarde advertí en el ámbito de opresivas vegetaciones la razón de mi melancolía: eran estas fuerzas en acecho que descendían tensas y oscuras a despertar mi muerte. Volví la vista y al encontrarme sobre la dorada marina me vi de nuevo frente a aquellos lejanos y risueños jardines, mis adoradas islas**. Y me volví a sentir a la sombra de floridos naranjos que a punto de zarpar me anunciaban un mundo nuevo y encantado. Y ¡Alegría! de repente advierto a mi alrededor aquella corriente en pleno mar sacudiéndome y levantando en torno mío turbiones de peces... Anohecia, los cargadores que habían traído el agua y los delicados instrumentos conversaban. Luces dispersas tocaban de magia la escondida ciudad.

*Ascenso a la Silla de Caracas

** Canarias

A pesar de las montañas y los mares, y más alta y más profunda que todas ellas... en la evocación de una naturaleza asombrosamente viva... a pesar de los cien mil fenómenos e imágenes que ocupan mis sentidos... lo nuevo tornándose más y más

familiar y lo desconocido asaltando mis desamparados recuerdos... en los bosques del Amazonas, sobre los contrafuertes de los Andes... un soplo único en el dilatado pecho del hombre, en las piedras, sobre las alas de las plantas...

(A Karoline von Wolzogen)

* * *

Vi al viajero recostado en una oscura silla y a las bestias
del bagaje aliviadas y en el sendero del manantial
pequeños cortijos, pulperías y hostalejos...
Acodados en un sórdido espacio los mulateros encontra-
ban su aguardiente de guarapo.

Oloroso a canela y oloroso a duraznos.
“Por las verdes planicies descanso desnudo y me baño en
[estrechos ríos
y al pasar navego en los poblados y voy lejano en una voz en
[algún ruido”
Los cosechadores de membrillo se pierden en regiones de
[humo.

* * *

* * *

En el sur las estepas levantaban miríadas de vacunos sin patas hacia
extraños castillos

las poblaciones demoraban sobre lagos fantasmas
y enjutas quebradas venteaban su desgana por los
ardientes aledaños.

Al verdor del claro y noble trigo
abril y mayo regalaban un grano grueso con ventaja.

*Abrí los ojos, me encontré en pleno cielo: Un azul bajaba del
paraíso a vestir cuanto de oscuro había en nuestro universo.*

* * *

En el poblado más lejano del mundo
contemplé sobre un paño roñoso
la imagen del Gran Elector
y después, al conjuro de su linterna mágica
la fortaleza de las Tullerías y un incendio en la iglesia de
[Tours

Hay sabios aquí enterrados en una capa de óxido, y aún
así afortunados y geniales como para proveerse de sus rayos sin
acudir a Volta.

Venero aquel vivo prodigio rodeado de familias de negros
“Cuanto atañe a la leche se asocia con el seno de mi madre”
Era el árbol del Vaco
El Árbol del Palo de la Vaca que los esclavos reconocían
[hambrientos.

—Por estos tiempos se los ve gordos y lozanos —decía
[el mayordomo
refiriéndose a los pobres que mojaban su pan de casabe y
[sorbían con gula.

*Entre pequeñas flores de lecho espinoso el amor echó a volar
en dirección a muchos sitios, con alas quitinosas y alas de membranas
y cálidas plumas de seda*

* * *

Se levanta la constelación del Navío
ascienden las nebulosidades fosforescentes de Magallanes...
Escribo hacia el fondo de una arboleda, las piedras siguiendo
una luz misteriosa, el río bordeando largas sombras.

“Es una planta de drago —son unas palmeras que alumbran
sobre ruinas— Donde fuimos más antiguos que toda sombra y
nos alimentamos del cielo...

nuestros caminos eran sueños sin final, galerías cerradas
—Yo las fauces de un saurio
—Tú el centelleo de una lámpara”.

La luz del valle seca y radiante escribía que una estrella estaba
por nacer.

Yo vigilaba al aire libre un planeta
y el sueño de un niño despertaba en el espasmo de un gran río.

*Madre, me habías retenido en tu regazo, en tu dorado huerto
para que después de su miel me entregara hasta disolverme en el mundo, su
vasto océano de todos los ensueños, todos los jardines, todos los encuentros.*

*Respiré en las altas cañas
emplumadas, en las altas espigas de seda
una lagartija se perdía en el raído verdor, pájaros distantes
perchaban su elevada rama.*

* * *

Volviendo de las sombras se alumbró la llanura
y despertó sus toros y caballos y mulas salvajes,
igual la manada de corzos matacanes
se juntaban en su orgullo de soledades...
Y la ilusión apareció
y en el instante de la mudanza
sobre lagos fantasmas
el aire hizo sus torres y desaparecieron
porque no eran sino falsos navíos,
terromonteros y embellecidas magias

Las mulas cargadas de avíos y equipajes de cristal
cruzaban el mundo bajo un cielo de aullidos
y erraba todo el tiempo como un tañido de campanas.
Pero también hay el silencio en los viejos cauces
y vive allí una muerte sola entre pantanos.
Entonces un caserío viejo va brotando de algún pastizal,
un sonido de peltres se va cortando por los aires
y hay una puerta oscura por donde asoma un buitre.

El festín de ayer continuaba, saludé al río, al silencio que emanaba de sus brumas. Era yo esa suerte de humo extinguiéndose, era yo un calor denso y expectante.

* * *

Hay algo triste y lúgubre en la visión de esas estepas
la tierra como un mar cubierto de sargazos
el viento quieto a la altura de las mulas
y el calor sofocante abrasado de arena.
Pequeños torbellinos se batían al ras
y como si fuéramos en chalupa
el mar alzaba su horizonte
y las llanuras ascendían.
Se veían sobre los bancos de vapor
esas palmeras como barcos
y percibíamos el acecho de peligros y fatigas.
Apuraban los baquianos
y al voltear advertíamos los rezagados con las bestias
del bagaje.
Por entonces la nubecilla que volaba al Zenith
anunciaba las lluvias.

De repente vuelan terrones y en medio de la cabaña y bajo los
asientos de mis asustados amigos
feroces cocodrilos rompen su negro esparto, se arrojan sobre
un perro, lo yerran en su impetuosidad
y corren en un baile frenético.
Han dormido por meses y ya en el agua y río abajo desaparecen.
Ojeaba un libro ardiente
Padecía un canto
"Los músicos derivan de alguna serpientes excelentes cuerdas para sus
guitarras

y los cazadores revuelven con sus lanzas las aguas lodosas”

Durante el día era yo un vuelo de mirada vertical
espiando las manchas en la luz
y después, entrada ya la noche
me dejaba llevar del firmamento.

Miraba en los espejos de agua falsa
ciudades errantes viciadas de vapor.

Ojeaba un libro ardiente:

“Sí, algo triste y lúgubre...
la desolación, la indefensión”

Cuando el espíritu y el cielo se tienden uno al otro la sangre y los sueños encuentran su propia realidad. Es una música severa, inaudible y secreta que nos aparta de entre todo lo viviente y nos revela nuestro ser.

* * *

Tostados de ese viento de arena que abrasa mucho más que el sol
Hombres calmos.
Ordenaban las pasturas.

Deja que se encabriten las mulas
Deja sus narices otear la humedad
Deja los caballos revolver sus rebaños
allá lejos donde la palmera y las charcas celebran su
[pereza.

Sin huellas de sendero por las desiertas sabanas.
Hacemos nuestro viaje nocturno
este camino infestado de ladrones...

Hacia la tarde los hipocondríacos, tristes y severos
[araguatos

se dieron las manos
y cantaron su lábil monodia:
De sus gargantas por donde el aire pasa en una sola
[percusión,

por esos tubos cónicos
cruza el pájaro y deja su impresión
luto, melancolía

un irreparable golpe de cuchillo...
 La nostalgia dura entonces una semana, quizá dos,
 hay a quienes desfigura para siempre.

Nos acompaña ese jinete comerciante calzado con espuelas de
 [plata

—Dos mil doscientos pesos por mil caballos
 Mil caballos al paso por los terrenos abrasados
 Un muleto joven de dos años Un peso
 Un cuero de res secado al sol Dos y medio reales de
 [plata.

He visto árboles de familia seca y gris
 pero nunca como esa palmera de cobija
 áspera y dura que no le entra hacha ni clavo,
 su figura de abanico esparce hasta sus pies
 flores insensibles y tristes.

Y más al sur reinan
 El Aifán Píritu y el Árbol Murichi de la Vida
 el que es victum y amictum:
 harina y vino, esparaveles y vestidos,
 delicioso saborcillo a manzana.
 Sacan de ella un licor refrescante,
 y en el tiempo de la mayor sequía
 sobre sus hojas relucientes
 los araguatos se reúnen.

*Camino en bosques nuevos y voy a ras del cielo siguiendo el perfil de
 muros sin fin.*

* * *

Por el viento del sur rodaba una tronada
—Diez pesos por la lancha
cuatro reales para el piloto
dos reales para cada boga indio...
Río Apure otoñal
la embarcación cubierta de palmeras y cueros
las selvas avaras de leña
la tierra gozosa de espátulas rosadas.
Entre los setos de cedrela grandes bestias costeaban
y al remontar un cielo oscuro
—“El Señor nos conceda una noche tranquila y el descanso”
—murmuró el religioso que nos acompañaba a Río Negro.

Me entretenía leyendo textos de pájaros “sus plumas podrían confundirse con diminutas espadas”, o “...abren las alas al atardecer fingiendo miradas tenebrosas”, al igual que “...el pico de los buscadores de insectos, el pico del Red billed, el insectívoro de larga cola afuegada que habita el Orinoco, o el mismo de pico más largo que gorgojea en Guatemala y los Andes en espesas selvas lluviosas...”
(De “Rasgos y costumbres de pájaros”, por el Rvdo. P. Aguinaga).

* * *

Por un país jamás pronunciado
 a la luz de oscuras plantas
 por tierras como de tiendas de palmeras.
 Vivaqueamos frente al fuego y sobre cueros
 Herborizamos en las rocas
 pero sólo encontramos un viejo tronco
 cubierto de iguanas y salamanquesas.

Boguemos pues donde jamás penetra el sol.

Voy dolido en el fondo de una barcaza
 escucho entre las hojas y raíces largas exclamaciones.
 Mi querido Wilhem... mi querido hermano
 “es una planta de drago, unas palmeras que alumbran ruinas
 hondas”

*Esta es la historia de las migraciones, la historia de la esperma,
 del óvulo, la historia de la noche alumbrada y la que está por abrirse, la
 historia del comienzo y del fin... Mi pensamiento sabe presentir esa his-
 toria, mi sentimiento sabe más allá, mi corazón la dice a veces, pero hace
 tiempo que he perdido sus claves.*

* * *

Me encontraba en la maraña de una inmensa tierra avenada de corrientes. Las madres de aguas habían rodado de la escarpa con gran ruido y sonaban todavía. Aquí y allá miraba unas colinas emergiendo en la lluvia con sus penachos remojados que los zamuros bajaban a espiar. Iban muchas canoas y lanchones y no se distinguía el río propiamente sino una línea de aguas. Los hombres andaban atareados sobre los grandes saurios espantando aquellos carniceros asesinos, ya a la vista, ya secretos bajo la nata del lodo. Se levantaban a lo lejos navíos considerables palanqueados de indios semidesnudos, gente de rostro más bien triste. Y se podían apreciar los caseríos como otros tantos puerros enchumbados en el horizonte que estremecían el relámpago y tronada. Era un oscuro mapa que llevaba plumas y boras en el vientre de sus embarcaciones, y sus caminos estaban marcados al azar sobre un verde sombrío.

* * *

Se arrastraban las embarcaciones por el valle de Keri
 Del Taparo hasta el río Cameji / aguas demasiado altas,
 superficies como espejos. /
 Y en las húmedas y blancas mañanas / un aire muerto.
 Sur de Atures, quietudes perpetuas. / Corre allí el vallejo con
 su iglesia
 y las montañas se repliegan.
 Quituna / Maipures / estruendo y diques peñascosos
 Purimarimi. / Marimi y Salto de la Sardina
 allí escuché las sílabas del NO y el ÑU que designan
 [el cuerpo
 la estrella URRUPU / y la cabeza NUCHIBUCCU / y el
 cielo y el trueno que se dice ENÓ
 y madre que se pronuncia INA...
 Y más adelante sus brazos se coronan de la palma Vadyay / y
 entre ello el cabezo llamado Keri
 reluce desde lejos / —Es — dicen— la luna llena / la luna
 blanca de cuarzos.

* * *

A lo largo caminaban hasta desaparecer algunos pobres religiosos doblegados del aire, y lentas garzas florecían un rosa extraño y torpe sobre las ramazones. En cuanto a los ganados flotaban y se arracimaban en claros y desnivelados sobre este mar de frío y en la pequeña ciudad sobre aquel río torvo y amenazador sacerdotes y acólitos se afanaban en colocar troncos y pesado fardos previniéndose de la crecida.

* * *

Camosi / Keri / el joven indio maco tenía aires de lluvia / cuidaba su casa / cuidaba su aseo / sabía desterrar el comején y la langosta // Pero en el festín las mujeres tristemente excluidas / tan sólo se ocupaban en servir / mientras los hombres saboreaban el mono asado / vestidos de marima / esos trajes que se encuentran ya hechos sobre los árboles.

Los cazadores elogiaban la ligereza de su cerbatana / su exactitud y pulidez como arma de fuego. / Pero son ellas, las mujeres / las que purifican la arcilla / las que lavan y conforman a mano los grandes vasos. / Allá están, atareadas con su fuego de chamarasca.

* * *

Las palmeras escribían por el aire “Selvas sobre selvas”
y el cielo y las palas de los remos repetían “Selvas sobre selvas”.
Lejanías pétreas se vestían de castillos, torres y silencios
y un mar de espumas agitaba sus vapores.
Remaron los indios cerca de doce horas, sin interrupción
se despedían las hojas entre las peñas
y saltaba en la jaula el gallito de las rocas.
Bien entrada la noche buscábamos el cielo en los follajes
y el fuego se quebraba lamiendo enormes piedras.

Acabo de ver las tormentas...

* * *

Es un mapa lluvioso: agua, viento y un espacio de pastos y melancolía. Un territorio casi nocturno con arboledas que baten sombras. En ocasiones pueden verse unas como calzadas por donde pasan más allá de este tiempo ciertos pueblos errantes. Y al mirar en busca de un color radiante —un estallido de combustible, por ejemplo— aparece insistente la esmeralda luctuosa y debo ir sondeando el agua que levanta peligrosos troncos desde el limo. Despierto a medianoche y encuentro en mi rostro, bajo el sonido quejumbroso de animales ocultos, esa mano lenta y secreta: el fulgor de la Cruz del Sur.

* * *

*Acabo de ver las tormentas / postrado de fiebre me asalta el aliento de
negras cordilleras. / Los relámpagos elevan ensenadas de espuma. /
Sueño contigo mi dulce embarazada / pero de las grietas y los troncos
brotan lentas culebras. / La fiebre abraza mi cerebro y tú me ofreces
jugo fresco. / Arrastro en mis ojos un verde temeroso / moriré hoy con
la noche a mi alrededor / una noche fría / tan fría que jamás estrella
alguna podría acercársele. / Al embarcarme ayer pensaba*

—un viajero de lluvias

un viajero en busca de los últimos ríos

*Y vi los rostros ocultarse / el aire oscuro / los ojos del tigre
contra el temporal*

Vamos en un toldo calenturiento. Un árbol cargado de monos y
 pájaros
 a rastras en el agua.
 Los indios gritan una canción lenta y sin gracia, y en la mirada
 honda y
 desolada los simios reclaman su selva.
 —Niño, el que yo fui, mira que el mundo tiene ventanas ásperas.
 Tus
 ríos centelleaban por tierras risueñas y sus barcazas levitaban.
 ¡Ah, las tierras
 de este viaje esparcen ese olor de fruta sombría y el largo de su
 olvido
 vuela en nuestros suspiros!

*Con sus dos alas vivas el agua: “No llegas, no has llegado –dice–
 Pero Yo sé que
 llegarás”. Borracha, entumecida el agua “No llegas, No has llegado –
 dice– Pero Yo sé
 que lle garás”. Y desde arriba y todas partes —“No llegas, No has llegado
 –dicen– Pero
 Yo sé que llegarás”.*

—Tú, niño, fuiste el soldado cabalgando y muriendo, pero el
hombre
en mí se ha resuelto en el agua y mis queridas plantas y cristales
me rodean
como otras tantas fortalezas. Tengo fiebre y el agua lodosa tiene
fiebre. Los
libros sueñan en sus cajas y los instrumentos con sus líquidos y
tabulaciones
descansan. El cielo es muy alto y las estrellas y ciertas flores de
corolas
metálicas se confunden. La lluvia arrecia a veces para irse en
secreto, no
muy lejos, nunca muy lejos, oculta en la ribera.

*Hogar: esta palabra me refiere a un aroma primero, a una
oscuridad desde
donde mi espíritu expande una ola de luz a briéndose en principio a la
tierra, luego
a los océanos, siempre a la eternidad.*

Pequeña canoa para las aguas del Tuamini / del caño Pimichín /
 para el
 Yavita y el Río Negro
 Pequeña canoa entre sus cataratas /
 —En noviembre y diciembre hay brisa fresca y es fuerte la
 corriente /
 aunque los misioneros prefieren via jar en abril / por la cosecha de
 tortugas. /
 Entonces el río va medio lleno y se goza la brisa / y se sube
 perdonado de los
 mosquitos.
 Pero es de la boca del Zama, de los espejos del Ma taveni, el Temi
 y el
 Guainía / de donde brota ese color oscuro de café / verdinegro y
 de gavilla
 tierna. / Y el vien to al soplar / verdea, se ennoblece, huele a
 zarzaparrilla / y
 destila sus astros.

Otras vidas sí...
la iguana de un glauco radiante escamotea con su lengua una
mariposa cálida y
secreta... cúpulas de un verde viejo y som brío se pierden en las aguas

Decía el viejo

—Si me dieran a beber de tres o cuatro grandes ríos sabría al
beberlas

donde fueron cogidas sus aguas.

Los misioneros hablaban de la expedición de Iturriaga

—Muy lejos, por aquellas selvas llevaba su ganado Iturriaga

Y al seguir conversando se quejaban de las tercianas

—No hace mucho tengo también mi calenturita

La luz de los planetas se había vuelto singularmente desvaída
y el salvaje Orinoco nos parecía tan astroso.

Boguemos pues donde jamás penetra el sol

Un río es el pasaje donde se han desvanecido todos los muertos
donde se alumbran todos los nacidos.

Aprende su habla terca
sus palabras entre dientes.

Los indios permanecían remando en la piragua
fatigándonos con sus gritos

La sonaja inmensa del agua daba vueltas
extendiendo su estallido de insectos.

Y sentí que era posible integrar
las grandes alegrías, las grandes fiestas, los inmensos desastres.

¡Dichoso cauce cómo se veía suspendido en aquella
[Babel hirsuta!

*Ternura, no te escondas, despierta en el pájaro oculto, en el
asombro de la flor, en el golpear sin fin de ese astro que huye. Toca el cris-
tal desconocido y llega a lo profundo, hasta el niño que fui, hasta el niño
que habito.*

* * *

— “Subirá Ud. por el Atabapo y luego por el Temi y en fin por el
Tuamini
y cuando las fuerzas de aguas negras les impida avanzar serán
llevados por la selva....”

Tal vez si al remontar más lejos encontremos esa
[corriente
lado a lado aguas de turbera
y el perfil aromado de sarrapia y tolú.
“Cuando no existan más caminos que ríos tortuosos
Cuando encuentres las pequeñas aldeas ocultas en
[tupidas selvas
Cuando no puedas ver cerros ni montañas
ni saber en que punto te encuentras
Busca en el cielo —Escudriña en el cielo...”

*Y quién no ascendería hacia las fuentes, y quién no bebería de
esos silencios: Ser ganado para un color nuevo, un agua nueva...*

*—Cruzando ante el follaje, ellos, pájaros, se entibian en su ramaje
seco se zambullan entre sus flores.*

* * *

Un hombre tiene en sus brazos densos tatuajes y en su cintura
anchas corrientes navegadas de barcazas

y todo él es una inmensa selva, un viaje con gentes que
apartan juncales y van labrando oscuras trochas

y en la piel cálida y sudorosa pueden verse cazadores de
tigres

hostigando con sus lanzas y perros las bestias arrinco-
nadas en las rocas o en las salientes de una ceiba...

De sus espaldas, de sus piernas, nacen brillos metálicos,
hogueras, todo viviente, todo de mareas pues en realidad este
hombre es un gran río, un fluir de serpientes y aves acuáticas que
levantan vuelo desde manglares y árboles semisumergidos

y todo él se mece de un cielo a otro, dueño y poseído del
mundo, orgulloso de la creación, de sus ciudades de cazadores, de
sus inmensos espejismos.

* * *

“Y no fue sin emoción que vimos por la última vez el disco de la luna iluminar la copa de los cocoteros que rodean las riberas del Manzanares. Por largo tiempo nuestros ojos quedaron fijos sobre esa costa blanquecina donde no habíamos tenido queja de los hombres sino una sola vez. La brisa era tan fuerte que en menos de seis horas fondeamos cerca del Morro de Barcelona. El barco que debía conducirnos a la Habana estaba listo y ya izaba sus velas.” *

(*) Alejandro de Humboldt. *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*. Traducción de Lisandro Alvarado, Tomo v. Cap. xxv, p. 68. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, Venezuela (segunda edición).

He seguido en las lecturas de Alejandro de Humboldt, la edición de *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, indicada anteriormente, versión de Don Lisandro Alvarado, que fuera completada por los señores Eduardo Röhl y José Nucete Sardi, en la Edición de “Cosmos”.

En lo referente a su correspondencia la obra *Cartas Americanas*, compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet. Biblioteca Ayacucho. Traducción de Marta Traba, Caracas, Venezuela.

**El viento y la piedra
(1984)**

Búho

Los matorrales viejos
acidulan un ocre sarmentoso
y corren conejos y pajaritos
por un aire gris.
Y está el búho que acaba de salir
por los roquedos
mirando y remirando en el arroyo
su imagen brumosa que una nube
arrastra sin fin.
Y el cielo es un océano
y sabe a plumas
arroja plumas
y bate un raro olor a sangre.

Precipicio

para Ana Enriqueta

Los rebaños en la parda meseta:
moscas sobre una hoja marchita.
Un pájaro
una aterida conversación de torcaces.
El alma: Añoranzas
El corazón: Ese oscuro cristal que brilla
y grita al fondo.

Arroyo

a Patricia Guzmán

Tiene una carrera de cola de pájaro.
Pájaro Mosca
Colibrí largo
y baila y baila sobre el trébol.
Habla como el ala de una cigarra
Dice que es Páramo
Cielo verde
Copas...
Y se va.

Muro

a Salvador Tenreiro

Y algún día serás muro
y estarás escrito con tizne,
un “ay” en la grieta,
una sonrisa en la ceja honda
—Me dirás
“Es un tiempo gris,
Es la espuma de un sentimiento
tardío”
Y tendrás escrita una flor con amarillo
[torpe y ceñudo,
alguna flor como una sombra
verdosa y húmeda.

Buey

en memoria de César David Rincón

Vivir en el lomo de un buey
un buey de pelaje amarillo y verde.
Abajo canta la dulce flor de muerto
y asciende la mañana en su gonzalito.
Vivir con luna.
estar de arreboles
—Vimos rodar un trueno y al fantasma del refusil
entre piedras.
Alguien teje de lejos a lo lejos
la encabritada vereda.

Tabaco

para Humberto Febres

Sobre los parapetos, colgando de las trojas
la plumosa turba de aromas.
Es la purísima hilacha Varinas
Ya viene su humo azul
Ya sale su barco y ya se van sus torres
a nortes turbios y salones de juego
acunando el sueño de mujeres evanescentes.

Halcón

Al fin aguas profundas

Vi el aire
Vi el cielo
y entre las flores muertas
colores de pugna.

Solo en el Paraíso

Inestable, fluido, más bien turbio
Yo húmedo, yo sombra.

Por eso canto Por eso vigilo

Estoy cantando
Estoy riendo
Estoy de vigilia.

En mi intimidad, a dúo, invisible y en silencio
brillo con mi banda carmesí.
Yo el turbio,
de color amarillo y quemándome,
canto y me libero, espinoso y fresco,
solitario entre los míos, en mi multitud.

Altísimas torres, murallas
y repentino y en silencio
El resplandor.

¿No es esta la distancia?
 Unas lilas y al fondo los elevados contrafuertes.
 No más tierra No más gravedad
 El reino de la pluma
 El ingrátido porvenir.
 Ya soy el blanco de una garza
 Me doy a unos declives
 El cielo: Puertas profundas.
 El recodo del valle: Unos riachuelos.
 Las músicas de ayer se han ido
 empieza el verano.
 Como noche me recojo
 Como día salgo de mí.

Quisiera verme en esos promontorios
 donde reptan luces impacientes.
 Ser glauco y sorprender desde la altura
 un oculto enemigo
 y descender de uno a otro sur
 de un norte a otro,
 y en la profunda oscuridad
 ser una luz descifrando lejanas luces.

Una infancia es un recuerdo
 y más que una corriente a saltos.

Una infancia Tú
 Una mañana Tú
 Un muro húmedo y salvaje.

Tú y Yo gemelos
 Por eso canto, por eso vigilo.

Frías casas, blanco frío
 Vuelo y permanezco

sube sube alcanza los ángeles!
Y los dorados campos y el hermoso mar
rugen más allá.

Ésta es mi fiesta: Una flor
La llevo a mi frente
transita por mí
Alabado sea
Quiero que se tiña de rojo
se tiñe, se oscurece.
Embriágame
y abrázame adentro
en mi casa de cien mil puertas.
Me has animado, me has cuidado
Y yo regreso
No a mí sino a tu luz
donde se habita en certidumbre.

Óyeme estrella
Que un calor bravo en su volcán
crezca de mí.
Resplandor Ábreme los ojos
Que mi corazón sea señor
Que esté Yo rodeado de un aura
Soy el Amarillo, el rojo áspero, el púrpura intenso.
Si pudiera lanzar un agudo chillido y extender las alas!

Todavía hay campánulas
La helada no ha marchitado al pájaro ni la retama
¡Bravo por el fulgor del risco
No a la presunta lluvia!
Ya se escucha el sonido
Ya suben las flores.

No más urnas No más prisiones
Levántate y observa
Qué esplende Qué acecha Qué domina.
Caminaré bancos de pasto.
Veré selvas de piedra
Para ennoblecerme ¿algo más alto?
Me siento y brindo: Trazo caballos,
desnudo el Edén.

Luz!

Mi cerebro quiere beber
Maravilla, borra el espacio entre Tú y Yo.

Para encantarme he venido.
Para vivir el color violeta aquí me he posado.
Estremezco las ramas, me estremezco yo
en el aire opuesto de flores.
Soy pequeño en esta dulce casa.
Soy ligero en esta ventana.

Lobos y Halcones

*a Lolita y José Antonio
a Maracaibo*

Será cierto haber sido un halcón y remontar siete cielos de
[un tranco?
El resplandor de ojos en la sombra alzaba la cabeza orgulloso de
[su lejanía
y después avanzó con sus imágenes pálidas y sesgadas.
Hay un jardín y música y voces animadas de euforia,
los convidados apagan una sed insistente.
Sé que todo aquí es un largo amor, una primera adolescencia que
[se deslumbra
pero el haberme remontado por esa escala y ascender hasta el
[brumoso puente me resulta imposible.
Mi amigo dirige la orquesta de fuerte percusión y timbres agudos
se trata de un sonido de tintes rojizo y verde humoso
como las aldeas de que hablamos en el trasnocho y la
[despreocupación.
No es como antes pero el zumbido de estas voces tiene un
remoto parecido a las invocaciones de años más extrovertidos y
[urbanos
cuando lo único valedero era el poema.
¿Qué quieres?
Noviembre es acuoso y su gris de un acecho permanente.
Y de nuevo quiero continuar acostado, perezoso y tibio.

Pero la fiesta vuelve,
 las canciones de ternura alcohólica persisten
 y esos cantantes de la tristeza y el despecho anclan a lo hondo:
 No es verdad que haya sido el halcón
 El halcón estuvo todo el tiempo acurrucado en esa rama
 donde acomodamos juntos un acontecer taciturno.

Me parece escuchar una conversación que discurre en
 [altibajos inusuales.
 Quiénes serán esos actores graves y ceñudos que predicán con
 varas de enramada aún fresca sus pieles y plumajes enardecidos?
 En sus voces reconozco unos versos que estudié para decirlos
 [en un viaje, una celebración.

Hay un espacio donde van y vienen rostros amigos y rostros
 [sin perfiles.
 está presente el calor de un juego apasionado,
 la danza y el amor gentil
 aparecen y desaparecen como en el ardor de cerebros
 [ansiosos y enervados.
 Pero no es cierto que haya remontado de un tranco los siete
 [cielos del poema
 y esté sentado entre maderas y metales oyendo la modulación
 [encantada.

La verdad apenas he permanecido un instante en el Paraíso
 y sus murallas de nieve y cristal verde tan sólo han fulgurado en
 [una frase sin memoria.
 Aún así persiste la volatería radiante de pequeños y grandes
 [nadadores del aire
 “—Ven a coronar el halcón! Ven a detener la nube sobre su
 [orgullo predador—”

Más tarde cuando ya todo ha desaparecido me pregunto de
 [nuevo
 ¿De qué halcones, de cuáles pájaros se trata?
 ¿La infancia, con sus alturas y laberintos?

¿La sangre que atisba ya sus pesadumbres y victorias?
Cierto: El porvenir ha sido una vez más convertido en cordero
y el aire se solaza en sus huesos.
Los halcones eran ciertamente lobos y los lobos me esperan
[para celebrar,
y al echar a correr entre los matorrales advierto sobre los claros
[de la fronda
el gran cielo expandido
y con él un halcón dorado, vuelta y vuelta en sus mares altos
con los ojos fijos en mí.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Mirar y escuchar en Ramón Palomares

por Luis Alberto Crespo7

El Reino (1958)

El viajero17

Saludos21

Elegía a la muerte de mi padre24

Conquistas27

La casa31

La esposa35

El monje38

Huéspedes41

Errantes45

El nadador49

ASUNTOS DEL TEATRO

Palabras del actor53

Las comedias y los días56

Máscaras60

Paisano (1964)

JUEGOS DE INFANCIA

Culebra65

Un gavilán66

El sol68

Patatas arriba en el techo69

<i>Entre el río</i>	70
<i>De noche</i>	72
<i>En el patio</i>	74

TIERRA DE NUBES

<i>El noche</i>	75
<i>Juan León</i>	77
<i>Huyendo</i>	79
<i>Cazadores</i>	81
<i>Ismael</i>	82
<i>Hermanos</i>	84
<i>Páramo</i>	85
<i>Sol</i>	86
<i>Solita</i>	87
<i>Reseco</i>	88

GRAN LEYENDA

<i>Abandonado</i>	89
<i>Abandonado</i>	91
<i>Abandonado</i>	92
<i>Muerte</i>	93
<i>Muerte</i>	95
<i>Muerte</i>	96
<i>Baile</i>	97
<i>Baile</i>	98
<i>Baile</i>	99

Honras Fúnebres (1965)

<i>La llegada</i>	103
<i>Impresiones</i>	105
<i>Exhumación</i>	107
<i>Descripción de la ciudad cuando pasa el cadáver</i>	109
<i>Las batallas</i>	111
<i>Otras naves de compañía</i>	113
<i>El navío</i>	115

<i>En las cámaras fúnebres</i>	117
<i>Un gran sueño</i>	119
<i>Llegada del navío a puerto</i>	121
<i>A través de la alta montaña</i>	123
<i>La ciudad</i>	125

Santiago de León de Caracas (1967)

BORBURATA DE LOS FANTASMAS

[1].....	129
[2].....	132
[3].....	133
[4].....	134
[5].....	135
[6].....	136
[7].....	137
[8].....	139
[9].....	140
[10].....	141

FLECHEROS ELLOS, Y CORREDORES Y SALTADORES

GUAICAIPURO Y LOS SUYOS

[1].....	142
[2].....	144
[3].....	145
[4].....	146
[5].....	147
[6].....	150
[7].....	152

EL CABALLERO JUAN RODRÍGUEZ SUÁREZ

[1].....	153
[2].....	155
[3].....	158

LA NOCHE DE ULLOA

[1].....	159
[2].....	160
[3].....	161
[4].....	162
[5].....	163
[6].....	165
[7].....	167
[8].....	168
[9].....	170

HABLA LA SOGA. MUERTE DE FRANCISCO FAJARDO

<i>La casa de Cristóbal Cobos</i>	171
<i>Fajardo va derecho a la muerte</i>	173
<i>Ya se acerca</i>	174
<i>El espejo</i>	176
<i>Presagios</i>	177
<i>La comida</i>	178
<i>Transformación</i>	179
<i>¡Agárrenlo!</i>	180
<i>La sogá</i>	182
<i>Morir</i>	183
<i>Los asesinos proceden</i>	184
<i>Acto de matar</i>	185

El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas (1969)

1.....	189
2.....	191
3.....	192
4.....	194
5.....	196
6.....	198

7.....	199
8.....	200
9.....	202
10.....	203
11.....	205
12.....	207
13.....	208
14.....	209

Adiós Escuche (1968 — 1974)

<i>Pajarito que venís tan cansado</i>	213
---	-----

TODOS LOS CORAZONES

<i>El sietecito está de buenas</i>	214
<i>Diciembre andando por el cielo</i>	216
<i>Ah rigor</i>	217
<i>Las catequistas</i>	218
<i>Dice que ya no le hacen falta flores</i>	220
<i>Oyéndome por dentro y viendo hacia otros días</i>	222
<i>La Niña Rosa habla con sus quimeras</i>	223
<i>Mi padrino oye unos forasteros</i>	225
<i>El corazón atendiendo una visita</i>	226
<i>Serenata</i>	228

PUERTA DE GOLPE

<i>Mi padrino tiene una pesadilla</i>	230
<i>Mi madre se despide</i>	231
<i>Despedida de Laurencio</i>	232
<i>Viejo lobo</i>	235
<i>El patiecito</i>	237
<i>Diario de mi padre</i>	238
<i>Llorando a nuestra madre adoptiva</i>	239
<i>Yo mismo pasando por esta vida</i>	240

DE RAÍZ

<i>Nativos</i>	242
<i>Esos que venían de Sicoque, la mesa del palmar, las pavas</i>	245
<i>Pleno verano</i>	246
<i>Abuelos muertos, tías, retías y demás sombras</i>	249

DIABLO VIEJO

<i>Llora, canta y termina rogando</i>	250
<i>Alegrándose con ese amor que aún no ha llegado</i>	252
<i>El alma dándole de beber</i>	253
<i>No busque el remolino</i>	254
<i>Con el ánimo bien templada</i>	255
<i>Desde uno y otro lado del agua</i>	256
<i>Con los ojos perdidos en tus montañas</i>	257
<i>Gavilán blanco de las sierras</i>	258

VIEJO DIABLO

<i>El hijo pródigo</i>	259
<i>La caída</i>	262
<i>El jugador</i>	266

ADIÓS

<i>Adiós</i>	268
--------------------	-----

OTROS POEMAS

<i>Pequeña colina</i>	272
<i>Presente</i>	274
<i>El reino combatiente</i>	276
<i>Voces en el Jardín Botánico</i>	279

Elegía 1830 (1980)

<i>Elegía 1830</i>	285
--------------------------	-----

Alegres provincias

Un homenaje a Humboldt (1988)

El Arquetipo 295

El viento y la piedra (1984)

Búho 347

Precipicio 348

Arroyo 349

Muro 350

Buey 351

Tabaco 352

Halcón 353

Lobos y Halcones 357

Edición digital
Marzo, 2018
Caracas- Venezuela

Antología poética Ramón Palomares

Convencido de que la palabra escrita es una palabra muerta hasta que no descubre su sonido, Ramón Palomares (Escuque, estado Trujillo, 1935) invoca en su poesía a las voces de su infancia, aquellas que resonaban en el viejo vecindario, las de las tías, la de la amiga de crianza. Por eso, oyente confeso, el poeta reivindica la sonoridad que el lenguaje adquiere en su escritura.

El hombre, la historia, la naturaleza –su peculiar presencia en el paisaje– son, sin duda, protagonistas de su decir. La presente antología ofrece una selección de sus libros: *El reino* (1958); *Paisano* (1964); *Honras fúnebres* (1965); *Santiago de León de Caracas* (1967); *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas* (1969); *Adiós Escuque* (1968-1974); *Elegía 1830* (1980); y *Alegres provincias* (1988).



Biblioteca Popular para los Consejos Comunales
serie Las artes y los oficios



9 789801 441311



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura